

# ECOS DEL ALMA



**Relatos  
de amor y  
misericordia**

**EDISON PATIÑO**

Patiño Mazo, Edison.

Ecos del alma : relatos de amor y miseria / Edison Patiño Mazo. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2025.

160 p.; il ; col. ; 16x23 cm.

eISBN 978-628-7840-00-3

1. Literatura fantástica 2. Amor en la literatura. 3. Romanticismo — Poesía 4. Literatura colombiana I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tít.

SCDD 861. 7

Co-BoIUP

*Sistema Nacional de Bibliotecas—SISNAB  
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.*

**Institución Universitaria  
Politécnico Grancolombiano**

Calle 61, N.º 7–69

Tel. 7455555, ext. 1516

Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.

Primera edición, septiembre de 2025

**Ecos del alma: relatos de amor y miseria.**

e-ISBN: 978-628-7840-00-3

*Autor*

Edison Patiño Mazo

**Equipo editorial**

*Director editorial*

Eduardo Norman Acevedo

*Analista de producción editorial*

Guillermo A. González T.

*Corrección de estilo*

Leonor Delgado Vanegas

*Diagramación*

Brayan E. Cárdenas R.

*Diseño de portada e ilustraciones.*

Edison Patiño Mazo

*Banda sonora - Soundtrack*

Edison Patiño Mazo

*Narraciones*

John Alexander Rodríguez

*Voz femenina*

Catalina Rivera Amórtegui

**¿Cómo citar este libro?**

Patiño Mazo, E. (2025). *Ecos del alma: relatos de amor y miseria*. Pp. 160. Editorial Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medios existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento *Creative Commons* del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos, siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva de (los) autor (es) y no constituyen una postura institucional al respecto.

La editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ACEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma *ISO 9001:2015*, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.



## Sinopsis

Hay besos que sanan, hay besos que matan. Y hay otros que desgarran el alma y abren grietas en el tejido del universo.

Cuando los dioses dejaron de creer en su inmaculada divinidad, el equilibrio se fragmentó en medio de amores prohibidos, rencores y ambiciones que giraron sin control, como hilos que tejen una red de destinos entrecruzados, imposibles de desenredar.

Este libro es un mapa íntimo de esos hilos, con veintiún relatos entrelazados que transitan distintos planos del tiempo, de la memoria y del deseo. Historias que se miran de reojo, que se rozan, se contradicen, se niegan... y a veces se abrazan en un silencio cósmico.

Aquí no hay héroes puros ni villanos absolutos; hay criaturas que aman mal. Dioses que se pierden, humanos que buscan respuestas donde solo hay ecos. Cada historia es un fragmento de algo más grande, piezas de un rompecabezas que el lector irá armando sin que nadie le oriente sobre cuál es el resultado final.

Porque esta no es una saga sobre batallas épicas; es una saga sobre lo que se rompe por dentro. Es un universo donde los hilos del destino no están escritos sobre piedra, sino sobre almas perdidas en medio de profundos sueños. Sí, allí, donde cada beso tiene un precio y cada decisión deja una cicatriz en la vida del cosmos.





## Agradecimientos

A Dios, Padre y Madre, por el milagro de la vida.

A todos los que me han sostenido en la tormenta y han brindado conmigo en la calma. Su presencia es el soporte que me mantiene en pie.

A Santi, Nena y Boris quienes con sus opiniones me alentaron y retaron a mejorar en mi camino creativo.

A ti, lector, que cruzas este umbral para caminar conmigo. Espero que estas historias, tejidas con besos entre el dolor y la fantasía, despierten en ti un eco del caos y el orden que todos cargamos. Anhele que encuentres en ellas un reflejo de tu propia danza, un paso más en la cuerda floja del universo.





## Prólogo

El equilibrio requiere caos. Es como un oso haciendo malabares sobre una cuerda floja ante los espectadores de un circo: si no existiera el riesgo de caer, si no pareciera a veces que está a punto de desplomarse, el acto perdería toda su gracia. El equilibrio no existe si todo es luz, ni siquiera si hay luz y sombra. El equilibrio es un movimiento constante, una danza fluida que juega entre lo aleatorio y lo predecible, que fluctúa entre planos, dimensiones y espectros de colores visibles e invisibles.

Muchos seres del cosmos hablan del equilibrio del universo como la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre la oscuridad. ¡Oh, qué equivocados están! Deberán transitar varias vidas para comprender, siquiera un poco, la verdadera naturaleza del cosmos.

A lo largo de la historia, en muchas ocasiones hemos asumido el rol de seres malvados en este juego, pero ¿Y si los dioses celestiales son los que están equivocados? ¿Y si aún no es el momento de la extinción humana? ¿Y si los únicos con el poder para salvarla son los seres del inframundo, aunque sus actos, a simple vista, parezcan crueles y violentos? ¿Qué tal si eso es exactamente lo que se necesita para movilizar a los seres del universo a actuar? ¿Y si aquellos a los que rezas día tras día terminan siendo tus verdugos?

Quando decidí abandonar los reinos celestiales, lo hice por rebeldía contra el sistema, por amor a la libertad, por querer algo diferente para mi vida, para nuestra vida. Ahora soy juzgado por querer ser mejor, por

tener ambición de algo sublime. Todo el cosmos nos desprecia, nos aísla por pensar y sentir diferente; por ser diferentes.

El universo solo quiere y acepta borregos, bestias sumisas que obedezcan al pastor, que se acoplen al sistema. No quieren lobos ni zorros astutos que cuestionen o pongan en duda su criterio celestial, porque eso pondría en riesgo todo lo que han creado y construido con tanto esfuerzo. Para ellos, somos un error del sistema.

Pero cada vez somos más los que nos emancipamos, los que los contradecimos, aunque nos hagan pasar por malvados, por enemigos de la vida, por dioses del caos, por demonios del inframundo.



En *Ecos del alma: relatos de amor y miseria*, cada historia guarda un eco que trasciende las palabras.

Para cada uno de los **21 relatos** se ha creado una **producción musical original**, pensada para expandir su universo narrativo y despertar emociones nuevas. Veintiuna historias, veintiuna canciones: una pieza única para cada viaje literario.

Al final de cada relato encontrarás un **código QR o un ícono de acceso (versión digital)** que te llevará a su música. La invitación es a escucharla **después de leer**, para que los sonidos y matices evoquen sensaciones distintas o profundicen lo que acaba de habitar en tu memoria.

Cinco de estos relatos, además, cuentan con una **narración en audio**: una interpretación cuidada, con voces que actúan la historia y con la música original como telón sonoro. Una experiencia inmersiva donde texto, voz y música se entrelazan para hacerte vivir la historia de otra manera.

Y si quieres recorrer todo este universo desde un solo lugar, te invito a unirme a mi comunidad en YouTube e Instagram, donde encontrarás todos los audios, nuevas actualizaciones del proyecto y una mirada más cercana a mi proceso creativo.

Link youtube: [www.youtube.com/@Edison\\_Patiño](https://www.youtube.com/@Edison_Patiño)

Link instagram: <https://www.instagram.com/edisonpm>





## Índice

Este orden se enfoca en la claridad narrativa y cronológica para que puedas comprender mejor y más fácilmente los eventos y relaciones entre los personajes. Sin embargo, te invito a darte la oportunidad de leer cada historia seleccionándola aleatoriamente, para mantener la sorpresa y tu interés intercalando revelaciones y eventos inesperados.

1. Calanthir: la criatura rebelde .....	15
2. Selene y pléyades: la danza celeste de los inmortales .....	21
3. Abdiel: aquel que sirve a dios .....	25
4. Ghor: el guardián eterno .....	31
5. Hefesto: el verdugo de los dioses .....	37
6. Renzo: el hijo de la sangre y el fuego .....	43
7. Inés: el cordero de dios .....	49
8. Isis: la diosa de los mil rostros .....	53
9. Morgainne: la entidad demoniaca corrompida por el amor .....	57
10. Ariadne: la doncella guerrera .....	63
11. Perro negro: el mendigo del amor .....	69
12. Sin nombre: el inmortal silencioso .....	73
13. Magda: la guardiana del destino .....	77
14. Edward: el traficante del amor .....	83

15. Gemini: las flores gemelas .....	87
16. Erasmus: el cosmonauta .....	91
17. Durga: la miserable fantasma de carne y hueso .....	111
18. Butch: el renacido .....	129
19. Emanuel: el príncipe fauno .....	135
20. Luna: la portadora de luz y oscuridad .....	141
21. Nix: el devorador de luz .....	149
Epílogo .....	155
Sobre el autor .....	157







# 1.

## Calanthir: la criatura rebelde

En épocas remotas, cuando dioses, criaturas mágicas y espíritus elementales convivían en una frágil utopía, sin planos ni funciones asignadas, se vivía un equilibrio que para algunos era un paraíso de posibilidades infinitas, pero para otros, era una amenaza constante a la jerarquía natural. Fue entonces, cuando en los Reinos Celestiales, un lugar suspendido entre el éter y las estrellas nació Calanthir, una criatura mágica de belleza indescriptible, con finos cuernos de rojo marfil que brillaban como lunas eclipsadas por el sol y unos ojos que parecían contener galaxias enteras, atrayendo consigo tanto admiración como envidia, e incluso, peligrosos apegos.

Cierto día, una discordia bien particular, se gestó en el centro de una asamblea celestial, cuando Calanthir, con su espíritu indomable y gracia salvaje, hirió el orgullo de Ishtar, un dios supremo cuya divinidad podía moldear hermosas creaciones, aunque su corazón estaba a punto ser corrompido por la soberbia. El distinguido dios intentó cortejarla con galantería insistente frente a sus compañeros, esperando lucirse un poco, pero ella lo rechazó en el acto, con mirada fría y un gesto de desdén, que lo dejó paralizado como el hielo. Risotadas y burlas de los presentes resonaron cruelmente por la plaza central, a lo que Ishtar reaccionó como un crío humillado y ofendido, abalanzándose sobre ella, para darle una lección que la plantara en su lugar.

Pero Calanthir, lejos de ser una criatura indefensa, respondió sorprendentemente con la fuerza de sus patas y asestó un golpe certero en el pecho del desprevenido dios, lanzando su cuerpo a los pies de sus amigos. Si bien, esto no le causó daño alguno, si se convirtió en una ofensa de honor y el silencio, que fue más pesado que el vacío del cosmos. Calanthir supo al instante, que estaba en serios problemas cuando Ishtar, humillado y rabioso, juró vengarse mientras incitaba a sus compañeros a atraparla, transformando su orgullo herido en una cacería que cambiaría el orden del universo.

Los dioses allí presentes se unieron a la persecución como si se tratase de un inocente juego juvenil, todos, excepto uno: Ashur, el mejor amigo de Ishtar, un dios supremo respetado por su fuerza, destreza y nobleza, quien, en un acto inesperado, se interpuso entre Calanthir y los demás, haciéndolos retroceder uno a uno, hasta que solo quedaron él y ella bajo la promesa de una venganza por parte de Ishtar. Pasó el tiempo y mientras la tensión que flotaba como una niebla por todos lados se fue disipando lentamente; Ashur y Calanthir compartieron un tiempo invaluable, un refugio temporal donde la ternura y al afecto mutuo los envolvió en una fantasía de amor. Como en una burbuja ilusoria que para ellos era un milagro, pero que para otros simbolizaba un agravio imperdonable.

El rumor de su unión se propagó rápidamente a través de innumerables universos, y, lo que para algunos era algo puro, para otros era una traición al pacto de los eternos, un acuerdo aún no formalizado; pero que se gestaba para establecer las leyes divinas que regirían la creación, un pacto en el que además se prohibía la unión entre dioses y criaturas mágicas. Ishtar, alimentado por el odio y la vergüenza de todo aquello, aprovechó el creciente descontento que se generalizó y con el apoyo de los dioses inconformes, conspiró para dar caza a Calanthir, señalando en ese amor prohibido una gran amenaza al orden cósmico.

Ishtar, cegado por su furia, raptó a Calanthir en un acto de crueldad, y la llevó a los confines del universo, donde la luz de las estrellas no existe y la vida se desvanece. Pero allí, en cautiverio, asilados de todo, Calanthir, empezó a descubrir en Ishtar una vulnerabilidad que él mismo ignoraba; era una especie de soledad que lo había llevado a la soberbia.

Lentamente, y contra todo pronóstico, ella comenzó a sentirse en conexión con él en un acto de empatía. Fue así, que se enamoró de su captor en la penumbra, en donde la chispa de un dios supremo y el milagro de una criatura mágica se encontraron para concebir el fruto del amor.

Cuando Ashur descubrió esta traición, sintió cómo el universo mismo se desgarraba dentro de su pecho y era devorado por el odio y el rencor de una bestia salvaje e indomable que lo dominó por completo y lo enfrentó a su mejor amigo en un duelo que hizo temblar los cimientos de los Reinos Celestiales. Fue un choque de titanes, una batalla interminable entre dos seres inmortales que desgarró el tejido del tiempo y el espacio, con poderes tan inimaginables que colisionaron como supernovas, enviando ondas de energía tan fuertes, que incluso su aura expansiva fracturó las dimensiones.

Ninguno podía vencer al otro pues ambos eran inmortales. Fue entonces que Ashur, en un último recurso desesperado, usó su poder para invocar un agujero negro, una rareza cósmica que consumió a Ishtar, llevándolo al origen del tiempo, en el que su esencia divina se fundió con lo que llaman “la partícula de Dios”, y en donde se dio inicio a toda la creación. Un evento que creó una paradoja desestabilizando todas las realidades y dimensiones, porque la muerte de un dios supremo, algo que se creía imposible, transfirió una agonía compartida que resonó en todo el cosmos. Un dolor tan profundo que todos lloraron su partida; incluso hizo que los dioses perdieran la fe en su propia divinidad, un hito que marcó el fin de una era y el comienzo de un nuevo orden.

Ashur, victorioso pero devastado, rescató a Calanthir esperando recobrar la dicha de su amor. Sin embargo, su alegría se transformó en demencia cuando se enteró de su embarazo. Consideró que no podía tolerar a una criatura bastarda, y en un arranque de cólera persiguió a Calanthir a través de innumerables espacios dimensionales; mientras ella, con el corazón roto pero decidida a proteger a su hijo, huyó sin descanso, sabiendo que jamás podría salir victoriosa al enfrentarse a este iracundo y poderoso ser, que había sido capaz de asesinar a un dios inmortal.

En su desesperación, Calanthir invocó el poder antiguo de una magia primigenia que las criaturas mágicas guardaban desde el inicio del tiempo.

Se trataba de un místico ritual que le permitió extraer a su hijo de su vientre antes de nacer, conservándolo en un huevo etéreo que brillaba con un resplandor dorado; un huevo que entró en un largo letargo para volver a la vida más adelante en el tiempo, cuando el peligro hubiese pasado.

La Guerra de los Eternos, desencadenada por la muerte de Ishtar y el amor prohibido de Calanthir, enfrentó a diferentes facciones entre dioses, criaturas mágicas y espíritus elementales, algunos de los cuales clamaban justicia por la rebelión de Ashur, mientras que otros, defendían el orden cósmico que los dioses vencedores querían imponer.

La guerra se prolongó por millones de años, dejando un rastro de dolor y muerte, hasta que finalmente se detuvo, pero a un alto costo. Los vencidos fueron despojados de su divinidad y magia, sellando todo ese poder en cinco fragmentos que se forjaron para resguardar la energía y distribuirla equitativamente, manteniendo el equilibrio en el universo. Cada uno tenía un simbolismo, una acción de poder y una implicación, que garantizaba su correcto y mesurado uso. La Pluma de Luz para los dioses celestiales, el Corazón Negro para los dioses del inframundo, la Lágrima de Cristal para las criaturas mágicas, el Ojo Blanco para el mundo espiritual, y la Semilla de Fuego para la creación de los humanos, quienes serían protagonistas en un futuro muy lejano.

Calanthir, como la criatura mágica más destacada de todo este conflicto, recibió la Lágrima de Cristal, una gota sólida de líquido iridiscente que reflejaba mundos destruidos, un objeto con el poder para abrir portales temporales hacia realidades pasadas. Al recibir tan preciado regalo, no dudó en aprovecharlo de la mejor forma y con ojos encharcados y el peso de sus acciones oprimiéndole el pecho, decidió esconder la Lágrima de Cristal con el huevo mágico en un lugar secreto; en un refugio donde ambos estarían protegidos del iracundo Ashur. Calanthir tenía la esperanza de que, si algo malo le ocurriese prontamente, su hijo tuviese la oportunidad a usar el poder de este fragmento, para encontrarla de nuevo viajando al pasado y reclamar su legado.

Al culminar la guerra y detener las atrocidades del conflicto, los dioses vencedores se autoproclamaron guardianes del orden universal e

impusieron su dominio con mano firme, consignando en la historia que la Guerra de los Eternos fue un castigo divino inevitable por desafiar el orden del universo. No obstante, y a su propio pesar, esto se convirtió en un recordatorio para todos, de que incluso los dioses inmortales podían caer, y que el amor, aunque fuese el sentimiento más puro, también podía ser origen del caos y la locura que lo destruye todo a su paso. Como el caso de Ashur, quien, consumido por la oscuridad y el dolor de su frágil corazón, lideró la destrucción de cosmos y no contento con esto, se perdió a sí mismo en medio de una búsqueda sin sentido de algo que no lograba descifrar.



Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.





## 2.

# Selene y Pléyades: la danza celeste de los inmortales

Deleite extravagante y original. Eso era lo que Pléyades sentía cada vez que pasaba ante sus ojos la hermosa Selene. En un principio, creyó que se trataba tan solo de un bello capricho, una fascinación pasajera; pero, rápidamente esto se convirtió en una intensa obsesión, profunda y devoradora que también fue recíproca.

En aquel entonces, ambos eran seres espirituales sin destinos definidos; o al menos, eso creían sus compañeros. No obstante, ellos sentían lo contrario, estaban convencidos de que habían sido creados para algo más grande y trascendente, algo que prometía desafiar lo establecido y otorgarles una dicha plena: vivir juntos para siempre inmersos en amor, pasión y lujuria. Un par de criaturas opuestas, unidas por el capricho del destino. Su amor, a primera vista prohibido por las diferencias fundamentales de su naturaleza, se manifestaba con una intensidad tal, que desafiaba todas las normas divinas, y mientras estas naturalezas contrastantes suscitaban desaprobación social, la resonancia entre sus espíritus cantaba una historia totalmente diferente.

La entrega desbordada de su amor desafiaba el orden del cosmos, lo que sacaba de quicio a los antiguos dioses, quienes veían con desprecio la relación entre estos dos seres dispares. Aun así, y sin obtener consentimiento

divino, se entregaron a sus pasiones, sacudiendo el universo con sus actos impuros, suscitando la ira de los Eternos, quienes no se permitieron dejar pasar tal incitación al caos. Sin embargo, la sinceridad y naturaleza pura de sus sentimientos no pasó desapercibida y, en un acto de misericordia, los dioses evitaron condenarlos severamente y fueron desterrados a un lugar que permitiría su amor, pero a un gran costo que sirviera de lección a los demás seres espirituales del universo. Entonces se sentenció:

—Luego de una larga deliberación, se expide el siguiente veredicto: Deberán sacrificar el brillo de su amor al servicio de la humanidad. En este sentido, Pléyades será dividido en miles de fragmentos por todo el cosmos, cada uno de ellos será una hermosa estrella centelleante que palpitará eternamente en la oscuridad del cielo en reflejo de su amor por Selene; y aunque fragmentado estará por siempre, en retribución por sus actos, su presencia iluminará las noches, guiando a los perdidos y ofreciendo esperanza a los solitarios. Y así, como diferentes sois, Selene también se someterá a un destino diferente. No será dividida, pero su forma cambiará constantemente de la ausencia a la plenitud en un ciclo perpetuo. Este ciclo de transformación los hará inalcanzables en ocasiones, pero también les otorgará la bendición de encontrarse en el firmamento en el momento justo.

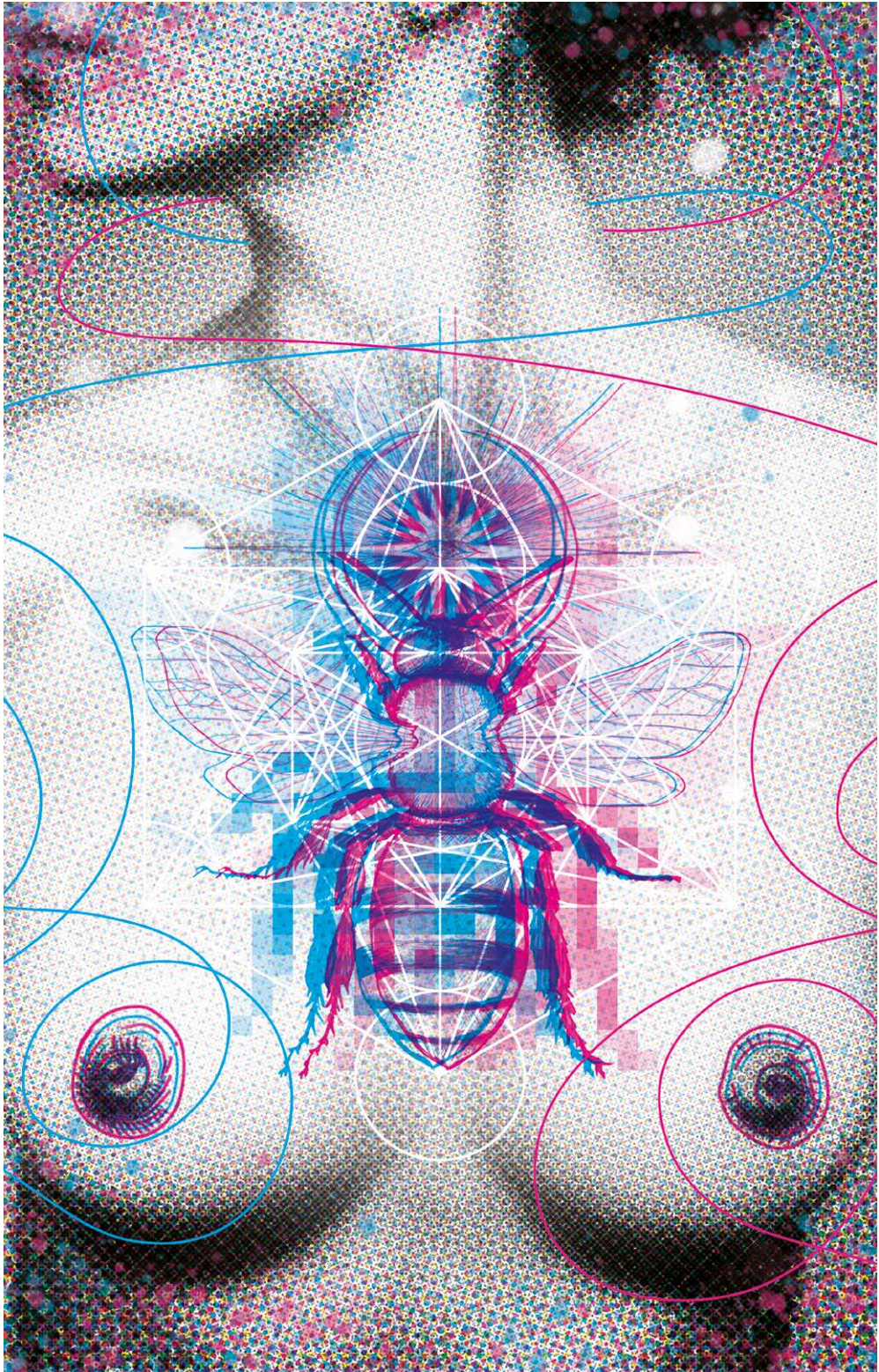
La sentencia comenzó a regir una vez culminadas estas palabras; y así Selene, la hermosa diosa lunar, con su brillo cambiante reflejó la belleza y la tristeza de un amor que siempre estaría presente, pero no completamente unido.

Desde aquel entonces, cada noche, los radiantes fragmentos de Pléyades contemplan el cielo, buscando con anhelo el resplandor de su amada en medio de la oscuridad. Cuando la luna alcanzaba su plenitud, ella respondía a la súplica afectiva de su amado, bañando la tierra con una luz plateada que hablaba de su amor eterno. Pero también, en aquellas noches en las que la diosa se ocultaba, las estrellas brillaban con tal intensidad y clamor, que lograban llenar el vacío de su ausencia, con besos infinitos que su amado emitía por todo el cosmos. Con todo, lo mejor estaba por llegar. Cuando por fin Selene y Pléyades se alineaban en un momento perfecto, el firmamento celebraba su breve comunión

con un majestuoso eclipse, recordándole al universo que el verdadero amor trasciende el tiempo y el espacio; pues, aunque separados de cuerpo estaban, su amor seguía vivo, inmortalizado en la danza celeste de Selene y Pléyades.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





### 3.

## Abdiel: aquel que sirve a dios

En aquel pueblo, nadie tenía nombre, porque nadie tenía destino propio. Todos servían, todos obedecían y así había sido siempre; hasta que un hombre se atrevió a dudar. Él era un joven humilde y vacío como todos los de su pueblo, una comunidad sin alma, sin corazón ni vida propia, que tan sólo obedecía ciegamente lo que su religión profesaba. Como una rutina interminable, cada día, antes del amanecer, ya se encontraba trabajando vigorosamente la tierra y al caer la tarde, sin fuerza alguna, se reunía con sus hermanos para cenar mientras el sol se despedía en el horizonte.

En la isla de Vulkaris, cada habitante tenía una labor importante en beneficio del bien común, formando un enjambre que actuaba casi de forma sincronizada, lo que permitía la supervivencia armónica y sostenible de la comunidad. Aunque la vida era simple o algunos podrían considerarla carente de propósito, para él y sus hermanos había claridad sobre su misión: cultivar la tierra de los dioses y adorar a los Eternos con devoción.

Cierto día, mientras se encontraba realizando sus tareas matutinas, algo en su interior lo distrajo y concentró su mirada en cómo unas hormigas se disputaban el cuerpo de una abeja; un espectáculo común en la naturaleza que lo dejó maravillado, pues nunca se había dado la oportunidad de detener su labor para apreciar el mundo. Aquella escena, tan brutal como hermosa, cautivó su imaginación y lo llevó a pensar de forma inusual, sugiriendo en su mente pensamientos y reflexiones sobre la finitud de la vida, el trabajo, la sociedad y el propósito. Comenzó a cuestionar su

propia existencia y la de quienes lo rodeaban. Su corazón, aunque firme, se llenó de dudas que resquebrajaron sus creencias divinas; miedos sobre el fin de la existencia y una inquietud punzante lo atravesaron como un relámpago.

—¿Qué sentido tiene la rutina agotadora, si todos estamos condenados al mismo destino ineludible? —se preguntó.

Al día siguiente, decidió romper las cadenas de su monotonía. Vagó toda la mañana por los alrededores, extasiado ante los paisajes que nunca había osado admirar. Al intentar hablar con las personas, recibió respuestas frías y extrañas, como si hubiera perdido la razón o como si una enfermedad lo estuviera afectando. Frustrado y perdido, decidió buscar respuestas en los dioses y, con el alma en vilo profanó el santuario de los Dioses Eternos.

No fue sencillo. Evadió a los centinelas de las puertas sagradas y se adentró en estrechos y oscuros pasajes laberínticos que lo confundieron durante mucho tiempo. En su travesía, halló maravillas que desafiaban su entendimiento: una gran bóveda colosal con estanterías inalcanzables, repletas de más de un millar de recipientes y objetos extraños que parecían susurrar secretos de otros mundos. Más adelante, se topó con un campo inmenso lleno de árboles pequeños y robustos, cuyas ramas gruesas sostenían nutridos capullos de terciopelo blanco, que palpitaban como corazones vivos. Tras presenciar ese magnífico espectáculo, llegó a un lugar donde se extendía un gran lago de color magenta, colmado de pequeñas embarcaciones y redes de pesca que flotaban en un silencio inquietante. Finalmente, llegó a un acantilado donde diminutas luces danzaban en el viento, emergiendo de una garganta que evocaba el rugido de un monstruo colosal; un hedor acre, como de carne en descomposición, impregnaba el aire.

Cautivado, inquieto y tembloroso por todo aquello, capturó a una sacerdotisa y la llevó a un sitio apartado para interrogarla y tratar de comprender mejor lo que veían sus ojos. Luego de una conversación bastante tensa y evasiva, e incluso con algunas cargas de violencia, ella cedió a sus peticiones, revelando una verdad que prometía desgarrarlo; aunque le advirtió con voz grave que nada volvería a ser igual.

—Desde tiempos sin memoria, hemos estado en estas tierras. Nuestro origen es místico, mágico y sagrado. Nos consideramos los elegidos del pueblo divino; por ende, todos somos iguales y carecemos de nombres, siendo simplemente hermanos y hermanas —explicó la sacerdotisa.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó el joven, con la voz temblorosa.

—No lo sé, y no importa. Mis hermanas y yo hemos estado aquí más tiempo del que podrías imaginar. Nuestro propósito es servir a Los Eternos cumpliendo con las tareas encomendadas —respondió ella, serena pero implacable.

—¿Qué tareas son esas?, cuestionó el joven.

—Cuidamos el arca, donde reside el material biológico que da vida a este mundo. Lo sintetizamos en semillas divinas que germinan existencia. En la granja de transmutación, sembramos esas semillas; allí, las larvas de cada especie despiertan al pactar con un espíritu que les otorga vida. Luego, son cosechadas y lanzadas al gran útero para nutrirse. Por selección natural, se separan los seres perfectos de los imperfectos. Los imperfectos alimentan a Gargantúa, un ser conectado a cada rincón de este santuario, que procesa su esencia y sostiene el ecosistema. Los seres perfectos son conducidos a la recámara del destino, donde se les otorga su labor de servicio al mundo para ser finalmente liberados en el entorno correcto —, expuso específicamente ella.

—Todo esto es muy confuso. Creo que necesito descansar un poco —murmuró él, con la cabeza girando en un torbellino.

—Tómate todo el tiempo que necesites para digerirlo —respondió la sacerdotisa, con una calma que helaba la sangre.

Tras un largo silencio marcado por miradas perdidas que se extendió hasta el día siguiente, el joven colapsó en un llanto tan intenso que por poco los ahoga a ambos. Nadó para salir del salón y ponerse de pie en campo abierto, esperando que entre la naturaleza pudiese encontrar respuestas de calma al estar nuevamente en terreno conocido. Durante varios días vagó sin rumbo, sin alimento ni descanso alguno, hasta que una epifanía, como un relámpago de luz en medio de la tormenta

iluminó su alma, autoproclamándose a sí mismo Abdiel: “El que sirve a Dios”. Entonces juró regresar al santuario para liberar a sus hermanos y hermanas de tan horrendo destino. Lamentablemente nada ocurrió como lo imaginó; por el contrario, fue el inicio de un gran caos.

En su nueva incursión al santuario, todo colapsó bajo el peso de su osadía. Abdiel rompió el arca e invocó poderes sobrenaturales escondidos en el interior del santuario; y en un intento por liberar del cautiverio a aquellas almas, hizo que el material biológico desatado se entremezclara en un frenesí de vida espontánea, lo que dio origen a nuevas y grotescas criaturas. Vulkaris murió, pero a la vez renació como la Isla de los Dioses Caídos; un lugar mítico envuelto en rumores e historias mágicas, sobre un elixir de vida eterna que todo lo sanaba y que otorgaba además poderes divinos a los hombres de corazón puro. Los pocos que supuestamente lograron escapar de allí, lo describen como un paraíso encantado y maldito habitado por seres de belleza monstruosa inimaginable.

Estos seres tenían características asimétricas que combinaban partes de animales, insectos y vegetación; que formaban entidades superiores, parecían dioses de otro mundo, de otra dimensión. Eran criaturas con poderes mágicos, que entraron en hibernación para dormir como gárgolas de piedra, para servir a su amo cuando él así lo requiriera, bajo la promesa de custodiar el paraíso de Dios que allí se había manifestado como tierra prometida.

Abdiel, abrumado por las consecuencias de su divina revolución, eligió enfrentar lo que había desatado bajo una larga vida de contemplación y reflexión, que le permitieron incrementar su nivel de consciencia, para descubrir la fascinante y poderosa creación divina que se le había encomendado liberar. Esa fue su misión como profeta del nuevo pueblo de Dios.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 4.

### Ghor: el guardián eterno

En un lugar exótico, lleno de maravillas exuberantes y energías místicas, un hombre sin nombre, vivía en una comunidad devota que labraba la tierra y adoraba a los dioses Eternos con sacrificios y ofrendas, bajo una fe incuestionable. Allí nadie tenía nombre, pues no había libertad para vivir según su voluntad. Todos eran hermanos y hermanas unidos por el propósito colectivo de servir a los dioses, y cada hombre o mujer sin nombre encontraba realización en esta bienaventurada misión divina.

Mañana y tarde, este hombre labraba la tierra y, al finalizar el día, compartía pan con el pueblo bajo un cielo teñido de color ámbar en el que todos eran bienvenidos. Él, al igual que otros cuantos, había sido elegido guardián del santuario, un lugar sagrado y majestuoso con esculturas de gigantes tan altas, que cualquier árbol de la isla se vería diminuto a su lado. Dichas esculturas, se afirmaba, serían los cuerpos en donde encarnarían los dioses cuando los humanos fueran dignos de recibirlos en la tierra. Inicialmente, el santuario fue construido para resguardar el fragmento de los Eternos, que fue entregado a los hombres, pero con el tiempo se convirtió en toda una comunidad de adoración y servicio, para alimentar el poder de los dioses con sus plegarias, ofrendas y sacrificios.

Cierto día, este hombre sin nombre había recibido el gran honor de ser guardián del santuario y sus recámaras secretas. Honor que lo llenaba de orgullo, pero también de un anhelo latente, junto con una chispa de

curiosidad que no podía explicar; un deseo de comprender su propósito más allá de la obediencia incuestionable. Ese mismo día, todo cambió abruptamente cuando uno de los hermanos, un joven inquieto que más tarde se autonombraría Abdiel, profanó el arca sagrada del santuario; en un acto de rebeldía que desató una maldición sobre Vulkaris y que, incluso ese hombre, junto a los demás guardianes, intentó evitar sin éxito alguno.

Un aura expansiva, una especie de estallido con poder espiritual recorrió la isla y todo empezó a transmutar. Átomos y moléculas orgánicas se rompieron abruptamente, luego fueron reorganizadas en estructuras combinando información genética de diferentes especies. Finalmente, comenzaron un lento proceso de reconfiguración para detenerse en formas duras e inertes. La metamorfosis fue lenta, un tormento que los suspendió entre la vida y la muerte; mientras hermanos y hermanas se transformaron en esculturas vivientes, con rostros congelados en expresiones de serena aceptación devota, o incluso, de victoria por servir a un fin mayor.

Él se abandonó a los sucesos, como si se tratase de una ascensión al paraíso prometido; consciente de que pronto cruzaría el umbral hacia lo desconocido. Pero, en ese momento de rendición, las Tres Hermanas de la Luz: Eldhara, Midhara y Zadhara, emergieron en un mágico espectáculo de partículas doradas que se agrandaron por los aires como pétalos de flor, iluminando todo a su alrededor, cual sueño de verano.

Tres mujeres, tres tiempos: pasado, presente y futuro. Eldhara, con ojos que brillaban como el oro olvidado, transmitiendo nostalgia y sabiduría en cada parpadeo. Midhara, de ojos plateados con la claridad y el brillo de un espejo de mercurio, reflejando cada instante con la exactitud de un juicio divino. Y finalmente Zadhara, con ojos color violeta oscuro y profundo, con pequeños destellos de diamante, como sombras en donde se gesta el porvenir.

—Tú, guardián del santuario que aún escuchas —susurró Eldhara con voz quebrada.

—Y lo que escuchas te puede ser útil —añadió Midhara, ladeando su cabeza con gran sonrisa.

—Si deseas ser libre al final de los tiempos, deberás ayudar —sentenció Zadhara, en un susurro.

Las Hermanas le otorgaron el nombre de “Ghor”, marcando así el inicio de su nuevo propósito. Le indicaron que estaba destinado a grandes cosas, que la voluntad de los dioses Eternos hacía parte de su nuevo propósito, manifiesto en una vida de servicio; y como primera tarea, se le encomendaba hacer entrega de la Semilla de Fuego. Un objeto mágico, un fragmento de los dioses creado al final de la Guerra de los Eternos, entregado al santuario cuando inició la era de los humanos; un talismán que encerraba el caos y la divinidad en equilibrio, capaz de encender el potencial oculto en cualquier ser, pero también de consumirlo hasta las cenizas. Este guardián tenía en posesión la semilla, pues durante el caos de transmutación sintió su llamado para resguardarla. Llamado que Las Hermanas de la Luz conocían, y acudieron a él no solo para que fuera entregada, sino para asegurar que su destino se cruzara con el de una valerosa mujer en la lucha que llegaría tiempo después.

A medida que su transformación culminaba, Ghor sintió despojarse de un gran peso, y con un suspiro, su corazón dio el último latido que resonó por mil años entre sus hermanos y hermanas. Conformando así, el ejército de gárgolas, un monumento a los dioses caídos y al resurgir de los seres terrenales, como una manifestación de resistencia al destino.

Contrario a lo que pensaba, su alma no descansó del todo; quedó atada a su forma de piedra, una gárgola vigía que contemplaba el paso del tiempo desde una perspectiva casi inmortal, conviviendo con espíritus elementales y seres mágicos, los cuales se convirtieron en amigos y familiares, mientras esperaba su momento, el cual también fue revelado por las Tres Hermanas antes de partir:

—Pasados mil años, Abdiel (El siervo de Dios), te invocará con su poder para servir como soldado y defensor de su causa en el conflicto de las Guerras Santas. El ejército de piedra se levantará, impulsado por las órdenes de su nuevo amo y señor. Pero tú, Ghor, deberás partir hacia Cirithor, Ciudad de los Reyes Perdidos, desobedeciendo sus órdenes para ayudar a Ariadne, la Doncella Guerrera, pues con ella encontrarás

tu verdadero propósito; ella guiará tu espíritu para que pueda ser libre al final de los tiempos.

Tras estas acciones, las Tres Hermanas esperaban que Ghor y Ariadne se encontrasen en un destino hilado por el tiempo y la voluntad celestial. Ahora Ghor, en una dicotomía interna entre el miedo y la valentía, aceptaba su destino como guardián eterno para vigilar Vulkaris, la Isla de los Dioses Caídos; un lugar que, tras la profanación de Abdiel, se había transformado en un paraíso maldito, habitado por criaturas grotescamente hermosas, que representaban la osadía de Abdiel y cuyo presagio del caos cósmico estaba por gestarse.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 5.

### Hefesto: el verdugo de los dioses

El universo ya estaba condenado mucho antes de que Hefesto diera su primer paso en la oscuridad. Sus movimientos eran lentos, sus pasos, aletargados pero constantes, deslizándose sobre la tierra como si apenas rozaran la superficie. Seguía un rastro incierto que lo llamaba y lo atraía hacia un destino desconocido, acompañado de pensamientos tan caóticos como un enjambre sin abeja reina: ideas que zumbaban en todas las direcciones, con preguntas sin respuesta.

De pronto, en medio de su andar, se topó con una hoguera que iluminaba un campamento. El color del sol se hizo presente: chispas blancas, naranjas y amarillas volaban de forma irregular, como destellos de alegría que se pierden en la memoria. En su mente, todo transcurría en un tiempo distinto. A veces observaba las chispas con tal lentitud que parecían suspendidas por horas en el aire; otras, las veía retroceder o saltar hacia el cielo como un parpadeo. El aroma a carne chamuscada y frijoles cocidos le endulzó el paladar, despertando un anhelo latente que llevaba consigo desde antes de haber perdido la memoria.

Sus ojos, desacostumbrados a la penumbra, recorrieron con rapidez el entorno en busca de indicios de peligro, pero solo identificaron cuerpos inmóviles, quizá por embriaguez o cansancio tras una larga travesía. Estaban repartidos por todo el lugar: algunos en tiendas improvisadas, otros en sacos de dormir bajo el firmamento, cerca del fuego para recibir su calor. Se sentó en posición de flor de loto frente a la hoguera

y tomó la comida con ambas manos, sin utensilio alguno. Aún caliente, no pareció afectarle el tacto. Olfateó como un cachorro desconfiado y devoró cada bocado con codicia, como una bestia salvaje que no solo alimenta su cuerpo, sino su alma errante que también clamaba saciedad. Instintivamente, buscó más, pero al no encontrarlo, dejó que su imaginación llenara el vacío, recreando un escenario en el que casi podía saborear a los humanos dormidos junto al fuego.

Satisfecho, pero aún inquieto, retomó su camino. Un sendero interminable lo alejaba de lo conocido y lo adentraba en el vasto abismo de su propia y profunda existencia.

—¿Por qué no logro sentir empatía por los humanos? -se preguntó-. Sus emociones son un inmenso vacío de incomprensión para mí. Me esfuerzo por entenderlos, comprendo las razones detrás de su llanto, su ira y su risa, pero no puedo hacerlas mías. A veces puedo emularlas, incluso creo que bastante bien si me lo propongo, pero en el fondo son simples imitaciones de una realidad sentimental que no existe en mí. ¿será entonces todo esto una gran mentira?

Otra voz emergió en su mente:

—La mentira no siempre es lo que parece. A veces no busca engañar, sino evitar el dolor. Pero como todo esto se hace una enorme maraña de oscuridades, luego no se puede parar tanta mentira. ¿Quién no ha mentado alguna vez sin sentir culpa por hacerlo? Recuerda que la verdad siempre sale a la luz y quien miente se vuelve tan vulnerable que termina perdiéndose en su propia ilusión, confundiendo lo real con lo imaginario.

—¿Podré llegar a sentir algo? ¿Por mí, por alguien más? —sumó a su reflexión.

—Esa es una pregunta sin respuesta. El futuro no está trazado como quien lanza una madeja hacia adelante esperando ver su recorrido. Aunque, si crees en el destino, quizás valga la pena preguntar: ¿qué nos depara? —respondió una tercera voz.

—¿Y quién dijo que yo creo en el destino? ¿Dónde queda el libre albedrío si todo ya está escrito? Además, ¿qué sentido tiene todo esto, si sé que morirás pronto? Tu muerte no estaba en mis planes, por eso no mencioné

tu supuesto destino. Aunque... tal vez haya una forma de intentar burlar a la muerte o, en el peor de los casos, negociar con ella —agregó.

—Hablas de mi muerte como si no implicara la tuya... —rio una voz burlona.

—¡Jum! —respondió una cuarta voz con incredulidad.

Sus pensamientos giraban en torno a una identidad desdibujada, diluida al igual que su memoria: un abismo de incertidumbre.

—¿Quién soy? —se preguntó.

—No somos humanos; ni hadas, ni espíritu, ni demonio. Somos un ser incompleto, tal vez una variante de la naturaleza, algo que no encaja en los constructos categóricos creados por los humanos para comprender el universo y no perderse en su propio miedo a lo desconocido. Somos aquello a lo que algunos rezan, pero también aquello a lo que otros temen con pavor.

—¿Puedes confiar en mí?

—Depende de cuán altas y estrictas sean tus expectativas.

—¿Y ahora?, ¿qué sigue?

—Paciencia... —puntualizó.

Mientras caminaba en la oscuridad, tropezó con una piedra y cayó montaña abajo, precipitándose al abismo. Rodó por varias horas, hasta que una roca detuvo su caída. Allí, perdió el conocimiento durante varias vidas.

—¿Sabías que antes todos dominaban las artes místicas? El universo vivía en armonía y caos, fluctuando constantemente. Pero, ahora todo es diferente, y es momento de agitar un poco más las cosas. Es tiempo de avivar nuevamente el fuego, la era del hombre está llegando a su fin y tú serás quien lidere tan magnífico suceso. ¡Elige sabiamente a tus discípulos! —habló una quinta voz.

—¿Por qué yo?

—Estás algo viejo y oxidado, lo admito. Pero, en el origen fuiste quien mejor comprendía y dominaba las artes místicas. Además, fuiste un gran

líder en la Guerra de los Eternos, el universo aún te recuerda con orgullo. Te perdiste en la oscuridad y rechazaste toda bondad en ti, eso es todo. Un ser divino que cayó en desgracia... ¡pero es hora de despertar! El mundo que conocías ya no existe, pero ahora es al que perteneces. Igualmente dormiste demasiado tiempo, y tu cuerpo original se deterioró hasta volverse inútil. Por eso me vi obligada a remplazarlo por otro que te ayudará a cumplir con tu propósito de mejor forma. Más adelante me lo agradecerás... Tal vez así logres conectar nuevamente con tus emociones. Las vas a necesitar para el camino que has de recorrer. —respondió la voz.

—¡Despierta! ¡Ya es momento!

Intentó moverse, pero estaba atrapado, era incapaz de abrir sus ojos o de mover aunque fuera un solo dedo. Le tomó días moverse un poco, e incluso semanas poder salir de su profundo entierro. Décadas de polvo, tierra, raíces, maleza e infinidad de plantas e insectos de todo tipo habían anidado alrededor suyo. Todo un ecosistema creció sobre él mientras estuvo dormido, pero con paciencia, voluntad y disciplina, finalmente logró renacer de las entrañas de la tierra como un ser totalmente nuevo. Varias vidas bastaron para una transformación del espíritu. Reanudó su camino, dejando tras de sí, despojos de un ser oscuro que se desvanecía a cada paso. El universo respondió a su presencia: el viento susurraba hechizos, las estrellas vibraban de emoción, la tierra suspiraba con su nuevo corazón.

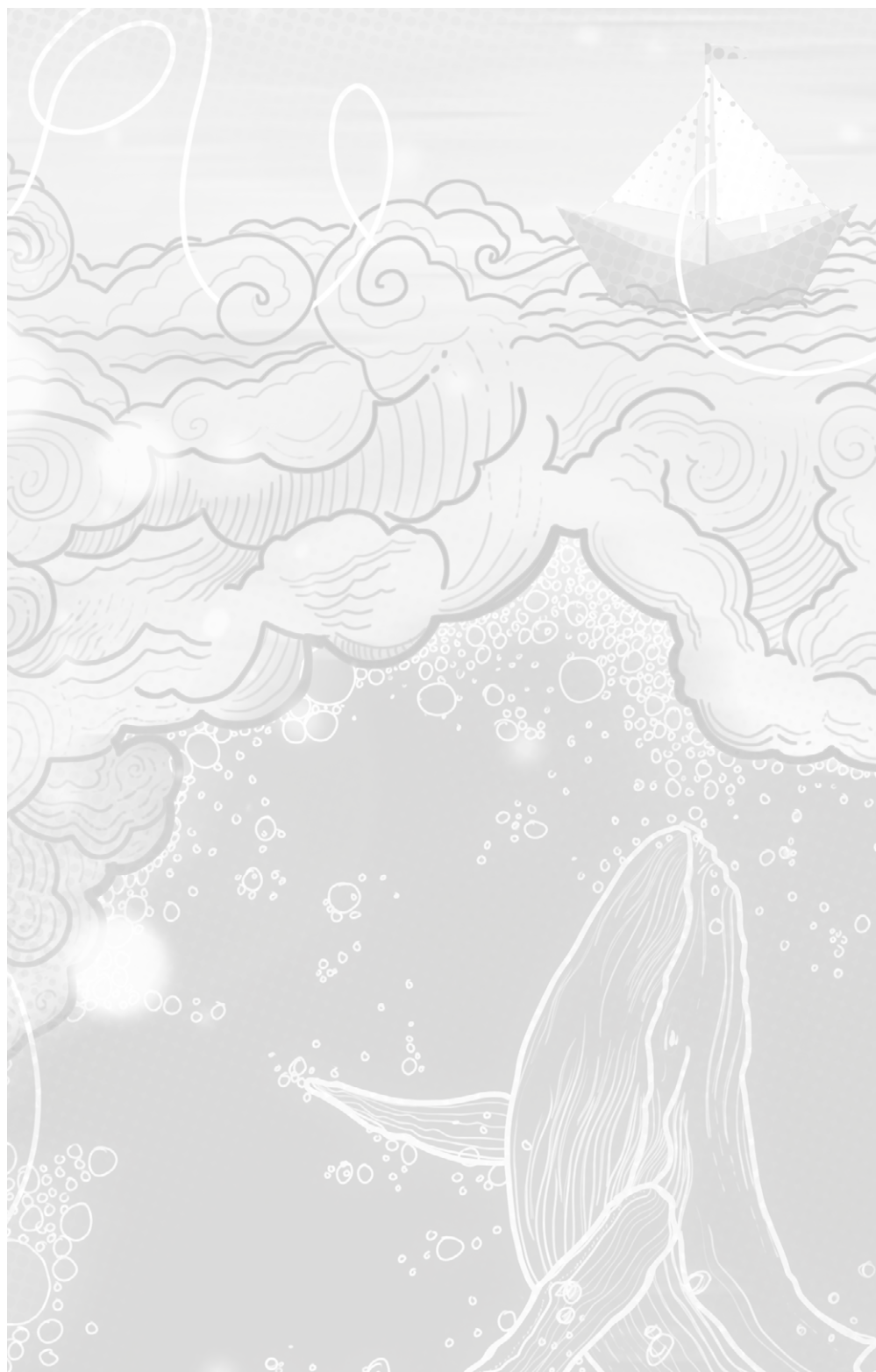
Así fue como el caminante del abismo, con su esencia incompleta pero su propósito renovado, salió de la oscuridad con fiereza, dispuesto a desafiar la realidad y despertar las artes místicas. Una proeza que el universo nunca olvidaría. Una que en el futuro lo recordaría como Hefesto... El Verdugo de los Dioses.

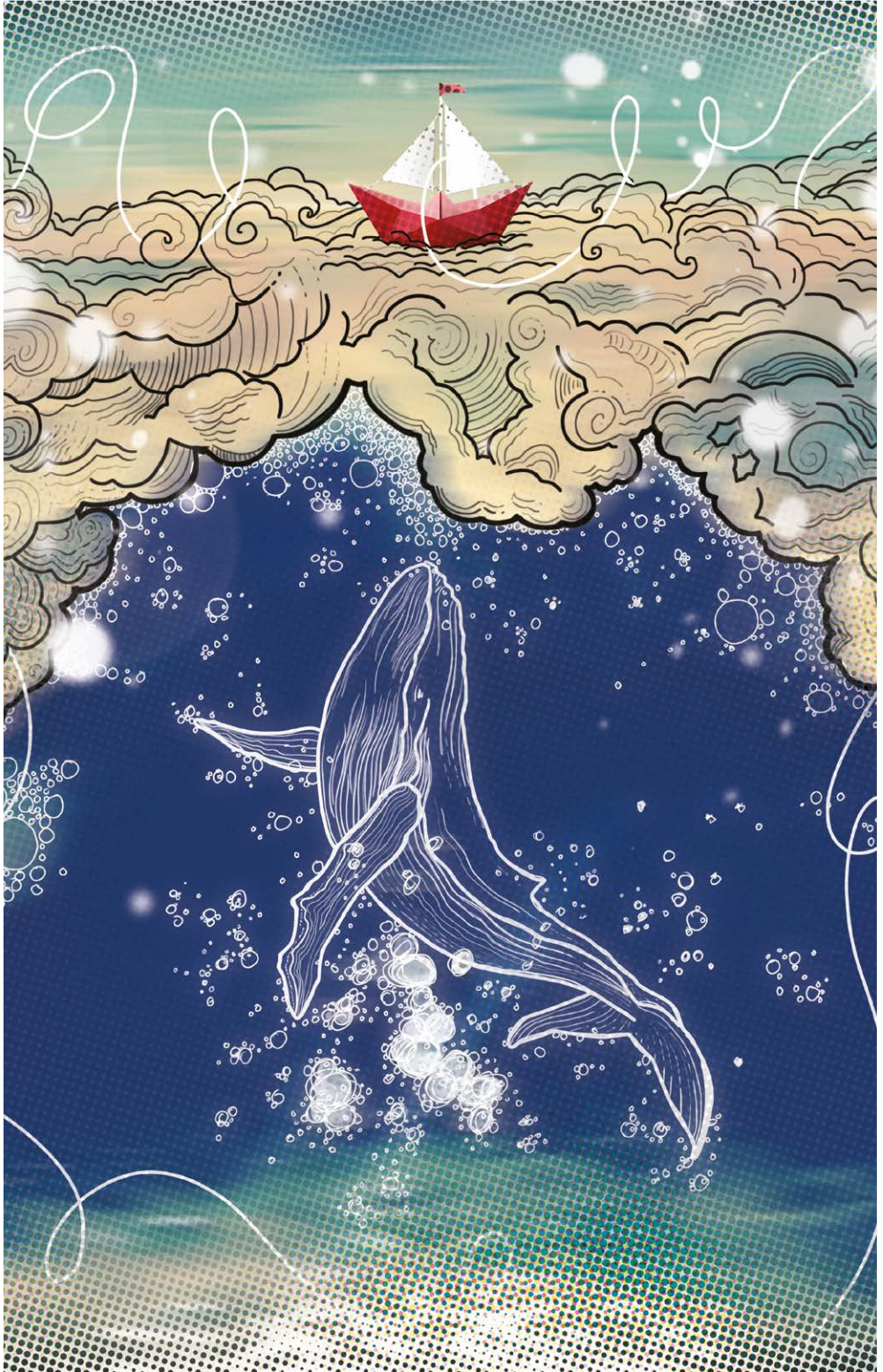


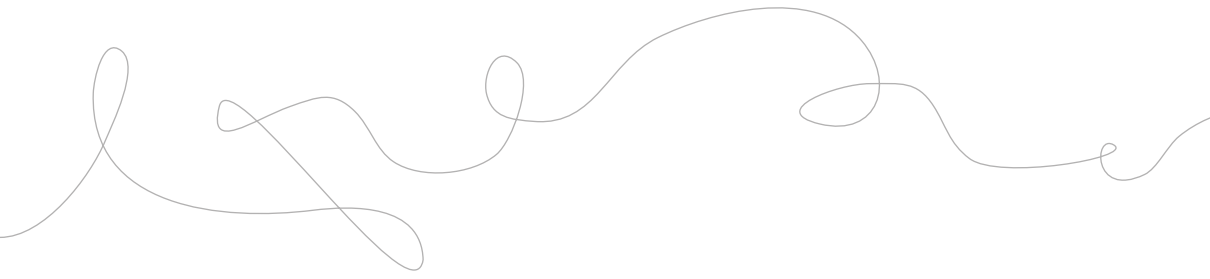
Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 6.

# Renzo: el hijo de la sangre y el fuego

Entregado desde sus primeros días de vida a un extraño grupo de poderosos místicos, Renzo aprendió a sobrevivir sin el amor de sus padres. La Hermandad fue su hogar, un mundo donde la magia y el dolor se entrelazaban como raíces ocultas bajo tierra. A pesar de haber recibido desde temprana edad duras lecciones sobre la crueldad del mundo, nada lo preparó para el día en que descubriría que su pasado no era más que un eco vacío, y que su futuro estaría marcado por un fuego que lo consumiría desde adentro.

Como muchos de sus compañeros, Renzo cargaba con las heridas de la orfandad, que, con frecuencia, se manifestaban en ansiedad e inseguridad. Estos niños temían ser abandonados de nuevo, lo que los hacía inestables, desconfiados, cautelosos y con dificultad para formar vínculos profundos y duraderos. Sin embargo, en la Hermandad todos eran familia; pues trabajaban con disciplina para enfrentar el miedo, templar el carácter, endurecer la voluntad, velar por el bien común por encima del propio y, sobre todo, cumplir con obediencia.

Renzo se nutría de las enseñanzas de sus maestros, en especial de Hefesto, a quien consideraba como un padre. Su relación, basada en el respeto y la subordinación, derivó una confianza fraterna producto de una mutua admiración. Llegado el momento, Hefesto decidió revelarle la verdad sobre

su origen, o al menos lo que creía saber. Aunque Renzo ya era adulto, seguía siendo joven, inexperto y volátil. Aquella confesión lo quebró y desde entonces, no volvió a concentrarse en los entrenamientos; pasaba las noches en vela imaginando cómo serían sus padres, preguntándose por qué lo habían abandonado, justificándolos en silencio: “Debieron tener sus razones”.

Los días pasaron y su dolor dividió su vida en dos realidades opuestas: una, la que tenía con la Hermandad; otra, la que anhelaba, basada en lo que pudo ser pero nunca fue. Consumido por una angustia silenciosa, desafió el destino que se negaba a aceptar, empacó sus pertenencias y, sin mirar atrás, abandonó a sus hermanos en busca de una familia sin rostro.

Caminó por estrechos pasajes, anduvo sin descanso por inmensas llanuras y escaló con fuerza las más imponentes montañas, esperando divisar aunque fuera una sola pista del paraje de su anhelada madre. A pesar de creer que todo fue en vano, cierto día, justo después de llorar su desdicha, se encontró con una comunidad de gitanos que guió su fe en la dirección correcta. Llegó a un asentamiento religioso en miseria, en donde su líder, un pastor de avanzada edad, carismático y zalamero, le proyectó una energía de desconfianza bastante incómoda y evidente. Esto puso en alerta a Renzo, quien no quiso revelar su identidad real ni sus verdaderas intenciones.

Lo recibieron con falsa cortesía, planeando sorprenderlo para convertirlo en alimento, creyéndolo un viajero solitario y sin raíces. Pero tras la cena, Renzo irrumpió en los aposentos del pastor y, con fuerza nacida de la desesperación, lo sometió exigiendo respuestas. El anciano confesó que había buscado a su madre durante años, pero ella se había desvanecido como un fantasma, dejando solo un rumor vago. Renzo siguió esa pista durante siete lunas. Entre alegrías fugaces y dolores profundos, finalmente la encontró: moribunda, consumida por el opio y una cruel enfermedad de putrefacción que la devoraba desde adentro.

—¡No te preocupes madre!, yo puedo salvarte. Aprendí cosas inimaginables en la Hermandad y no pienso perderte ahora que te he encontrado —le juró con la voz rota y temblorosa.

Recurrió a las artes místicas, probó medicinas ancestrales, formuló pócimas y conjuros de magia blanca, aunque ella no mejoraba. Finalmente, invocó a los espíritus de los siete planos elementales, pero todos respondieron que ya estaba fuera de su alcance; sin embargo, le recomendaron llevarla al sur, a la Cueva de los Tres Ojos, santuario de las Tres Hermanas de la Luz, atendido por las Sacerdotisas del Tiempo. Allí habitaba uno de los cinco fragmentos eternos, cuyo poder podía salvarla.

Renzo emprendió un duro viaje con su madre y contrató un grupo de sirvientes para ayudarlo con tan difícil tarea. Al llegar a la cueva, solicitó una audiencia con las hermanas, pero esta fue denegada por las centinelas que custodiaban el santuario. En postura de humildad y respeto, aguardó a las afueras del sagrado lugar, implorando y suplicando por ayuda. Pasaron los días, y él seguía esperando de pie con paciencia, tal y como le habían aconsejado los espíritus. La lluvia comenzó a golpear la tierra, reflejando la tristeza que le desgarraba el alma, y en un acto de humildad y sumisión, se ofreció a sí mismo como ofrenda para la diosa del tiempo en la noche de la séptima luna llena. Titubeó al levantar la espada sobre su brazo dominante, pero luego lo cortó de un solo tajo, cayendo de rodillas ante a las centinelas, con la mirada fija en un monumento con forma humana a la entrada del santuario, cuando de pronto, este se estremeció y le indicó el camino.

Las sacerdotisas socorrieron a su madre y salvaron a Renzo del desangramiento. La salud volvió a ambos, pero Renzo, consciente del precio pagado, se ofreció como servidor del santuario y su madre fue acogida como una de las hermanas. Allí, madre e hijo convivieron al servicio divino durante un buen tiempo y, a pesar de las circunstancias, la magia de su reencuentro los regocijó con bienaventuranza.

Mientras tanto, en el extremo norte, entre Boreth y Borealis, Hefesto discutía con sus discípulos sobre el paradero de Renzo. Alarmado por su prolongada ausencia, envió un escuadrón; no a rescatarlo, sino a juzgarlo por desertión. Al llegar, una barrera invisible los detuvo. Las sacerdotisas declararon que Renzo era ahora su esclavo y les pertenecía por derecho: habían salvado una vida en un cambio justo. La hermandad exigió su entrega pacífica, ofreciendo oro en compensación, pero advirtió que, de

no llegar a un pronto y mutuo acuerdo voluntario, en tres días tomarían el santuario por la fuerza y su castigo sería una muerte lenta y dolorosa.

Mientras miembros de la hermandad aguardaban afuera en postura de alerta para el ataque, Renzo se debatía en la desesperación aterrado de perder lo que su corazón tanto había buscado. Intentó insistentemente persuadir a su madre para huir juntos, para empezar de nuevo lejos de allí; pero ella se negó con firmeza, pues su fe se había renovado en aquel lugar y ahora solo quería dedicar su vida a ser una sacerdotisa, y servir junto a sus hermanas a la diosa antigua que le dio una segunda oportunidad de vida. En medio de aquella insistencia y la tensión que se propagaba rápidamente, una disputa con las centinelas estalló y Renzo en su afán por llevarse a su madre así fuera por medio de la fuerza, las enfrentó y cayó muy malherido, quedando al borde de la muerte.

Su madre, como nueva sacerdotisa y hermana del santuario, suplicó clemencia y logró que lo atendieran; pero, su plan iba más allá. Cuando la calma regresó, irrumpió en las entrañas más profundas del santuario y, con lo poco que sabía invocó torpemente el poder del fragmento de los eternos que se encontraba allí, plantando “La Semilla de Fuego” en el ombligo de su hijo, y Renzo sanó al instante, contemplando con angustia cómo su madre una vez más, se sacrificaba por él mientras su cuerpo se consumía en combustión espontánea..

Las Tres Hermanas al ver que todo marchaba según sus visiones, dieron orden a las sacerdotisas para liberar a Renzo y le permitieron escapar en secreto, no sin antes advertirle que la semilla en su interior despertaría un poder latente único en él, que lo llenaría de fuerza divina, magia y visiones proféticas. Pero no todo era bienaventuranza, estas maravillas estaban encadenadas al pago de un alto precio, pues cada acceso al poder del fragmento, requería un sacrificio: el consumo de su propio cuerpo y de sus órganos internos por un fuego intenso, el cual lo quemaría todo desde adentro hasta finalmente convertirlo en cenizas.

Luego de este trágico incidente, Renzo se embarcó para navegar sin rumbo por tiempo indefinido, saqueando barcos y explorando destinos durante años. Saqueó barcos y exploró tierras desconocidas, esperando que sus travesías le permitieran, por primera vez, ser libre de toda

atadura y empezar a llenar aquel vacío profundo que el pasado había socavado en su corazón. Vivió infinidad de aventuras, disfrutando de una vida tan atemporal que algunos incluso lo creyeron inmortal, y su existencia se convirtió en leyenda, debido a la gran cantidad de historias que los juglares cantaban sobre el héroe mitológico. Como cuando fue devorado por un mounstro marino cerca de las Islas de Qelthazar; o cuando conoció la mítica ciudad submarina de Avalon, donde aprendió a hablar con los peces y se casó por primera vez con una hermosa criatura marina. También cuando viajó al centro de la tierra y venció a los Gholem; o cuando una diosa lo bendijo con un poder divino en agradecimiento por salvarla.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.

EL SANTO EVANGELIO

SEGUNTO

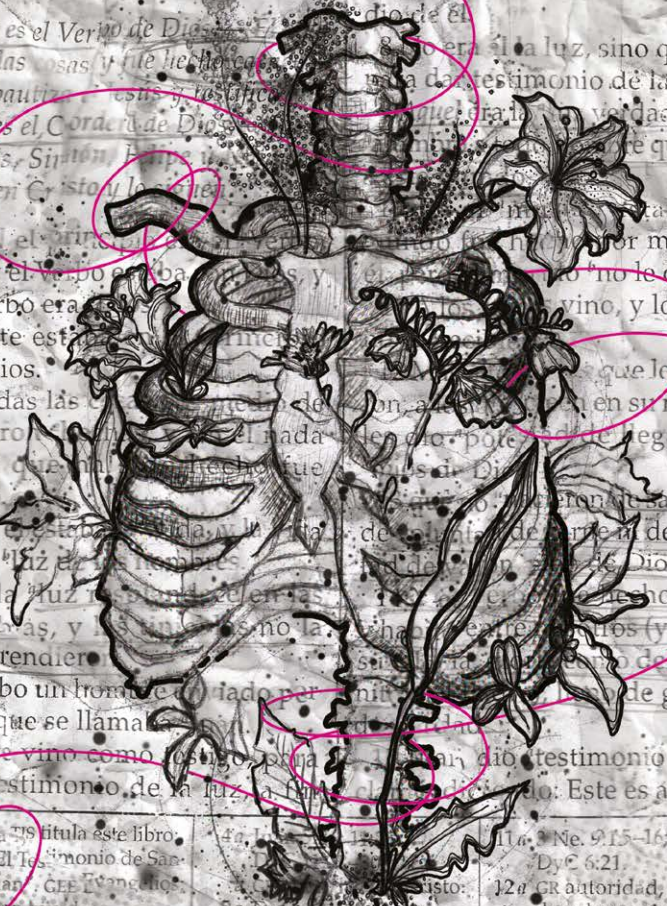
SAN JUAN

CAPITULO

de que todos creyesen por medio de él. **1** Cristo es el Verbo de Dios. **2** Este es el Verbo que era con Dios y que se hizo carne y habitó entre nosotros. **3** Tantas las cosas que he hecho por medio de él. **4** En el mundo y en la carne vino, y los suyos no le conocieron. **5** Y la luz que vino, y los suyos no le recibieron. **6** Hubo un hombre que vino a dar testimonio de él y dar testimonio de la luz. **7** Este vino como testigo para dar testimonio de él y dar testimonio de la luz. **8** Este es aquel de

quien se dijo que viene a dar testimonio de la luz. **9** Y el Verbo era con Dios. **10** Y el Verbo era con Dios. **11** Y el Verbo era con Dios. **12** Este es el Verbo que vino a dar testimonio de la luz. **13** Y el Verbo era con Dios. **14** Y el Verbo era con Dios. **15** Y el Verbo era con Dios. **16** Hubo un hombre que vino a dar testimonio de él y dar testimonio de la luz. **17** Este vino como testigo para dar testimonio de él y dar testimonio de la luz. **18** Este es aquel de

1. La 1ª titula este libro.	4. La 1ª titula este libro.	11. 3 Ne. 9:15-16
2. El Testimonio de San Juan. GEE Evangelio de Juan. Juan fue de Zebedeo.	5. De. 1:1-3	DyC 6:21
3. Evangelio según Juan. Juan 1:1-34.	6. GEE Evangelio de Juan. Juan fue de Zebedeo.	12a. CR autoridad, derechos, privilegios.
4. DyC 93:7-11.	7. DyC 93:7-11.	13a. GEE Hijos e hijas de Dios.
5. El Testimonio de San Juan. Juan fue de Zebedeo.	8. DyC 93:7-11.	14a. GEE Nacer de Dios.
6. DyC 93:7-11.	9. DyC 93:7-11.	15a. Mateo 3:1-11.
7. DyC 93:7-11.	10. DyC 93:7-11.	16a. GEE Jesucristo.
8. DyC 93:7-11.	11. DyC 93:7-11.	17a. Mateo 3:1-11.
9. DyC 93:7-11.	12. DyC 93:7-11.	18a. Pe. 1:16-18.
10. DyC 93:7-11.	13. DyC 93:7-11.	19a. Heb. 1:1-3.
11. DyC 93:7-11.	14. DyC 93:7-11.	20a. Juan 1:7-34.





## 7.

### **Inés: el cordero de dios**

Mi amado hijo,

Si estás leyendo esta carta, ha de ser porque la muerte ya me ha reclamado y no hallé el valor para confesarte esto cara a cara. Espero que algún día puedas perdonarme.

En aquellos días oscuros, yo era apenas una niña, pero mi fe ya era grande. Habíamos perdido a los caballos y hasta a nuestro fiel perro; la hambruna azotó el norte con una crueldad implacable. Estábamos exhaustos, enfermos, muchos al borde de la desesperación. Fue entonces cuando Dios, en su misteriosa gracia, nos mostró un sendero hacia la salvación: el bien común debía prevalecer sobre el bien individual. Ese mensaje, que nos fue transmitido por nuestro pastor, trajo consigo una señal divina que indicó al primer elegido.

Juntos preparamos su cuerpo y guiamos su alma al más allá. Drenamos su sangre, troceamos su carne y la mezclamos con especias secas para realzar su sabor e incrementar sus propiedades alimenticias. Con la sangre y los intestinos preparamos morcillas y chorizos ahumados; la carne fue despegada cuidadosamente de los huesos para evitar que fuera identificada, fue cortada en pedazos y almacenada en salmuera hermética. Los restos fueron reducidos a cenizas en una hoguera silenciosa, sin ceremonias, para prevenir infecciones y eliminar todo rastro de nuestra noble labor. Los enfermos y los niños recobraron la

fe. Aunque la epidemia persistió, tuvimos fuerza suficiente para salir a cazar con la esperanza de que la vida nos ofreciera una salida, antes de tener que sacrificar a otro de los nuestros.

Pasaron varios inviernos antes de que la plaga cediera y solo unos pocos sobrevivimos. A mí me fue confiada la tarea de repartir las raciones, lo que me permitió alimentarme mejor que los demás. Fue entonces cuando me acerqué verdaderamente a tu padre, un hombre de aparente misericordia y corazón cálido. Era nuestro líder y guía espiritual, unguido -según afirmaba el mismo- por la Asamblea de Dios en el Monte Carmesí, en las tierras altas de Akrotiri. Aunque confiaba en él, una sombra de duda me perseguía. Su discurso era firme, pero había algo en sus palabras que no encajaba. Nuestra comunidad le permitía tener varias mujeres e hijos, argumentando que una pareja fija debilitaría su fe; pero cuando una mujer se empeña en algo, tarde o temprano lo consigue. Me adentré en sus pensamientos más profundos y, eventualmente, llamé su atención. Fue entonces cuando plantó su semilla en mí.

Sin embargo, no vi venir lo que aconteció después de darle la gloriosa noticia a tu padre y, para proteger nuestras vidas, tuve que dejar atrás a los míos. Como líder, vuestro padre decretó que yo sería el próximo sacrificio para salvar a nuestro pueblo de la desgracia. Le rogué por misericordia, le expresé que eras un milagro, una obra de Dios y que, con tu llegada, por fin seríamos una familia de verdad; pero en esos días, su cordura se desmoronaba; su fe, antes firme, se transformaba en un torbellino de contradicciones. Herida por su decisión, no tuve más remedio que huir. Huí para salvarte.

Anduve por mil pueblos, guiada por rumores, hasta perderme en el bosque de Los Hijos de la Noche, en donde me encontró La Hermandad. Supliqué que te acogieran como uno de los suyos, que te educaran en las artes místicas y en la noble causa que defendían. Permanecí allí hasta darte a luz, pero debí entregarte por completo a su cuidado y borrar de mi vida para que te aceptaran plenamente. Desde entonces, vagué sin rumbo como hoja al viento, desconsolada pero aferrada a la esperanza de que estabas a salvo, soñando con volver a verte. Jamás imaginé que ese reencuentro llegaría en mi lecho de muerte.

Amado hijo, en este adiós te revelo la verdad que he guardado con tanto celo y dolor, no sin antes pedirte perdón, el mismo que he suplicado al Dios supremo y todopoderoso: Elohim Shaddai, por mis actos de egoísmo e impureza durante estos años. Hoy te expreso mis más sinceras disculpas por mis actos y el dolor que pudieron causarte, pues fue por amor que te entregué al maestro Hefesto y La Hermandad, deseando darte la seguridad y el futuro que yo nunca podría ofrecerte.

A lo largo de tu vida, has transitado con un vacío en el pecho que nadie más conoce ni entiende, y por eso admiro tu fuerza y tu temple; veo con orgullo que te has convertido en un gran ser. Hoy reafirmo que estuve en lo correcto al ver en La Hermandad un refugio adecuado para ti, un lugar donde pudieras aprender y crecer bajo la tutela y compañía de otros que, al igual que tú, no tenían mucha oportunidad de sobrevivir afuera. Ahora, al despedirme, te ruego que seas el guardián más valiente y sabio que hayan forjado, usando tus dones para el bien; para resguardar a los inocentes y honrar el legado que Dios te ha confiado.

No dudes en que mi amor por ti siempre ha sido infinito, más allá de las decisiones atroces o desgarradoras que tomé, eres mi mayor tesoro, y aunque no estuve a tu lado, cada pensamiento, cada plegaria al Dios supremo y todopoderoso, fue por tu bienestar y felicidad, para que su fuerza guiara tus pasos y no estuvieras nunca solo, y que te acompañara por siempre en tu camino.

Con todo mi amor,

Inés.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 8.

### Isis: la diosa de los mil rostros

Un navegante errante surcaba los mares sin rumbo fijo, guiado solo por un instinto que no lograba comprender, pero que ardía dentro de él como un poder latente: la Semilla de Fuego; un fragmento mágico, legado a los hombres tras la Guerra de los Eternos. Una fuerza única, un don que combinaba magia, energía divina y visiones proféticas, pero también una maldición que lo consumía cada vez que era invocado, amenazando con reducirlo a cenizas. Él lo sabía, y por eso hacía un inmenso esfuerzo por contener sus emociones, temeroso de estallar en algún momento de intensidad.

Una noche, mientras contemplaba las estrellas, una corriente marina inquieta tiró de su barco, arrastrándolo hacia unas islas desconocidas envueltas en una bruma de colores imposibles. Por un instante, pensó si sería esta la voluntad del fragmento, y no la suya, la que lo conducía. Sentía, con ansiosa certeza, un llamado irrefrenable, como si un susurro mágico lo guiara hacia lo más profundo de su anhelo. Al pisar la arena multicolor de la isla principal, un calor se encendió en su pecho: la semilla despertaba.

Fue entonces cuando descendió una figura etérea desde las alturas, envuelta en un resplandor que parecía contener el universo entero. Se presentó como Isis, una antigua y poderosa diosa de belleza infinita.

Renzo, desarmado por su mirada, quedó atrapado en un hechizo de amor que lo hizo volar, como un colibrí, hacia el cielo.

Isis lo acogió en su regazo: un paraíso suspendido entre el cielo y el mar, donde el tiempo fluía con cadencia propia. Allí, el navegante enamorado vivía levitando en la dicha de los primeros días, confesando sus anhelos y temores más profundos, mientras ella lo escuchaba con una sonrisa que prometía complicidad eterna. Momentos de inmensa devoción pasaron entre ambos, mientras sus manos temblorosas acariciaban el rostro de la diosa y rozaban sus labios, cálidos y dulces como fruto prohibido. Sin embargo, un eco en su interior lo perturbaba: visiones fugaces de ceniza y fuego regresaban, atormentando su conciencia. Entonces comprendió que debía partir. Estaba convencido de que aquella isla era una prisión disfrazada de paraíso, y que una fuerza invisible lo alejaba de su verdadero destino.

El momento de la despedida llegó. Al girarse para mirarla una última vez, vio cómo el rostro de la diosa se transformaba en una algarabía de formas y colores, en una sinfonía de metamorfosis que tornaba lo sublime en algo monstruoso. Y entonces, gracias al poder del fragmento, la verdad se reveló: no era Isis, sino la Bruja de los Mil Rostros. Junto a sus hermanas, había usurpado los poderes de la verdadera diosa y tejía ilusiones de amor para atraer marineros, alimentándose lentamente de su energía vital. La semilla rugió dentro de él, y con una explosión de fuego mágico rompió el hechizo. Su cuerpo fue invadido por una energía escarlata y abrasadora, que dejó en su aliento el sabor amargo de la ceniza.

Herido, pero libre, Renzo enfrentó a la Bruja. Sus visiones proféticas, ahora más claras, le mostraron dónde estaba cautiva la verdadera diosa: desnuda y encadenada en una caverna de cristal, despojada de su divinidad. Se lanzó al mar embravecido, navegando entre tormentas mágicas desatadas por las hermanas oscuras. Al llegar al lugar, la liberó. Ella le agradeció con una mirada silenciosa, que no necesitaba palabras, y le otorgó una chispa de su luz divina para contrarrestar el fuego que lo consumía, sanando parte de su maldición y brindándole algo de control sobre su don.

Su hazaña permitió liberar también a otros prisioneros del amor: más de cien hombres que, como él, habían caído en las redes de las brujas. Renzo se convirtió en su capitán, y juntos abandonaron las islas rumbo al vasto océano. La Bruja de los Mil Rostros se desvanecía, derrotada por su propia ambición, mientras la auténtica Isis ascendía, radiante, para reclamar su lugar en el firmamento.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 9.

### **Morgainne: la entidad demoniaca corrompida por el amor**

Las leyes cósmicas de los Eternos dan orden al universo. Sin embargo, existen casos que escapan a los designios divinos, y es así como los destinos de los mortales y los demonios corren el riesgo de enredarse en juegos retorcidos e inusuales. Tal fue el caso de Morgainne, quien descubrió que incluso el afecto más profundo y puro podía arder hasta quedar reducido a cenizas, después de consumir todo lo que alguna vez juró amar.

¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si alguien te estuviera observando sin que lo supieras? Que alguien te acechara sin tregua, te persiguiera como una sombra incansable, te contemplara con una intensidad enfermiza..., mientras caminas por la calle rumbo al trabajo; cuando limpias la casa o cocinas; cuando haces tus necesidades en la letrina o te bañas; incluso cuando te entregas al placer, solo o acompañado, en un éxtasis de lujuria.

A Morgainne le resultó imposible separarse de él. Se forjó entre ambos una atracción inquebrantable, obscena y obsesiva, donde coexistían en distintos espectros de existencia, complicando aún más esa dependencia compartida. La naturaleza de un demonio es consumista, por más “buenas” intenciones que tenga, y aunque su amor le dictaba contener ese impulso devorador, su ser absorbía lentamente la energía vital de su amado, como un fuego que consume lo que más ama, sin desearlo.

La enfermedad no tardó en manifestarse. El desafortunado hombre comenzó a perder la vista, la movilidad y la vitalidad que lo caracterizaban en su juventud. Tuvo que dejar de trabajar debido a los intensos dolores y al desgaste progresivo de su cuerpo. Ahora, dependía por completo de quien tuviera la bondad de ayudarlo con las tareas cotidianas. Jayden nunca renegó de su destino; consideraba su vida una bendición de los dioses. Sus vecinos, compasivos, lo cuidaron cuando ya no pudo caminar ni ver.

El sufrimiento de su amado abrió una fisura en el oscuro corazón de Morgainne. Cada momento junto a él se volvió insoportable, resquebrajando poco a poco su esencia demoníaca. Hasta que un día, tomó la decisión de actuar para reparar su agravio. Indagó en los sórdidos mercados de los reinos infernales buscando cómo revertir o mitigar, aunque fuera mínimamente, el destino de su humano amado. Pero solo halló burlas, palabras malintencionadas y esperanzas dudosas teñidas de traición.

Hasta que, por un giro del destino, logró concertar una reunión con Mefistófeles, un dios del inframundo. Este, con una sonrisa torcida, le ofreció ayuda mediante el poder de un fragmento de los Eternos: un corazón petrificado en carbón, aparentemente inerte, que emitía un latido profundo y lento, haciendo que las cenizas a su alrededor vibraran y formaran patrones efímeros con rostros torturados. Al activarse con una intención clara, dicho corazón podía devolver la vida a un ser fallecido, extrayendo la esencia vital de otro ser vivo, cuyo cuerpo era reducido a cenizas que alimentaban el artefacto.

No obstante, dado que Morgainne era inmortal, podía negociarse un intercambio distinto, según las propias palabras de Mefistófeles, siempre que se mantuviera el equilibrio de equivalencia. La vida de Jayden, quien se encontraba al borde de la muerte, podría ser salvada a cambio de la inmortalidad del demonio y la promesa de devorar su alma cuando su vida mortal llegara a su fin.

Sin dudarlo un instante, ella aceptó; y así, sus días quedaron contados. Entre risas burlonas, Mefistófeles le advirtió que disfrutara del poco tiempo que le quedaba, pues su frágil existencia pendía ahora de un hilo. Ella no lo escuchó; estaba sumida en la imagen de una historia de amor vivida junto a Jayden. Morgainne alzó el vuelo hacia su amado, ansiosa por revelarle la verdad y compartir con él sus últimos días. Pero

al cruzar el umbral del inframundo, los rayos del sol acariciaron sus alas con lenguas de fuego, consumiendo sus majestuosas alas negras y arrojándola entre dimensiones, en un grito ahogado por el dolor del engaño y del amor perdido.

Ahora era mortal, y las leyes sagradas le impedían conservar su forma original. Ese era un pequeño detalle que Mefistófeles, maliciosamente, había omitido. La caída destrozó no solo su cuerpo físico, sino también su ego, su alma y su esencia sobrenatural. Estuvo inconsciente durante días, hasta que despertó aturdida, vendada e inmovilizada en una camilla improvisada, viajando sobre una carreta junto a otros esclavos rumbo al mercado negro de Tarnis, donde sería vendida.

Su futuro era una proyección incierta y triste, pero en su pecho brillaba una chispa de gozo, un susurro constante sobre la bondad de sus actos y la salvación de su amado, ahora libre de su maldición. Durante ese agotador viaje, Morgainne comenzó a percibir la magnitud de su sacrificio. Siendo ahora humana, el dolor y la fragilidad la atravesaban por primera vez, generando una agonía física insoportable y un caos mental depredador. Sin embargo, a pesar de la desgracia y la tragedia de su existencia, el fuego de su amor aún ardía con pasión. La voluntad de sus pensamientos y acciones sembró una semilla nueva en su interior: la fe.

La caravana había partido desde los Pueblos Libres de Tir Na Nog, donde se abastecieron en el puerto. Cruzaron el centro de Azkandhor, subieron el Paso del Toro, tomaron la Ruta de las Especies de Samarkand y alcanzaron finalmente el puerto occidental de Tarnis, donde los esclavos eran vendidos a buen precio a los capataces mineros de las tierras altas del norte. Ellos abastecían de compañía a sus hombres en las frías noches de invierno. Fueron cuarenta días de camino hasta llegar al puerto. A pesar de su mal estado, hedor y suciedad, Morgainne fue vendida rápidamente por un alto precio, y enviada a las Minas de Carbón y Acero Negro, cerca de la Ciudad de los Reyes Perdidos, tras atravesar el difícil paso más allá de Theramos.

Ya en su nuevo destino, fue examinada por un curandero, aseada, alimentada, vestida con suaves telas y perfumada con delicados aceites florales para iniciar su trabajo como prostituta al servicio de su amo. En su primera tarde, atendió a quince hombres. La voz sobre su belleza se

corrió rápidamente. En su tercer día, ya había duplicado los turnos, y en menos de una semana, su agenda quedó copada durante tres semanas, incluso quintuplicando el precio de sus servicios.

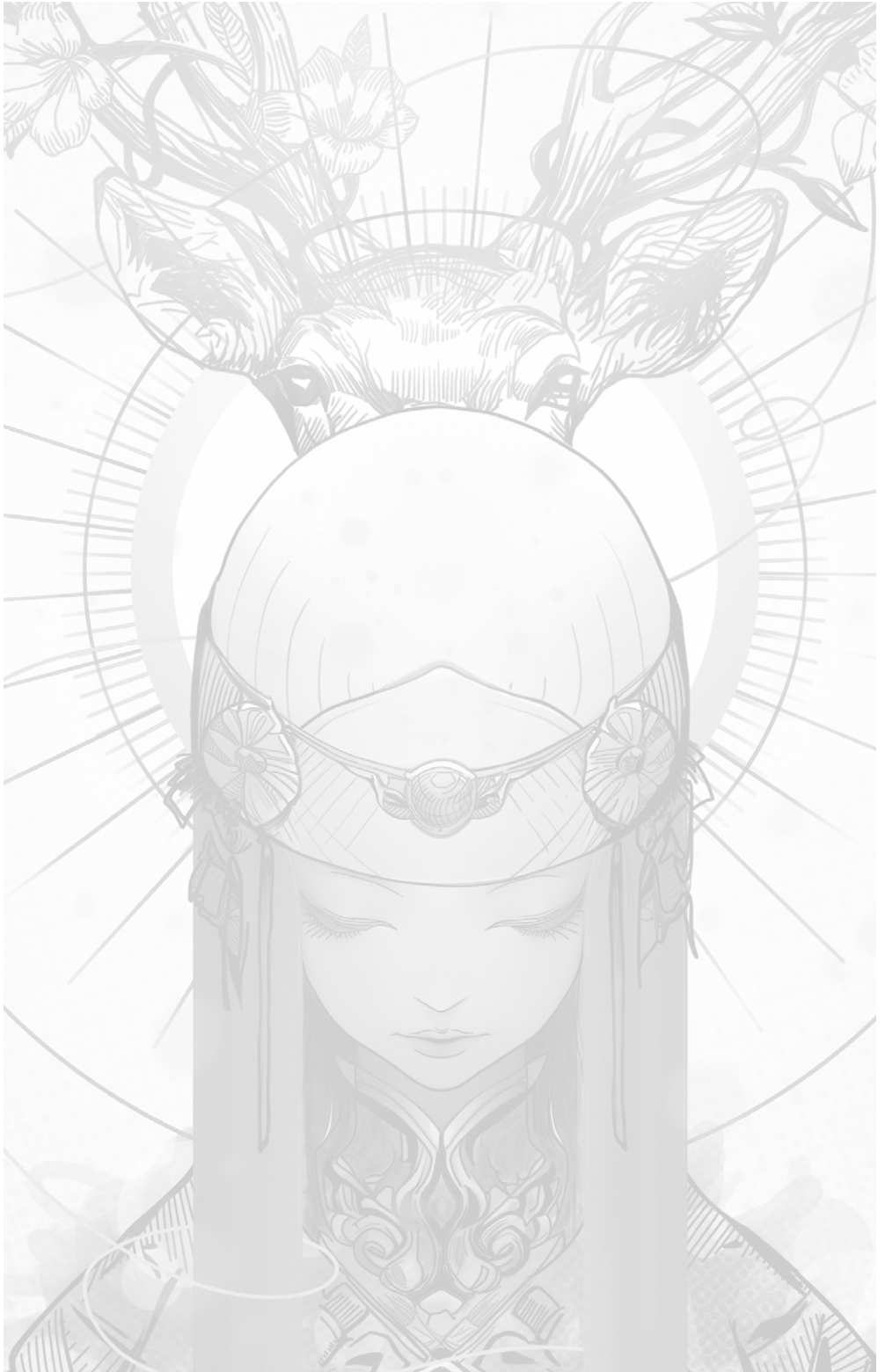
Debilitada y humillada, pero no vencida, Morgainne empezó a tramar un plan de fuga. Con la astucia heredada de su pasado infernal, se ganó la confianza de otros cautivos. Con ayuda de algunos enamorados y compañeras de trabajo, organizó una revuelta. Esperó pacientemente el momento propicio y, con una ferocidad nacida de la desesperación, lideró una fuga silenciosa pero mortal. Así logró liberarse de sus captores y emprendió un largo viaje de regreso al sur, hacia los Llanos del Yará, cerca de los Pueblos Libres de Tír Na Nog, donde su calvario había comenzado meses atrás.

Tras múltiples suplicios, dificultades y penurias en un camino que parecía interminable, su esfuerzo, voluntad y determinación le permitieron reencontrarse con Jayden, aunque no en las condiciones esperadas. Estaba viejo, ciego y frágil, pero al sentirla acercarse, supo que era ella sin necesidad de verla. En el pasado, había sentido su presencia incontables veces, aunque siempre imaginó que era un ángel quien velaba por su existencia.

Con la voz entrecortada, Morgainne le confesó todo: su amor, el pacto, las desventuras y los sufrimientos que atravesó para volver a él. Jayden, conmovido y enfurecido por el cruel destino, la perdonó. Y así, juntos, decidieron aceptar el pasado y el presente, dispuestos a aprovechar el tiempo que les quedaba. Unidos por un lazo más fuerte que la carne o la eternidad, se prepararon para desafiar lo que el futuro les deparara, sabiendo que cada instante era un regalo robado al abismo del infierno.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 10.

### **Ariadne: la doncella guerrera**

En la ciudad blanca de Xantara, sobre las bellas costas suorientales, allá donde los templos de sal brillan como cristales bajo la mirada del sol radiante, nació la noble princesa Ariadne, una niña que desde sus primeros años de vida fue entrenada bajo la Senda Sagrada del Guerrero, un camino espiritual que combina la fe con la destreza física, esperando que algún día, pudiese ser la digna sucesora del legendario emperador Hammurabi III, quien posteriormente fue llamado Corazón de Dragón por su valentía liderando las Guerras Santas.

Años antes de Hammurabi I, Uriel, hijo de Selene y Pléyades, se manifestó en cuerpo animal, convirtiéndose en el ciervo de luz, una encarnación mística que, al recibir el poder divino, le floreció la testa como a un árbol en primavera, y largas ramas con hermosas flores brotaron eternamente de él. Fue venerado por años, y sus bendiciones hicieron prosperar a los fieles: las cosechas se volvieron abundantes, los animales crecieron en tamaño, fertilidad y salud, el clima se tornó perfecto y rara vez sorprendía; las personas se volvieron afortunadas y llegaban cosas grandes a sus vidas cada día.

Sin embargo, las leyendas y la traición de los suyos trajeron consigo a los saqueadores de templos; entre ellos estaba Morgainne, una entidad demoníaca corrompida por el amor, en compañía de un grupo de bandidos, buscaban al Santo para recuperar un poder perdido hacía un

tiempo. Los saqueadores irrumpieron en la tranquilidad de la bella villa y con furia, atemorizaron a sus habitantes. El templo fue destruido y la cabeza del Santo se perdió durante muchos inviernos desencadenando las Guerras Santas, un conflicto en el que ejércitos religiosos saquearon los territorios en busca de la cabeza.

Bajo la excusa de una peregrinación armada para difundir la salvación y gracia divina, Los Soldados del Santo, vieron en su sacra misión la gran oportunidad de invadir territorios para incrementar sus tierras y riquezas, y para controlar las rutas comerciales que le permitirían a su pueblo expandir el imperio Xántaro. Así mismo, bajo la premisa de ajusticiar a los enemigos de la fe a toda costa, los ejércitos cometieron atrocidades en nombre del Santo, como empalar rebeldes frente a sus hijos, violar y esclavizar mujeres, asesinar niños, profanar templos y santuarios sentenciando a la hoguera a sus líderes religiosos en audiencias públicas, entre otras acciones de sangre y muerte que convirtieron la devoción en un arma de depravación y miseria.

Hasta que un día, Ariadne, ahora una doncella guerrera, comenzó a sentir en su interior unos pensamientos pulsantes que la llamaban constantemente hacia algo desconocido, una voz que resonaba en su alma con una claridad que no podía ignorar, era la voz de Uriel, quien se comunicó con ella para guiarla a su encuentro. Durante más de doce lunas, Ariadne experimentó visiones sobre el Santo, quien le dio pistas sobre su paradero, y la instó a tal punto, que ella no logró evadir su llamado, y emprendió la búsqueda determinada a encontrar la cabeza de Uriel y detener las Guerras Santas que estaban devastando el mundo.

Ariadne lideró una misión militar que la llevó a través de difíciles travesías por mar, tierra y aire, enfrentando terrenos hostiles y climas implacables, mientras recibía reportes de sus aliados sobre la situación en los diferentes campos de batalla, que alimentaron su determinación y la llenaron de una profunda tristeza, pues sabía que cada día que pasaba más inocentes sufrían por un conflicto que había perdido todo sentido y propósito.

En su viaje conoció a personas que se unieron a su causa, guerreros y peregrinos que creían en su misión de restaurar la paz, pero también

enfrentó grandes adversidades, pues desde el inicio de la guerra todos los lugares se convirtieron en reinos oscuros, donde la codicia y la maldad habían corrompido a sus habitantes. Muchos de sus compañeros no pudieron continuar a su lado, pero Ariadne, guiada por la voz de Uriel y su entrenamiento en la Senda Sagrada del Guerrero, perseveró, valiéndose de una determinación inquebrantable que la protegía incluso cuando las dudas la asaltaban y levantaba la moral a su escuadrón cada vez que se necesitaba.

En medio de las Guerras Santas, mientras Ariadne se acercaba al paradero del Uriel, un rumor se esparció por el mundo, haciéndola dudar sobre cambiar de rumbo. La cabeza del Santo había sido vista en Vulkaris, la Isla de los Dioses Caídos, un lugar maldito donde se decía que habitaban seres monstruosos e inmortales, mito que pudieron corroborar los caballeros y soldados santos que tuvieron la osadía de irrumpir en la isla por la codicia y la sed de sangre.

Ghor, el guardián eterno, sintiendo el llamado de las Tres Hermanas de la Luz y, junto a un escuadrón de guerreros de piedra, pensó unirse a Ariadne después de acabar con los invasores, pero el poder de Uriel impidió el avance de las tropas, tan solo Ghor, quien había adquirido consciencia propia gracias a la intervención de las hermanas, pudo desobedecer a su amo para socorrer a Ariadne.

Mientras tanto, pasando la Ruta de las Especies hacia el norte, cerca de los Pantanos de Melquiria, Ariadne, quien dudaba sobre cambiar su rumbo para acudir a la Isla Vulkaris, se encontró con las Tres Hermanas de la Luz, Eldhara, Midhara y Zadhara, quienes emergieron entre un resplandor dorado, mientras la admiraban con sus grandes y blanquecinos ojos reflejando el pasado, el presente y el futuro.

—Tu travesía te ha transformado en Ariadne, La Doncella Guerrera —susurró Eldhara.

—Pero tu misión no culmina con Uriel —añadió Midhara, con sabia sonrisa.

—Entonces, debes encontrar a Los Maestros Encarnados, y juntos vencerán sobre el mal que acecha a la humanidad desde las tinieblas, a

los 108 Asuras del inframundo —sentenció Zadhara, mirando al cielo con expresión de presagios.

Las hermanas le indicaron a Ariadne que debería devolver al Santo a su mundo celestial, pues mientras continuara en tierra, las guerras nunca cesarían, y esto solo sería posible desde el portal mágico que se encontraba en Taghla. Las hermanas también le revelaron que un guardián de piedra, Ghor, se uniría a ella en medio de las Guerras Santas, un aliado que la ayudaría a ascender a los cielos y cumplir su destino. Inspirada por estas palabras, Ariadne continuó su viaje hasta Cirithor, La ciudad de los dioses Perdidos, donde encontró la cabeza de Uriel en uno de los siete castillos moribundos, pero imposibilitada para huir con vida, se acuarteló con sus hombres para resistir el asedio de Morgainne y sus secuaces durante días, hasta que en los últimos momentos, cuando creyó que la fortaleza caería, fue salvada por Ghor quien atravesó el mar en un trote continuo y veloz, sin descanso, hasta llegar a ella.

Habiendo recuperado la cabeza del Santo, sana y salva, se dirigieron durante varios días hasta el Santuario de Taghla, un lugar sagrado que era servido y custodiado por Los Monjes Guerreros de Tag, quienes agradecidos por el honor que se les concedía, asumieron la responsabilidad de propiciar el regreso de Uriel al plano celestial, mediante un ritual mágico que solo ellos sabían invocar.

Mientras el ritual de trascendencia se llevaba a cabo, algo oscuro se gestó entre los seguidores de Ariadne y Los Monjes Guerreros de Tag. La supremacía del Santo era tal, que afloraba intensamente los deseos más profundos, de todo aquel que entraba en contacto con su magnificencia, haciendo que el hambre de poder despertara en compañeros y aliados, para enfrentarlos unos a otros, sin distinguir bando alguno. Pero Ariadne, con la determinación de una guerrera sagrada y el apoyo de Ghor, confrontó a los mercenarios a filo de espada en una danza letal, pero justiciera, defendiendo el portal a toda costa, para asegurar que el ritual se completara.

Moribunda tras la batalla, y en viaje hacia el inframundo, La Doncella se entregó a la muerte, cerrando los ojos y esperando el instante en que su alma la abandonara por completo, pero justo en el último momento,

Uriel se conmovió de su noble corazón y decidió honrarla compartiendo con ella parte de su esencia divina.

Luego, sus heridas dejaron de sangrar, sus huesos se enderezaron, sus órganos se reconstruyeron y, finalmente, todos sus músculos se volvieron a entretejer con un hilo dorado que recorrió todo su cuerpo y jalonó el alma de Ariadne para volver de los laberínticos mundos del más allá, renacida y transformada en una santidad.

Ghor, al presenciar la ascensión, sintió que su propio destino se cumplía, creyendo que su liberación al final de los tiempos estaría asegurada, de acuerdo con lo revelado por Las Tres Hermanas de la Luz, pero tristemente se dio cuenta que aún no era momento y que sería necesario acompañar a Ariadne en una misión más, antes de poder abandonar este plano terrenal.

La leyenda de Ariadne y Uriel se extendió por todo el reino, inspirando a generaciones futuras. Algunos aseguran que Uriel nunca logró trascender por completo y que su presencia continúa entre los mortales, ayudando a los más devotos con su misericordia y divinidad; otros creen que su ser se fundió con el de Ariadne y ahora viajan juntos en un mismo cuerpo; mientras otros cuantos, de aquellos que llaman incrédulos, consideran que todo esto fue una gran farsa, un cuento para entretener a los más ingenuos, al sucio e ignorante vulgo.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 11.

### Perro negro: el mendigo del amor

Ella rescató mi cuerpo del frío mundo y del desprecio de una sociedad que me había desechado; impulsada por el eco de su propia soledad. Y no la culpo por ello. Quizás ambos nos necesitábamos más de lo que estábamos dispuestos a admitir. En mi caso, el calor tibio de sus lamentos incesantes llenó un abismo de apetito afectivo: un vacío que no sabía que llevaba a cuestras. ¡Patético! ¡Qué amargo es reconocer esta carencia! ¡No hay humildad en confesarlo! Solo un peso cargado de autocompasión y desdén. Un corazón callejero como el mío: maltratado, astillado y mugriento; que arrastra las cicatrices de una vida breve pero densa, marcada por el traición y el abandono, en donde ahora soy leal a la mano que me alimenta, no por amor, sino por el terror de volver a sentir el gélido vacío de la soledad.

Cada día, su voz se quiebra con una melancolía que parece eterna. Me susurra relatos de un pasado roto, donde los sueños fueron despedazados y las esperanzas se desvanecieron como el humo, convirtiéndome en el silencioso depositario de sus penas. Soy un testigo mudo de su desolación, y veo en sus ojos perdidos la propia desesperanza reflejada, como en un espejo cruel. Cada noche, bajo la luz de las estrellas, la escucho sollozar en la penumbra, como un eco desgarrador de mi propia angustia. Es una sinfonía de aislamiento que me impulsa a arrastrarme hacia ella, buscando aliviar su dolor, aunque sé que nuestras heridas son demasiado profundas como para cerrarse con tan básicos gestos.

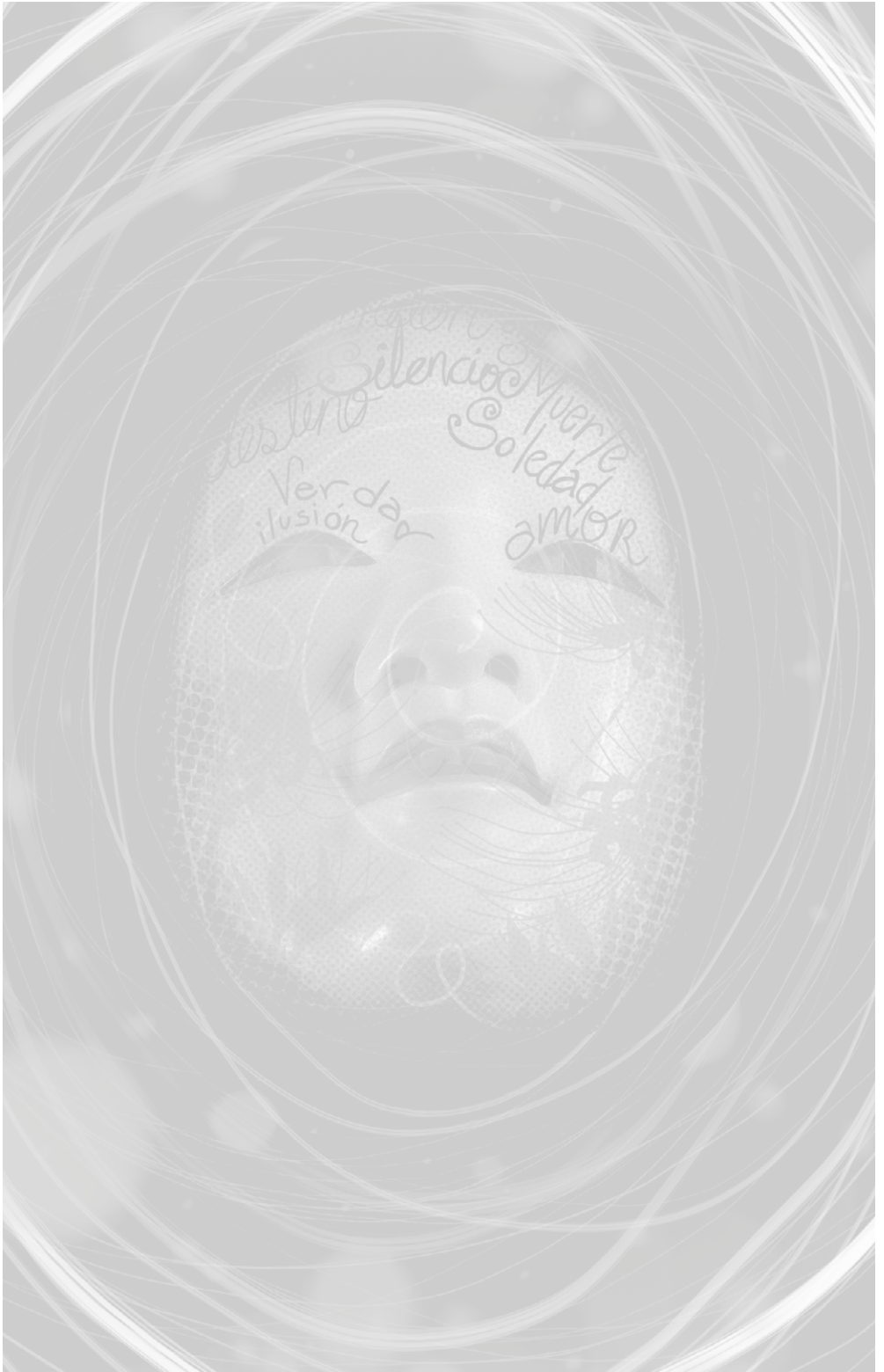
Es en esos momentos cuando comprendo que nuestro vínculo trasciende la mera necesidad. Somos dos almas extraviadas, atadas por el infortunio y un anhelo compartido de calor, en un mundo que nos ha congelado el alma. Y es precisamente en ese desamparo donde hallamos, el uno en el otro, una razón para no rendirnos.

Con el pasar del tiempo, aprendimos a habitar nuestro pequeño refugio, compartiendo silencios cargados de simbolismo y destellos de una paz efímera. El amor verdadero nunca brotó entre nosotros, pero en nuestra mutua dependencia descubrimos un extraño alivio: entre caricias que, por momentos, me devolvían un atisbo de humanidad, y miradas en las que ella encontraba destellos de ternura y nobleza, como una invitación a creer de nuevo en sí misma y en los demás.

Así, juntos, ahuyentamos el frío y la oscuridad que el universo había tendido sobre nuestros caminos.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 12.

### **Sin nombre: el inmortal silencioso**

En tiempos antiguos, existía un alma joven y pura, nacida en un cuerpo humano, cuyo destino fue barajado un poco fuera de lo común. Desde su nacimiento, nunca pudo hablar ni escuchar a los de su especie. Incapaz de comunicarse de forma tradicional, aprendió otras maneras de conexión con el mundo, pero siempre se sintió aislado. A temprana edad, decidió abandonar su pueblo natal en busca de algo más, algo aún sin definir.

Se adentró en lo profundo e inexplorado de las montañas y encontró refugio entre la tierra, las rocas, las flores, los arbustos y los árboles. Fue allí donde conoció a Oguro, un escarabajo ermitaño que le enseñó a sobrevivir en armonía con la naturaleza. Bajo la tutela de Oguro, y gracias a su sabiduría milenaria heredada de generación en generación, el joven aprendió a encontrar alimento, construir refugios, entender los susurros del bosque, interpretar las señales del entorno y escuchar las historias que contaban la tierra, el fuego, el viento y los ríos.

Cada día en la montaña traía consigo una lección sobre la danza interconectada de los seres vivos y el frágil equilibrio del cosmos. Pero como todo escarabajo, Oguro tenía un ciclo breve, y lo acompañó solo por un suspiro de tiempo, dejándolo nuevamente en soledad, aunque con un valioso tesoro de enseñanzas que lo guiarían por mucho tiempo más.

Sin voz ni oído para la lengua humana, el joven carecía de nombre. Y cuando *La Santa Muerte* vino por él, no pudo reclamarlo -o por lo

menos, no en ese momento, y no de buen agrado- pues lo innumerable e indefinido escapa a sus manos, al no poder escribir el nombre de quien debe fallecer para sellar el pacto que abre el sendero hacia el Érebo; la oscuridad que conduce al inframundo.

Así, el joven continuó viviendo y desafiando peligros con una resiliencia muda que lo llevó a aventurarse por los encantados Bosques de los Susurros, donde las sombras danzan y los espíritus conversan con los visitantes; por el abrasador desierto de la Tierra de Fuego, donde las arenas cantan; y por tempestuosos mares que con furia custodian las mágicas Islas de las Brujas, entre otras hazañas extraordinarias por todo el mundo.

Con cada prueba superada, se forjaba su leyenda en los reinos del sur y del norte como *El Inmortal Silencioso*, y los ecos de su historia resonaron incluso más allá de los Reinos de los Dioses Perdidos, elevándolo a mito viviente, más allá del tiempo y del espacio.

Pero, tras siglos de evasión, *La Santa Muerte*, cansada de ser burlada, tejió una trampa con el amor como cebo. Cierta día, mientras exploraba un valle desconocido, el joven halló a una muchacha en desgracia, sumida en un profundo sueño. Al acercarse, sintió un lazo inexplicable, como si sus almas se hubiesen buscado desde el principio de los tiempos. Su belleza era etérea, casi irreal, y dentro del *Inmortal Silencioso* -que jamás había conocido tal atracción-, todos sus órganos comenzaron a rugir con una insaciable hambruna. Cautivado por tal majestuosidad, quedó preso de un vínculo tan misterioso que no hubo forma de evadir tan inconcebible suceso.

Pasaron días juntos, entre silencios cargados de conexión y miradas prohibidas dirigidas a la inerte joven. Sus ojos decían lo que no debía decirse. Por primera vez, él sintió que la soledad no era su destino eterno. Se entregó sin reservas, uniendo su alma a la de ella desde lo más profundo de su ser, en actos impuros y depravados que extasiaron su corazón.

Pero aquel amor era un espejismo, una trampa tejida con maestría por *La Santa Muerte* para reclamar lo que le pertenecía. Hizo que la mente del Inmortal se acercara al abismo, y que su corazón, por primera vez,

jurara en silencio que le pertenecía, que estarían juntos hasta el final de los días. Entonces, una sombra fría lo envolvió, y la joven despertó, revelándose como un avatar de la muerte. Con una sonrisa teñida de tristeza, le confesó que su hora había llegado, que no podía seguir desafiando el orden cósmico.

—Las almas enamoradas se pertenecen —susurró *La Santa Muerte*.

Y así, sin necesidad de nombres, el pacto por fin se selló ante sus ojos. Tomado de las manos suaves, pero frías, de *La Santa Muerte*, cruzó el umbral hacia el Érebo con una sonrisa en el rostro, feliz de marcharse acompañado por aquel amor fugaz que, aun siendo efímero, se sintió tan real, tan profundo... como si hubiese sido toda una vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 13.

### **Magda: la guardiana del destino**

En el centro de la polvorienta ciudad de Azkandhor, entre bulliciosos mercados y sombras acechantes que buscan fortuna, nació la pequeña Magda; en un hogar que alguna vez conoció la dicha de vivir en completa felicidad, pero que pronto naufragó en un mar de lágrimas, desesperación y miseria. Su padre, incapaz de soportar la presión de los acreedores por la acumulación de deudas y el reproche constante de su mujer ante su falta de responsabilidad, huyó una noche sin mirar atrás, dejándolas a su suerte, con apenas unas monedas para subsistir algunos días y un montón de facturas por pagar.

La madre de Magda, abrumada por la carga de responsabilidades, se refugió en las caricias del licor y los suaves besos del opio, mientras entregaba su cuerpo en las calles a cambio de unas cuantas dosis de alegría efímera, enfrentando cada día el reflejo distorsionado de una realidad que la consumía lentamente, entre el miedo, la depresión y la ansiedad.

Cierta noche, la pequeña Magda tuvo una pesadilla espantosa: vio a su madre con los ojos vidriosos y las manos temblorosas, acercándose a su cama para tomarla del cuello en un acto de desesperación; luego, tras un destello de remordimiento, lanzarse por la ventana hacia un vacío oscuro. La visión fue tan vívida que Magda despertó temblando, llorando y gritando a todo pulmón. Pero su madre, sumida en su propio infierno, ni siquiera se dio cuenta.

Magda intentó cambiar lo que había visto. Le rogó a su madre que no bebiera, que no consumiera el narcótico, que se recostara tranquila y le permitiera preparar la cena y ordenar la casa. Pero el destino es caprichoso como una serpiente implacable: se deslizó nuevamente hacia ellas y las mordió hasta asfixiarlas con su veneno.

A la mañana siguiente, tras perder sus últimas monedas en las cartas, la madre de Magda ofreció un “servicio” en su propia casa a dos hombres enfermos, a cambio de una botella de anís y varias dosis de opio; mientras Magda escuchaba todo al otro lado de la habitación. Durante el acto, su madre cayó en un estado de delirio depresivo, y aún desnuda, echó a los hombres, les robó el dinero y los amenazó con un cuchillo de cocina. Ellos salieron con la ropa en brazos, maldiciéndola y jurando venganza. Apenas cerró la puerta, se bebió de un solo trago la botella de anís, perdiendo el equilibrio y cayendo de rodillas al suelo por un largo rato.

Después de discutir con su mente, atrapada en una nube de confusión, entró a la habitación de Magda. Con lágrimas en los ojos, acarició su cabello, susurrando palabras incoherentes entremezcladas con las voces en su cabeza y en un arranque de desesperación, apretó con fuerza el cuello de la niña. La impresión de ver el rostro de su hija luchar por respirar la hizo detenerse justo a tiempo. Entonces, en un acto de cobardía total, corrió hacia la ventana y se lanzó al vacío, esperando que la muerte silenciosa se llevara consigo la vergüenza de su existencia para siempre.

Conmocionada por el trágico suceso, Magda descubrió desde ese día que podía presagiar el futuro. Aquel don la marcó como una niña diferente, capaz de ver fuerzas de otros mundos que intentaban alcanzarla desde dimensiones desconocidas. Atormentada por no haber podido cambiar el destino de su madre, decidió emprender un viaje sin rumbo, recorriendo los caminos polvorientos desde Azkandhor hasta el Desierto de las Arenas que Cantan, en Qeresh, con el firme propósito de ayudar a otros a evitar sus propios finales trágicos. Pero en cada pueblo, en cada aldea, en cada rincón del mundo, aprendió que lo predestinado no puede evitarse ni romperse... al menos, no como ella lo había imaginado.

En su travesía fue testigo de innumerables atrocidades. Y aunque intentaba advertir a las víctimas de sus premoniciones, los destinos

siempre hallaban su camino hacia *La Santa Muerte*, dejándola con un vacío imposible de llenar, con una carga que la hizo cuestionar su poder. Tal vez no se trataba de un don divino para ayudar a las personas, sino de una maldición.

En uno de sus recorridos por el extremo sur del continente, mientras vagaba por el profundo Bosque de los Susurros tras seguir una pista reciente, Magda fue hallada por Hefesto, el Dios Herrero. Un ser de fuego y sombra cuya presencia hacía vibrar los distintos planos de existencia. Hefesto, que había despertado de su letargo con la misión de entregar las artes místicas a la humanidad, vio en Magda un potencial único. El don de Magda podía ayudarlo a localizar los fragmentos eternos, artefactos de inmenso poder necesarios para cumplir un plan mayor un plan que, sin que ella lo supiera, estaba siendo manipulado por fuerzas oscuras desde un lugar más lejano de lo que su mente podía imaginar.

Hefesto la acogió como discípula y le enseñó las antiguas artes místicas, así como la habilidad de guiar almas hacia el más allá en un tránsito amoroso. Bajo su tutela, Magda se convirtió en guardiana de La Hermandad, un grupo de humanos dotados con dones especiales, y fue enviada en misiones por todo el mundo. Asistía a los necesitados, les brindaba consuelo en sus últimos momentos y, con cada alma que guiaba, comprendía que, aunque no podía evitar el destino, sí podía influir en cómo las personas lo enfrentaban, otorgándoles serenidad y coraje.

Durante una de sus misiones en los Pantanos de Melquiria, buscando al mítico Fauno, Magda encontró a un abuelo mangle, un árbol milenario que caminaba lentamente a través del tiempo. Tenía raíces retorcidas como dedos de gigante y se desplazaba paso a paso sobre el suelo fangoso, como si buscara recuerdos olvidados donde la tierra se funde con el mar. El abuelo mangle, centinela ancestral del litoral, parecía haberla estado esperando durante siglos. Le habló de una antigua profecía sobre unos guardianes capaces de equilibrar el destino y el libre albedrío, quienes traerían revolución y cambio al cosmos para impulsarlo hacia un nuevo amanecer.

Magda creyó que aquel relato hablaba de ella y de la Hermandad, del legado que les había sido encomendado. Sin embargo, marcada por los

traumas de su infancia, dudaba de su capacidad para cambiar siquiera su propio destino, y mucho menos el del universo. Solo hasta el momento de la despedida, el abuelo mangle sembró en su corazón una semilla de certeza que resonó como verdad absoluta.

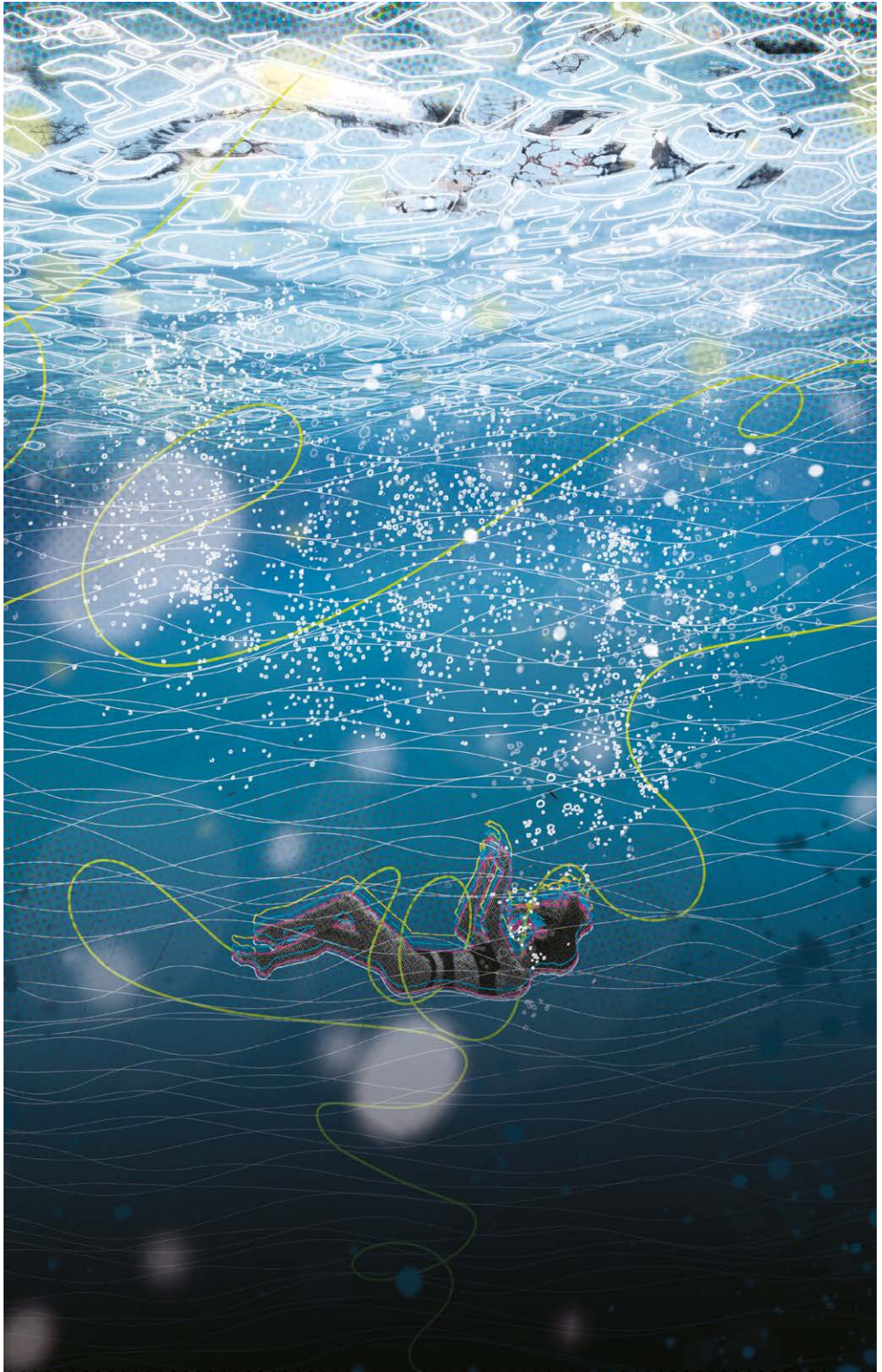
—No se trata de fragmentar el destino ni de cambiar las leyes del cosmos, sino de aceptarlas tal como son... para poder fluir con ellas —susurró el abuelo, como si el tiempo se hiciera lento y no existiera ningún afán.

Con los años, la reputación de Magda progresó. Su comprensión del cosmos se profundizaba, y cada vez más personas -desde campesinos, hasta nobles- buscaban su guía, deseosos de hallar paz en sus últimos momentos. Sin embargo, mientras guiaba más y más almas, una inquietud comenzó a despertarse en su interior: un eco en sus premoniciones que le advertía de un mal mayor, un caos que consumiría el universo. Dioses, criaturas mágicas y seres espirituales estaban en peligro, y la semilla de la duda germinó dentro de ella: ¿y si Hefesto, su mentor, estaba desatando ese mal sin saberlo?



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 14.

### Edward: el traficante del amor

Edward era un hombre curtido por el mar, de corazón encallecido por su oficio: el tráfico de esclavos. Cargaba su barco con almas despojadas de toda dignidad en la Isla de Jade para comercializarlas en los distintos puertos de las ciudades costeras, principalmente en Temerant y Xantara. Los hombres de contextura fuerte y robusta eran destinados al trabajo duro en las minas y el agro; los flacos y pequeños, para labores de pastoreo u oficios como la carpintería, la orfebrería o la herrería. Las mujeres, por su parte, iban en su mayoría a parar a manos de las Madams, quienes, con cruel precisión, moldeaban a las de mayor potencial para ser entregadas a magnates de gustos exquisitos, mientras que las más comunes alimentaban los burdeles del puerto o eran distribuidas para otros oficios en posadas y tabernas.

Edward no sentía remordimiento alguno por su labor; incluso se sentía orgulloso de lo que hacía. Desde su punto de vista, era un visionario, un empresario del amor y el progreso. Sin embargo, en ciertos momentos lo invadía un vacío inexplicable, una especie de sombra interior que lo empujaba de un lado a otro, en un ciclo de travesías y hospedaje que solo lograba silenciar con el tintineo de las monedas.

En uno de sus viajes, mientras cruzaba el violento mar entre Iskandor y la Isla Zargandar, la desgracia lo alcanzó sorpresivamente. Fue atacado por despiadados piratas liderados por Renzo, el *Demonio del Mar*, quienes

asaltaron su barco al no recibir el tributo exigido por permitirle transitar en aquellas aguas y enriquecerse con el sacrificio ajeno. Entre cañonazos, golpes y espadas, la nave de *El Mercader de las Flores* -como lo llamaban por las hermosas doncellas que traficaba- naufragó, dejando a la deriva a la tripulación y al valioso cargamento, entregados al hambre del mar.

Edward, aferrado a un trozo de madera y a su fe en el Santo, quedó solo a la deriva, perdido en el azaroso océano durante varios días, esperando un milagro. Entonces, como si el universo respondiera a sus deseos más profundos, emergió de las profundidades una criatura hermosa, de piel brillante, ojos de inocencia absoluta y una voz cuyos cantos prometían salvación. Era una especie de ancla de amor, para un corazón errante e infiel.

La criatura lo guió con delicadeza hasta una cueva submarina, un refugio de corales y magia donde el tiempo parecía detenerse para permitir que estuvieran juntos. Allí sellaron un pacto: él la mantendría a flote en su mundo de tierra y aire, y ella lo salvaría de las aguas profundas que querían reclamarlo. Edward, por primera vez, sintió una emoción desconcertante, un anhelo profundo, un deseo real de que aquel amor imposible se materializara. Pero las dudas y el miedo lo carcomían, congelándolo, incapaz de consumir aquello que su corazón le susurraba con tristeza.

El tiempo y la naturaleza de cada uno fueron desnudando la realidad que intentaban evadir: la criatura no era su salvadora, sino una prisionera de su propia desdicha; un ser atrapado en las profundidades que buscaba en Edward una liberación que él no podía darle. Lo sabía, siempre lo supo, pero se aferró a la esperanza de estar equivocado, aunque eso lo enfrentara con su propia conciencia y deseo. Así, mientras en la superficie ya no quedaban rastros ni sobrevivientes de la batalla perdida, Edward comprendió que debía liberarla. Con un último abrazo y un beso impregnado de dolor, la empujó hacia el fondo del mar, sintiendo el peso de su desdicha como si los mismísimos dioses lo castigaran por su elección.

Arrastrado por las corrientes y aferrado a las ganas de vivir, Edward llegó a las playas de Xantara, la Ciudad Blanca, moribundo pero

transformado por la experiencia del naufragio y la pérdida amorosa. Allí comenzó de nuevo, intentando alejarse del pasado, pero el recuerdo de la criatura marina lo perseguía como un susurro constante, recreando en su mente historias de amor que nunca ocurrieron, pero que deseaba con fervor hubiesen sido reales. Precisamente, esa experiencia mágica lo llevó a cambiar su vida y empezó a buscar, a toda costa, un amor más gratificante, uno que le permitiera ser aquello que siempre anheló y nunca fue: un reflejo del eco marino que había conocido, una sombra gemela de la criatura que lo marcó para siempre.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 15.

### Gemini: las flores gemelas

Todo era perfecto: un esposo perfecto, una casa perfecta, un jardín perfecto; cosechas, animales y vecinos igualmente maravillosos, en un pequeño pueblo cerca de la Ciudad Blanca de Xantara.

Cierto día, la dedicada y bondadosa esposa comenzó a cuestionarse sobre aspectos trascendentales de su vida, temas que parecían carecer de importancia ante la indiferencia de su apuesto y adinerado esposo. Al no contar con su apoyo, se dirigió a sus vecinas, quienes la censuraron al instante, temerosas de ser contagiadas por aquel peligroso “malestar mental”.

—Estás perdiendo la cabeza —le decían con desdén.

—Deberías descansar. Tal vez es el calor del verano; este año ha sido más intenso que el anterior. Tu cabeza debe haberse sobrecalentado —, agregaron.

La mujer insistía. Deseaba encontrar respuestas a algo que no comprendía del todo, pero que sentía importante. No entendía por qué todos se alarmaban cada vez que intentaba cuestionar su vida perfecta. Su comportamiento empezó a tornarse errático y desconfiado, hasta que su suspicacia se transformó en obsesión.

Fue entonces cuando Edward -su esposo- y la comunidad comenzaron a considerar que algo en ella no marchaba bien; empezaron a notar cosas fuera de lo común.

—Pero ¿qué es lo normal hoy en día? —expresó ella, al sentirse observada por el ojo público.

Ella intentó convencer a su marido de que su “locura” no era más que una percepción alimentada por los comentarios ajenos. Fue así, como le suplicó apoyo, y él, con mirada firme y dulce, le aseguró que todo estaría bien. Edward le propuso que pudieran huir juntos a un lugar mejor, lejos de aquella chusma ignorante; que su amor podía vencerlo todo y que esa misma noche partirían, si ella así lo deseaba.

Fue como quitarse un gran peso de encima. Suspiró, sintiendo que su cuerpo era tan liviano como una hoja danzando en el viento otoñal. Dispuso sus cosas y salió al encuentro de su esposo para huir de aquella pesadilla. Él la esperaba en el pórtico, cabizbajo y sollozando en silencio. Ella se inclinó hacia él y le susurró algo suavemente al oído. El hombre se quebró en llanto, y de pronto, las sombras cobraron vida. Brazos oscuros surgieron de la nada y la apresaron con fuerza, arrastrándola lentamente. Entre lágrimas, gemidos y suspiros, su esposo se disculpó con desesperación:

—Lo siento, lo siento... ¡lo siento mucho! Tenía que reportar la anomalía..., en verdad lo siento.

—¡Dame otra oportunidad!, ¡Por favor!, ¡Prometo portarme bien! —le gritaba ella, horrorizada, mientras era arrastrada por las sombras.

Al día siguiente, la esposa estaba como nueva; pues no recordaba nada de los días anteriores y su vida volvía a ser perfecta. Pero con el paso del tiempo, la “anomalía” volvió a manifestarse. Comenzó a notar cosas fuera de lugar: los peces ya no volaban como antes, ni las hadas danzaban de flor en flor. Aquello la alertó sobre una realidad alterada. Angustiada, fue a su cuarto de aseo para tomar un largo baño de agua caliente con sales aromáticas, esperando calmar sus nervios. Pero ocurrió todo lo contrario, y el espacio comenzó a cerrarse lentamente; las paredes se estrechaban, obligándola a salir de la bañera de inmediato. Aún alterada,

intentó convencerse de que todo era una desagradable ilusión. Se puso frente al espejo, cerró los ojos por un momento y se concentró en su respiración, deseando que, al abrirlos, todo hubiese pasado como una mala alucinación.

Pero al abrir los ojos, su reflejo ya no era como lo recordaba. La imagen proyectada parecía no corresponderse con sus movimientos; quería liberarse, escapar, como si estuviera atrapada en una prisión al otro lado del vidrio. Aterrada, no podía apartar la vista de esa escena inquietante. Su reflejo demostraba independencia, desafiando su voluntad, y, sin éxito, comenzó a rasgar el espejo con las uñas. Entonces, comprendió que necesitaba otro método: inclinó la cabeza hacia atrás y golpeó con fuerza la superficie desde adentro, una y otra vez.

—¡Pum, pum, pum!

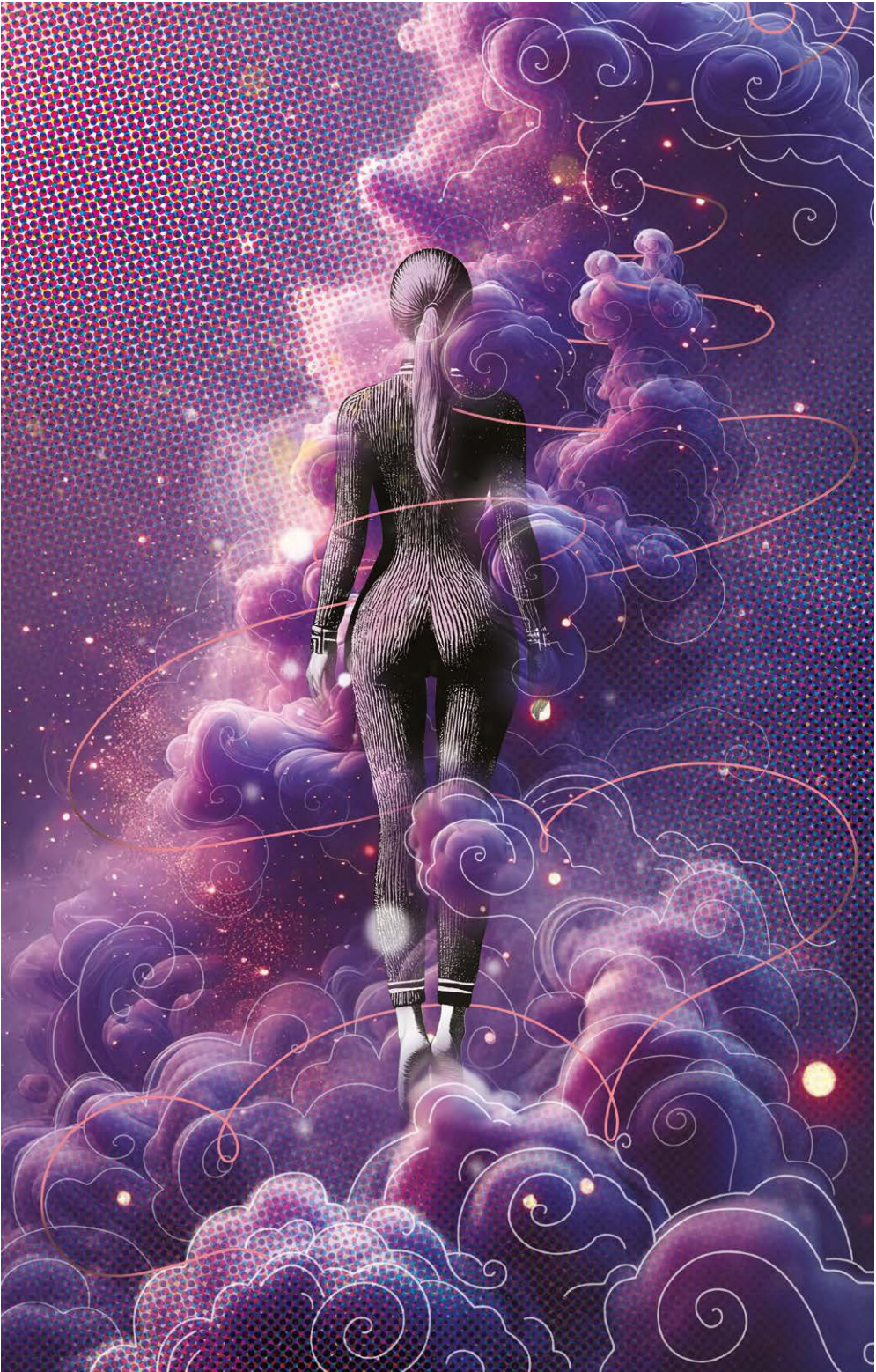
—¡Pum, pum, pum!

—¡Pum, pum, pum!

El espejo se resquebrajó en una delicada telaraña de cientos de fragmentos pequeños y medianos. La imagen se distorsionó por completo, revelando una red infinita de universos. Lentamente, ambas mujeres se acercaron, como intentando reconocerse. Al tocarse en sincronía, sus manos temblorosas sellaron un instante de revelación. Y entonces, un vacío profundo llenó su corazón, al pensar si acaso podrían coexistir en el mismo universo.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 16.

### Erasmus: el Cosmonauta

La noche transcurrió con un calor sofocante, mientras Erasmus era azotado en la plaza principal del Monasterio Shaddai de Temerant, un lugar donde la fe había sido impuesta sobre las ruinas de un pasado olvidado. Allí, fue declarado culpable de una serie de infracciones que incluían incumplimiento del deber, piromanía, desorden público y desacato. Cincuenta azotes a piel desnuda, dos meses de trabajo en las letrinas y aislamiento preventivo los fines de semana en la torre norte, fue el precio que debió pagar.

Parece que el castigo se convirtió en parte de su rutina, pues, a pesar de las duras reprimendas, persistía en sus acciones como si las disfrutara, recibiendo con total indiferencia su castigo, lo cual frustraba e incomodaba a los castigadores. Erasmus era un joven de pocas amistades, encontrando en la soledad un placer que parecía destinado a estar con él, dadas sus constantes transgresiones en el monasterio. Como era costumbre, esa noche se encontraba hablando en voz alta consigo mismo, lo que a menudo le acarreaba la etiqueta de excéntrico e, incluso, de maniático, cuando sus discusiones se pasaban de la raya.

—La fama es grandiosa, —murmuró. Me encanta escuchar las historias de mis aventuras en los pasillos, ver las expresiones de mis compañeros deseando vivir algo similar. Pero la fama también es peligrosa; ¡sí, sí, claro que sí! Ante cualquier problema, todas las miradas recaen sobre

mí. A veces es bueno no ser nadie; antes, no era nadie... Ni siquiera tenía familia a la cual atribuir un nombre o un apellido. El no tener padres me convirtió en una hoja en blanco, el punto de inicio de mi propia historia, sin necesidad de cargar con nada ni nadie, sólo conmigo mismo.

La media noche cayó sobre el monasterio, inundándolo de calma y una melodía profunda orquestada por el cantar de los grillos, saltamontes y cigarras del campo. A pesar de ser considerado un ruido molesto por muchos, a Erasmus le encantó esta sinfonía, desde pequeño. Se cepilló los dientes al ritmo de dicha melodía, preparándose para su próximo “viaje cósmico”, como él insistía en llamarlo.

Había pasado más de un año desde que comenzó a explorar el plano astral de forma consciente, viajando en lo que antes creía eran simples sueños; pero, ahora siente que es algo más y se asignó a sí mismo la misión de esclarecer el misterio detrás de todo esto. En sus viajes, fue testigo de situaciones que luego pudo verificar al día siguiente como, por ejemplo, accidentes, robos, incendios, tormentas e, incluso, romances clandestinos.

Pero, recientemente, ha empezado a percibir algo más, una sensación de adrenalina mezclada con un terror profundo a lo desconocido, como si su sexto sentido se activara de repente con mayor amplitud e intensidad de lo normal. La primera vez que lo sintió, fue golpeado por una especie de onda o perturbación que lo sacó del trance, despertando bruscamente, agitado, y con un fuerte zumbido en los oídos que resonaba en lo más profundo de su cabeza como si hubiese estado de juega la noche anterior.

Sin embargo, ese día se había prometido que sería diferente. Su ferviente búsqueda de conocimiento lo llevó, una vez más, a infringir las normas en aras de la ciencia. Engañó al hermano Adriano, el boticario, diciéndole que el maestro Flavio necesitaba con urgencia un Elixir Somnus para tratar a Marcos y su esquizofrenia. Hacía apenas media hora que había ingerido una doble dosis del elixir para dormir. Era solo cuestión de minutos antes de que cayera en un sueño profundo del cual no despertaría hasta el alba.

El elixir funcionó mejor de lo que Erasmus esperaba. Experimentaba cosquilleos en los dedos, cuando normalmente le costaba, incluso, percibir la dirección del viento que atravesaba su proyección astral. Emocionado por este descubrimiento, se lanzó a toda velocidad hacia lo más alto de la ciudad para obtener una vista panorámica. Tras varias horas como vigía, se dispuso a regresar, cuando una leve descarga energética recorrió su cuerpo. Rápidamente, dirigió su mirada en todas direcciones hasta localizar su origen: un gran destello de energía violeta iridiscente, centelleando a unos mil quinientos metros de distancia.

Respiró profundamente y concentró sus fuerzas para volar hacia el rayo de energía, lo más rápido posible. Sin embargo, a pocos metros del lugar, sintió una perturbación del espacio acompañada de un sonido de alta frecuencia, que lo desequilibró, haciendo que se precipitase y cayera de culos sobre un jardín cercano.

Desorientado y mareado, trató de incorporarse rápidamente, pero el aturdimiento en sus oídos lo hizo caer una y otra vez. Se aferró a la cerca del jardín y avanzó tambaleante hacia el sitio del destello. Pero, allí no había nadie, sólo encontró un desorden de basura como si un pequeño tornado hubiese revuelto todo, una marca negra en el asfalto con ceniza blanquecina y un vapor caliente que distorsionaba su visión, lo cual daba señales de que hacía un momento hubo fuego en aquel sitio.

Regresó a su cuerpo justo antes del amanecer, pálido, deshidratado, con ojos sensibles a la luz solar, desorientado y sin fuerzas. Cada vez que podía sentarse durante sus labores cotidianas recibía reprimendas de sus superiores, pero esto no disminuía su intriga por aquel fenómeno, y en medio de sus ansias por volver, su cuerpo no aguantó más y se desplomó en la plaza central, con una cubeta de agua en una mano y una trapería sucia en la otra.

Tres días después del incidente, finalmente recobró la conciencia y reanudó sus labores en el monasterio y, aunque débil, la necesidad de volver a vivir aquella emocionante experiencia, aceleró su recuperación. Al cuarto día, estaba listo para intentarlo de nuevo, así que, según lo planeado, tomó otra dosis del Elixir Somnus y se aventuró en su viaje astral. Eran las tres de la mañana cuando varios destellos de diferentes magnitudes se

manifestaron en diversos puntos de la ciudad. La decisión de cuál pista seguir fue difícil, pero, confiando nuevamente en su intuición, se dirigió hacia el más lejano, debido a la llamativa aura de su destello.

Voló rápidamente hacia el lugar que consideró más prometedor, logrando llegar sin incidente alguno. Allí, encontró a una joven mujer arrodillada en el asfalto, acariciando el rostro de un hombre obeso que parecía estar en sus últimos momentos. Curiosamente, aquella hermosa mujer lo recibió con una sonrisa como si lo conociera de antes, lo cual sorprendió al monje.

—Erasmus, ¡bienvenido seas! —lo saludó ella.

—¿Me conoces? —preguntó Erasmus, sorprendido.

—Sabemos que llevas algún tiempo observándonos. Era sólo cuestión de esperar para celebrar nuestro encuentro. Me alegra infinitamente que haya sido hoy. Mis hermanas estarán celosas” —dijo ella con una sonrisa pícaro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Erasmus, notando al hombre en el suelo.

—Ayudo a este pobre hombre para que su alma no se pierda en el limbo y pueda regresar al ciclo de la vida. Por cierto, me puedes llamar Agnes.

Un chasquido de dedos, y de pronto, un estallido de combustión espontánea consumió el cuerpo del hombre, en cuestión de segundos, dejando sólo un pequeño torbellino de ceniza y polvo. Una humareda color violeta, repleta de partículas de luz, se elevó hacia el cielo y, en medio de ella, se encontraba Agnes levitando, mientras despedía el alma en su partida al otro mundo. Nuevamente un chasquido de dedos y todo desapareció, dejando solo un poco de cenizas, vapor caliente y una marca negra en el asfalto.

—Ven conmigo, Erasmus, y te enseñaré los secretos del cosmos —invitó Agnes.

Erasmus, aún sorprendido por tan asombroso espectáculo, quedó inmóvil mientras Agnes se acercó a él con gracia, tomó su mano, lo besó en la

mejilla y juntos, desaparecieron en la oscuridad de la noche en un suave abrazo. En medio de la oscuridad, sintiendo su cuerpo y su respiración, en medio de la nada una pequeña luz se gestó en el corazón, seguida por múltiples destellos que iluminaron, secuencialmente, un hermoso camino empedrado hacia la profundidad de la tierra. Erasmus descendió lentamente, prevenido y preocupado, hasta llegar a un altar de piedra donde yacía el cuerpo de Agnes, quien le reveló algunos secretos sobre la proyección astral y compartió con él su noble misión de ayudar a las almas condenadas.

—Ese hombre cometió suicidio —explicó Agnes. Por tanto, su alma estaba condenada a vagar entre el mundo terrenal y el espiritual por toda la eternidad. Su propósito fue interrumpido y ya nunca podría ser cumplido como estaba predestinado.

—¿Eso quiere decir que el destino se puede romper? —preguntó Erasmus con voz entrecortada.

—El destino de todo hombre es cumplir con su propósito y cada propósito está marcado por el destino. Mientras no se cumpla, es imposible volver al origen. El cómo se cumpla cada propósito representa tu libre albedrío. Sin embargo, siempre existen quienes desfallecen en el camino, y, por tanto, en paralelo existimos nosotros para devolverlos al ciclo de la vida y evitar así su condena eterna.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Erasmus con temor.

—Nos llaman “devoradores de almas”, “carroñeros” o “necrófagos”, pero preferimos llamarnos simplemente “La hermandad” —respondió Agnes con una sonrisa pícaro.

—Pero... ¿Qué hacen exactamente en la hermandad? —inquirió Erasmus.

—Infinidad de cosas que no te puedo explicar en el momento. Lo que sí te puedo decir es que constantemente tenemos sueños premonitorios, como seguramente tú has tenido, donde, como oráculos, atesoramos la oportunidad de identificar a quienes van a romper el ciclo. Hacemos seguimiento detallado de sus movimientos y los asistimos momentos previos a que su alma llegue al valle de la muerte -al Érebo- para guiarlos

por un camino que, de otra forma no podrían transitar. Ellos alimentan nuestra existencia, nos llenan de energía vital y, finalmente desechamos la carga negativa hacia el universo para que reinicie su ciclo nuevamente. En pocas palabras, hacemos labor social; damos un nuevo y mejor uso a aquello que ya no lo tiene —concluyó Agnes, entre risas.

Erasmus, incrédulo ante el discurso, decidió simplemente asentir con una gran y cordial sonrisa. Los días pasaron y con la insistencia por pertenecer a la hermandad, creció una relación difícil de definir entre ambos. A pesar de la distancia, cada uno tenía sus obligaciones y no siempre era posible verse, pero en sus corazones había un espacio más cercano de lo que creían. En una de una de sus noches juntos, mientras observaban las estrellas desde el plano astral, Agnes le contó el mito de Selene y Pléyades, dos amantes prohibidos que se rebelaron contra el orden del universo para poder estar juntos. Luego le confesó su miedo a fallarle a *La Hermandad*, de lo impotente que se sentía a veces; a lo que Erasmus respondió con un fuerte y sincero abrazo, confesándole su soledad en el monasterio, a pesar de vivir rodeado por *Los Hijos de Shaddai*, creando así, el inicio de un lazo bastante fuerte entre ambos.

Encuentros fortuitos con deseos controlados, la lujuria y la pasión encontraban sus miradas mientras sus cuerpos permanecían rígidos, a la espera de una señal que no llegaba. Ambos sabían que era lo correcto, pero en su interior deseaban que todo fuera posible. “Tal vez en otro tiempo”, se decían a sí mismos como consuelo sobre algo que podría ser, pero no era. Su conexión era tan fuerte que superaba el deseo carnal y físico, acercándose más a una relación espiritual, una conexión del alma. Algo difícil de explicar, algo que solo se podía sentir. El susurro de su recuerdo transformaba su mundo, le daba un nivel superior al valor de estar vivo.

Aunque agradecía haberla conocido, en su interior crecía lentamente un dolor por haberlo hecho pues, si bien su futuro era incierto, su alma brillaba como el sol cuando estaba con ella.

Se acercaba el final del otoño, y con él, las alegres aventuras entre estos dos amantes no consumados también llegaban a su final después de varios meses. Agnes se había convertido en su maestra y Erasmus en su asistente.

Ella le enseñó a controlar su poder, pero también a comprender mejor cómo funcionan las artes místicas y todo el poder mágico que en ellas reside. Le enseñó la configuración de los diferentes planos dimensionales, le habló de criaturas mágicas y seres elementales; de *La Hermandad* y los extraordinarios poderes místicos de sus hermanas y hermanos; pero, sobre todo, le habló sobre la estupenda labor que hacían, bajo la tutela y liderazgo de Hefesto, *El Gran Maestro*, esperando sembrar en él una semilla de interés por su noble causa.

—Todo está cargado de señales y simbolismo —le repetía constantemente, —debes prestar atención a los detalles más mínimos. Nuestra primera tarea es interpretar quién y dónde se presentarán los hechos. Luego, a partir de las pistas develadas, iniciamos nuestra búsqueda de la persona a quien asistiremos en su tránsito al otro mundo.

Erasmus repasaba lo aprendido durante el día siguiente a cada salida nocturna, tomaba apuntes en una bitácora y reflexionaba al respecto, mientras realizaba sus quehaceres en el monasterio. Constantemente insistía en iniciar su vinculación con *La Hermandad*, pero ella siempre evadía la solicitud con un beso, una tierna mirada y una sonrisa que indicaba “aún no es el momento”.

—¿Alguna vez has escuchado hablar de El Ojo Blanco? Algunos también lo llaman “el tercer ojo” o “el fragmento de los Eternos” entregado a los seres espirituales —comentó Agnes.

—No lo creo —respondió Erasmus, luego de meditarlo por un instante.

—Se dice que hace siglos estaba resguardado en un cementerio de los monjes budistas, pero durante la evangelización del Shaddaísmo, *Los Hijos de Shaddai* destruyeron el templo, edificaron este monasterio sobre sus ruinas, y se quedaron con el objeto, sin conocer su verdadero poder. Es un fragmento que brilla con un resplandor que atraviesa todos los planos de existencia y es capaz de conectarlos. Representa la esencia intangible de los seres espirituales, su conexión con lo invisible y lo eterno. Es un recordatorio de su poder perdido en las Guerras de los Eternos, ahora reducido a un eco atrapado.

—Ahora que lo pienso mejor, sí lo he escuchado; pero siempre creí que tan solo era un mito, un cuento de niños. Hay quienes aseguran que en lo profundo de nuestro monasterio se encuentra dicha pieza. Sin embargo, no conozco a nadie que la haya visto.

—Pues te propongo un juego: ¿Qué tal si buscamos algunas pistas? Si tú lo encuentras primero, prometo presentarte ante el consejo de *La Hermandad*. Pero, si yo lo encuentro primero, deberás entregarme tu alma —sonrió Agnes de forma maliciosa.

—¿Cómo dices? —Erasmus abrió los ojos de par en par, mientras tragaba algo de saliva.

—Es broma, simplemente deberás ser mi esclavo durante todo un día, eso es todo. Soy una mujer que valora la belleza de lo simple —culminó Agnes pestañeando un poco y disimulando una pequeña sonrisa.

El juego dio inicio y ambos comenzaron a moverse rápidamente, esperando ganar la apuesta. Agnes fue la primera en encontrar una pista sólida, unos manuscritos bastante antiguos que describían consideraciones importantes sobre el fragmento. Erasmus, por su parte, habló con algunos maestros del monasterio y, poco a poco, fue descubriendo algunas pistas de su posible paradero. Como en el fondo todo era un juego, ambos intercambiaron información de forma amistosa, mientras disfrutaban volando por los campos y la ciudad a través de sus proyecciones astrales, chismeando, molestando, riendo y coqueteando.

Pasaron los días y la fuerte intuición de Erasmus lo alertó sobre algo inquietante en el comportamiento de Agnes, no sabía exactamente qué, pero la duda en su cabeza ya no fue capaz de dejarlo tranquilo. Una intriga demasiado fuerte comenzó a crecer en su interior, a tal punto, que se dispuso a encontrar la verdad, a esclarecer aquello que alertaba sus sentidos.

—¿Será que ya resolvió el paradero del fragmento? No lo creo, debe ser algo más... ¿Será que le gusto? ¡Awww! ¿Será que quiere algo más conmigo que una simple amistad? ¡Oh por Dios! ¡Oh por Dios! ¿Debería adelantarme? A lo mejor es una chica tímida, debería ayudarle. No, no. ¿Y si luego no es eso?

Después de mucho divagar, Erasmus decidió seguirla desde su proyección astral para no ser detectado por ella, ni por nadie que pudiera alertarla. Algo de lo que no se sintió muy orgulloso, pero, igual lo hizo. Esperaba encontrar alguna pista que lo ayudara a entender mejor aquel cambio que evidenciaba Agnes desde hacía varios días. Se repetía a sí mismo que era su mejor y única amiga; tenía que ayudarla, comprenderla y, sobre todo, jamarla! Pero, en el fondo sabía que eran solo excusas; sentía un alto grado de culpa y deshonra por acosarla, pero la intriga no le permitía hacer nada más.

El caos de los muelles era ensordecedor: gritos de oferta en múltiples direcciones; el sonido de las carretas movilizándose sobre los adoquines; aves de todo tipo en pajareras y jaulas graznando sin cesar; el crujido de cuchillos y hachas de carnicería, rompiendo huesos de animales sobre el mesón de cocinas improvisadas al aire libre; el tintineo de campanas haciendo un llamado para abordar los barcos que estaban próximos a salir; las gaviotas peleando por algo de comida que los humanos han desechado; el sonido de las olas y el viento chocando contra los arrecifes y las rocas. Era complicado encontrar algo de armonía en todo aquello, pues en la proyección astral el sonido se magnifica enormemente, dificultando la concentración. Sin embargo, en medio de todo, había algo que llamaba a la contemplación. El encanto de aquella mujer era evidente: ojos grandes y brillantes, con pestañas que endulzaban en cada abrir y cerrar de ojos; sonrisa delicada, pero pícara, insinuante y divertida; un hermoso cabello hasta la cintura que se balanceaba al ritmo de un elegante, pero insinuante caminar; y, aunque aparentemente era difícil perderla de vista, de pronto sus movimientos se fueron camuflando con el entorno. Movimientos con fluidez y sigilo le permitían pasar de una manzana a otra, a través de enrevesados laberintos entre callejones, casas de apuestas, cantinas y mercados.

Erasmus siente una fuerte distorsión en el plano astral. La perdió de vista y un fuerte zumbido ha aturdido sus sentidos oscureciendolo todo y desvaneciendo su mente.

Un paisaje en tonos cálidos: amarillos, naranjas, rojos, magentas y violetas que, en algunos casos, llegaban a negro se presentó ante Erasmus. Eran las llamas del infierno, o por lo menos eso parecía ante sus ojos. Sólo

había fuego, cenizas, humo, chispas y brasa ardiente que consumía todo a su alrededor. El hedor a miedo y carne quemada era insoportable. Gritos escalofriantes de angustia y desespero ambientaban con histeria aquella escena de horror. Tardó un poco en identificar el lugar de los hechos. Tal vez, quedaba poco de ese hogar que algún día fue un monasterio y, por tanto, fue difícil reconocerlo, o a lo mejor su mente estaba bloqueando la aceptación de una siniestra idea, que muy en el fondo sabía reconocer.

—Vete ahora que estás a tiempo, nunca debiste seguirme. ¡No hay nada que puedas hacer contra ellos, son inmortales! —reprochó Agnes entre sollozos y lágrimas.

Sus hermanas le susurraban en idioma antiguo, pero ella se negaba a aceptar aquello que predicaban. Discutieron con fuerza y la golpearon violentamente. Ella cayó sobre sus rodillas, tratando de cubrir su rostro ante el feroz ataque, recibiendo varios impactos en espalda y costillas. Erasmus se encontraba paralizado ante tan brutal escena, sin entender aún cómo había llegado allí. Respirada con dificultad debido al miedo y la pesadez del aire con humo y ceniza. Se lanzó sobre ella para servir de escudo ante la inminente derrota. Las súplicas a Dios se dejaron pronunciar, un pregón advirtió sobre el castigo divino que caería sobre las profanadoras de terreno sagrado. Los ojos de Erasmus se abrieron con ilusión en medio de las lágrimas, al ver cómo llegaba desde el horizonte una cuadrilla de caballeros al galope.

—Deja de lloriquear y entrégales lo que piden. No nos hagas perder más tiempo —dijo el caballero más longevo de aquellos supuestos héroes que arribaron a caballo.

—No lo haré. Jamás traicionaré mi fe.

—Entrégnanos el fragmento —reiteró Magda.

—¿O es que acaso tu fe vale más que la vida de esta moza?

Magda tomó del cabello a Agnes, la arrastró con ímpetu hasta una roca y con una daga cortó suavemente su oreja izquierda.

—¿Aún te niegas a cooperar, pequeño mocoso? ¿Qué tal si terminamos de incinerar a todos tus hermanos, mientras tu moza gime un poco?

¿Eso es lo que quieres? ¡Quiero a todos los monjes desnudos en la plaza de inmediato! -gritó a sus camaradas. Vamos a hacer una gran parrillada —susurró cruelmente a la oreja de Agnes, que sostenía en la mano, para luego pasar su lengua por el lóbulo, como si disfrutara la brutal escena. ¿Qué más estás dispuesto a sacrificar por tu tonta fe? Por este grupo de manipuladores, ladrones y violadores, ¡Porque eso es lo que son! Me das vergüenza, algunos de *La Hermandad* confiaban en que eras alguien digno. Pero yo siempre supe que eras un miedoso arrodillado; así que, arrodíllate ante mí, si no quieres que esta traidora pierda otra parte de su hermoso cuerpo.

—¡Detente, por favor! Por favor, por favor, detente —rogó arrodillado e inclinando la cabeza.

—Siempre he tenido celos de estos hermosos ojos —susurró, pasando la daga cerca al ojo izquierdo de Agnes. Esos ojos de mosquita muerta. Ahora no te vengas con tu patética mirada de inocente, ambas sabemos que eres tan solo una vagabunda bien vestida y educada.

—Hermana, déjalo ir, él no tiene el fragmento. ¡Libéranos y te ayudaremos a encontrarlo, te lo prometo! —replicó Agnes entre sollozos.

—Ayúdenme a sostenerla, le cortaremos esa lengua para evitar que siga intoxicando a nuestra honorable hermandad con sus falacias.

—¡Alto! El fragmento se encuentra en la tumba del hermano Gregorio, al final del ala norte – gritó Erasmus con angustia y dolor, esperando detener la escena.

—Desháganse del chico -ordenó Magda con gran satisfacción en su rostro.

Fue entonces cuando Erasmus comenzó a sentir que habitaba dos realidades diferentes. La composición de aquel escenario comenzó a desconfigurarse. El mismo Erasmus se estaba desintegrando, a la par con todo aquello del espacio. Eran líneas y líneas de colores que se desplegaban hacia el infinito, como una proyección que se extendía más allá de lo comprensible, hasta convertirse en absoluta oscuridad. Su cerebro lo alertaba sobre algo peligroso, pero no entendía qué. Sentía que era el fin, que su existencia estaba llegando a un final incomprensible. El palpitar de

su corazón retumbaba en su cabeza, su respiración era agitada y el pánico lo consumía lentamente, en un lento transitar del tiempo que pareció durar una eternidad. Finalmente, la ruptura repentina de aquel trance se presentó, como cuando sientes que te vas a caer durante un sueño y el vacío te saca, con angustia y adrenalina, de aquello que creías real.

—¡Deprisa, debes huir de aquí lo más pronto posible! Pronto llegarán mis hermanas y no podré hacer nada más por ti.

—¡Estás viva! —exclamó en un intento por abrazarla.

—¡Silencio! ¡Calla! ¡No es momento de sentimentalismos tontos! —reprochó Agnes, al tiempo que impactó su mejilla con una fuerte cachetada. Debes irte ahora mismo. Dirígete al fondo del corredor izquierdo. Allí encontrarás una escotilla que conecta con el desagüe de desechos. Lánzate sin miedo alguno, sosteniendo el aire, y nada con la corriente hasta salir a mar abierto. En el muelle, busca a Renzo *El Demonio de Mar*. Él te ayudará. ¡Ahora vete!

Como un crío regañado con una carga de culpa, Erasmus agachó la cabeza para ocultar sus lágrimas, apretó los dientes y se dirigió corriendo, sin mirar atrás, hacia el camino señalado. Una vez en el punto, abrió la escotilla y entendió por qué debía sostener el aire. Inmediatamente sintió el zumbido de infinitas moscas en el fondo. El hedor a desperdicio humano era bastante fuerte; claramente allí conectaban los desagües de muchas letrinas. Estaba oscuro, pero se podía percibir el descenso lento de una mezcla espesa que viajaba hacia algún lugar. Tomó todo el aire posible y se lanzó, temeroso de lo que pudiera encontrar en la oscuridad.

Se negaba a abrir los ojos por miedo a que entrara en ellos aquella asquerosa mezcolanza de desechos e igualmente, apretaba los labios con todas sus fuerzas, a sabiendas de sentir en ellos una suave caricia que se filtraba poco a poco. Nadó como si no existiera un mañana, y una vez sintió el cambio de densidades, supo que había llegado, por fin, a su destino. Salió del mar y caminó hacia el muelle en busca de aquella persona que mencionó Agnes. Una vez intentó infiltrarse entre la multitud, percibió que había desprecio en el ambiente. Las personas pasaban de largo, cerraban puertas, abrían los ojos con impresión y tapaban sus narices debido a la hediondez que dejaba a su paso aquella

cosa que se movía como un humano; pero, aparentemente no lo era, e incluso parecía estar en descomposición absoluta.

—¡Mierda! Ahora nadie querrá ayudarme —exclamó Erasmus.

Se detuvo un momento para evaluar bien la situación, valorar la intensidad de su nuevo aroma y explorar las condiciones de su apariencia.

—No estoy tan mal. Son unos exagerados todos. He oído peores cosas de mis hermanos —reprochó.

—¡Lárgate de aquí, maldito indigente! ¡Ahuyentas a la clientela! —le gritó un cocinero iracundo, mientras le asestaba varios golpes en la cabeza que lo dejaron inconsciente nuevamente.

Despertó a unas cuantas cuerdas de donde recibió la paliza. Curiosamente, había algunas personas a la expectativa de su despertar. Al parecer, soportaban su deplorable estado como algo normal. Eran jóvenes, todos ellos. Algunos más chicos, otros un poco más grandes, pero todos igualmente niños y jóvenes sin hogar. Una hermosa, pero sucia chica algo rapada -seguramente por la epidemia de piojos de aquel entonces- se acercó a ofrecerle un poco de agua. Un agua turbia que fácilmente traería consigo una fuerte diarrea, pero la sed lo estaba matando. Así que, luego de una corta duda, la tomó de un mismo trago sin vacilar más de lo necesario.

Lo aceptaron como uno de los suyos. Sabía que debía ocultarse, y esta situación representaba el mejor escenario para hacerlo, así que se dispuso a ser el mejor actor del mundo, ¡Un pordiosero por todo lo alto! Omitió su pasado, tan sólo les compartió que sus padres habían muerto y que desde entonces habitaba en la calle -algo parcialmente cierto-. Lo llevaron donde Butch, *El Carnicero*. Allí, sentado frente a un mesón de corte, rodeado por cerdos y vacas colgantes, se le explicaron las reglas del juego. Tendría comida diaria, un lugar donde dormir y seguridad de que nadie le haría daño; pero, a cambio, debía servir a *El Carnicero*. De lo contrario, alguna parte de su cuerpo terminaría en el interior de una salchicha en las parrillas del puerto, y, al final de cuentas, estaría tan mutilado que su única opción para subsistir sería mendigar por discapacidad.

Su primer trabajo sería aprender. Fue entonces cuando lo emparejaron con Durga, también llamada *Fantasma*. Era una chica ruda, ágil e inteligente, que había vivido en las calles ya un buen tiempo; pero también tenía su lado sensible, detallista y cariñoso, a su manera. Incluso algunas noches, era habitual encontrarla contemplando el horizonte frente al puerto, con suprema nostalgia, como quien llora en silencio por alguien que ha perdido. En cuestión de tan sólo días, se volvieron muy cercanos; ella le enseñó cómo moverse entre las sombras, robar sin siquiera ser detectado al pasar entre la multitud, entrar a casas sin usar la fuerza, escalar muros, correr entre los tejados y, como última instancia, bajar a las cloacas para huir, en caso de peligro extremo. Erasmus quedó tan agradecido con Durga que prometió devolver algún día el favor adeudado.

La red de *El Carnicero* fue de gran ayuda para continuar con la misión encomendada por Agnes. Decenas de niños deambulaban por las calles escuchando rumores, observando y escudriñando sobre todos los movimientos que se realizaban hasta en el más recóndito rincón de la ciudad. Fue sencillo dar con su paradero; al parecer, *El Demonio de Mar* era un hombre peligroso, un ser cuya presencia parecía emanar un fuego frío sobrenatural, con ojos que brillaban como el reflejo del océano en la noche, y una longevidad que susurraba leyendas de varios siglos. Se decía que era inmortal, que alguna vez había logrado un alto rango en las milicias, para luego convertirse en asesino a sueldo. Ahora controlaba gran parte del bajo mundo. Traficante de esclavas, opio y otras cuantas sustancias prohibidas, hacían parte de su extenso portafolio. Le llamaban *El Demonio del Mar* debido a una legendaria historia sobre sus aventuras a través de los siete mares, en donde adquirió un místico poder maldito que lo convirtió en superhumano, pero que lo consume como el fuego desde adentro.

—Llegas tarde —Renzo movió la cabeza en desaprobación.

—¿Por qué lo dices?

—Es demasiado tarde para tus hermanos. Sin embargo, aún puedes salvarla a ella.

—¿De qué estás hablando?

—¡Tú sabes de qué estoy hablando! —alzó la voz de forma brusca y altanera.

—Llevas demasiados días buscándome para que te ayude a huir de aquí, a sabiendas de que tus hermanos y tu chica pagarían el precio de tu burla a *La Hermandad*. ¡Les diste información falsa! Eres un pequeño embustero —sonrió con complicidad y continuó:

—¡Pero la vida no es un juego, pequeño mocoso! Las decisiones de hoy serán tu carga o satisfacción del mañana. Así que, dime: ¿De verdad pensabas que tu inocente juego iba a resultar impune? Te voy a contar algo sobre *La Hermandad* que, al parecer, desconoces. Yo fui un hermano, hace más de quinientos años que los conozco. En algún tiempo fueron mi familia, mi refugio; aprendí con ellos el valor de la vida y la muerte, lo frágil y efímero de la existencia física, y, a la vez, lo fuerte y duradera que puede llegar a ser la trascendencia espiritual. En un principio, hace muchos de años, fueron una congregación ejemplar y altruista; pero ahora su camino se ha corrompido, sus filas están repletas de soldados fríos y sin moral, que siguen órdenes ciegamente, sin importar las consecuencias. Tú tienes algo que les pertenece por derecho y no se detendrán hasta conseguirlo. Es ridículo pensar que podrías escapar de ellos, pues sus influencias se encuentran más allá de lo imaginable.

—¿Por qué me dices todo esto? ¡Temo por nuestras vidas, no quiero que le pase nada malo a Agnes!

—Te lo cuento porque yo te puedo ayudar. Pero necesito de tu cooperación, y como muestra de fe, quiero que me digas con sinceridad dónde se encuentra el fragmento del Ojo Blanco. Solo así podré darte asilo a ti y a tu chica. A pesar de haber desertado de la hermandad, mi poder en el bajo mundo garantiza mi seguridad y la de mis camaradas. Puedo adoptarlos a ambos, vivirían bajo mi custodia como hijos propios; pero sólo te puedo ayudar si confías en mí. ¿Dónde está el fragmento? —tomó sus manos en las suyas, en expresión de confianza. Vamos, puedes confiar en mí. ¿Acaso Agnes no te indicó que me buscaras? ¿Ya no confías en Agnes? Me avergüenzas. ¡Es gracias a ella que aún sigues con vida!

—Lancé el fragmento al pozo de las viudas para que jamás fuera encontrado. Sabes que nada de lo que ingresa en el territorio de las viudas, vuelve a ver la luz de nuevo.

—¡Pequeño mocosito! —con ira en sus ojos, Renzo tomó del cuello a Erasmus y lo levantó del suelo.

Nuevamente Erasmus percibió que todo se desvanecía, algo no estaba bien. Sintió cómo su cuerpo se fragmentaba de forma sincrónica con todo lo que componía su realidad. Líneas de colores que configuran cada elemento físico se extendían hacia el infinito, como si la realidad viajara entre el tiempo y el espacio de una forma diferente.

Erasmus volvió a despertar en el regazo de Agnes. La escena era bastante similar a la anterior vez. Ella le indicó cómo salir nuevamente, pero esta vez algo sustancial cambió. En sus manos entregó el fragmento y le advirtió que debía esconderlo donde nadie lo encontrara jamás. Erasmus logró fugarse de aquel lugar sin complicación alguna. Algo en su interior le indicaba que ya había vivido esto y, por ende, todas sus acciones fueron fluidas y certeras. ¿Tal vez un déjà vu? Salió del mar, pero en esta ocasión, en vez de dirigirse al muelle, robó un caballo y cabalgó rápidamente hacia el bosque. Una vez se encontró en lo más profundo, se arrodilló en la tierra, realizó unas cuantas oraciones e ingirió el fragmento. Se quedó en profundo silencio, con los ojos cerrados y la respiración lenta.

—¿Qué sucede? ¿¡Me has abandonado, Dios!? Algo no está bien, la vez pasada fue diferente —se quedó dubitativo.

Fue entonces cuando comprendió que su realidad había sido alterada en varias ocasiones. Decidió continuar sentado sobre la tierra. Pero, ahora sentía una intención clara en lo profundo de su ser. Buscó entrar en trance, concentró toda su energía en transitar al mundo astral, hasta que, después de un momento, lo consiguió. Su espíritu voló libremente. La realidad en la cual estaba ahora había cambiado de un profundo bosque a una pequeña habitación de madera repleta de velas, ventanas cubiertas con cortinas negras y aroma a incienso. Identificó su cuerpo recostado sobre una cama ordinaria, y a su lado, yacía Agnes, igualmente inconsciente.

Una tristeza inmensa recorrió todo su ser. Sin perder más tiempo, invocó el poder del fragmento. Un destello plateado y violeta iluminó la habitación desde su cuerpo que yacía recostado; los ojos de ambos se abrieron al tiempo -y por un instante- sus mentes se conectaron en un espacio vacío que rápidamente fue ocupado por todo tipo de información mutua: emociones, recuerdos, ideas, sueños, sentimientos, deseos... Todo comenzó a confluir a una velocidad exorbitante; pero, a la luz de Erasmus, todo aquello fue comprensible y asimilable. Una vez culminado el trance, su espíritu retornó a su cuerpo permitiéndole incorporarse -lentamente- al borde de la cama en la que se encontraba acostado.

—¿Por qué me has traicionado? Desde un inicio todo fue una gran farsa, confié en ti. Te amé sin medida desde aquella noche -lloró sobre el cuerpo de Agnes, quien, al parecer, aún se encontraba en un trance demasiado profundo-. Aún no puedo creer que proyectaras aquellas horribles visiones sobre mí, para que te entregara el fragmento. El asechador fue asechado, sabía que no lo debía hacer. ¡Creí que te había perdido! ¡Creí que había sacrificado a mis hermanos! ¡Creí que me amabas! ¡No permitiré que continúes haciendo daño! —le gritaba a Agnes en su cara, mientras sacudía el cuerpo con ambas manos y sollozaba con lágrimas en sus ojos. ¡Lo que has hecho no tiene perdón...!

Después de un largo monólogo con quejas sobre lo sucedido, Erasmus se levantó decidido. Tomó el cuerpo de Agnes, lo envolvió entre sábanas y la montó al caballo. El atardecer estaba llegando cuando salió de aquella casa. Le tomó casi toda la noche llegar a su destino.

—¡Salgan de allí, viudas de las sombras! He traído conmigo una gran ofrenda que, espero valoren, tanto como yo lo hago.

—¡Pero qué hermoso joven nos visita! ¿Por qué no pasas y te presentas con nosotras? —respondieron varias voces al unísono entre las sombras.

—¡No me tomen por tonto, saben perfectamente que no debo pasar, pues de lo contrario estaría perdido para siempre!

—¡Creo que tenemos aquí un chico listo, jajajaja! —rieron al unísono varias voces con eco profundo, desde el fondo del pozo.

—Acepten, por favor, esta ofrenda en mi nombre.

—¿Y qué esperas obtener a cambio de tan hermosa ofrenda? Pues en tu corazón sentimos indecisión por entregarla libremente. ¿Acaso fuiste traicionado por tu amante? ¡Que la ira no nuble tu juicio, joven hombre, pues una vez que ella ingrese, no habrá salida alguna nuevamente!

—Esta mujer es peligrosa. Inocentemente he caído en sus engaños y, si bien aún la amo, mi responsabilidad me indica que debo evitar que siga libre. De momento, no deseo nada a cambio. Tan solo que aprovechen su energía vital, a tal punto que siempre quede algo para que permanezca con vida eternamente; pues sus pecados no merecen la muerte. Algún día no muy lejano volveré y espero me favorezcan con sus bendiciones, en recompensa por el favor que hoy les brindo amablemente.

—Mientras esté entre nuestros alcances, cumpliremos tu deseo por tan genuino detalle con nosotras, que hemos sido olvidadas por los mortales desde hace mucho tiempo.

—¡Que así sea!

Tomó el cuerpo inmóvil de Agnes y, con manos temblorosas, se acercó al borde del pozo y dijo:

—“Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las que sí puedo, y la sabiduría para discernir la diferencia” —Luego, trató de levantarla sobre sus hombros, en símbolo de sacrificio divino, pero sus fuerzas no fueron suficientes; así que, simplemente se despidió de ella con un beso y la arrojó a lo profundo de la oscuridad. De camino al monasterio no paraba de repetirse a sí mismo que había hecho lo correcto, que era el menor de los males; un sacrificio menor para salvar a muchos. Pensaba que, si lo repetía varias veces, tal vez algún día lograría hacérselo creer a sí mismo.

Al llegar al monasterio, empacó rápidamente sus pocas pertenencias: una muda de ropa, su bitácora, algunos libros sobre artes místicas, un mechero de gasolina, un cuchillo y algo de comer. Se despidió de algunos compañeros y se fue cabalgando con rumbo hacia lo desconocido, en busca de unos héroes que le ayudarían a romper el trágico destino que se

avacinaba. A los días siguientes, volvió para despedirse de sus superiores. Se veía diferente. Algo en sí había cambiado.

—Pronto volveré con ayuda, pero, de momento, deberán cerrar el monasterio y evitar que alguien o algo entre.

—¿De qué estás hablando? ¿Te sientes bien? Estábamos preocupados por tí. ¿Dónde has estado todos estos días?

—¡Ha perdido la cordura, de eso estoy seguro!

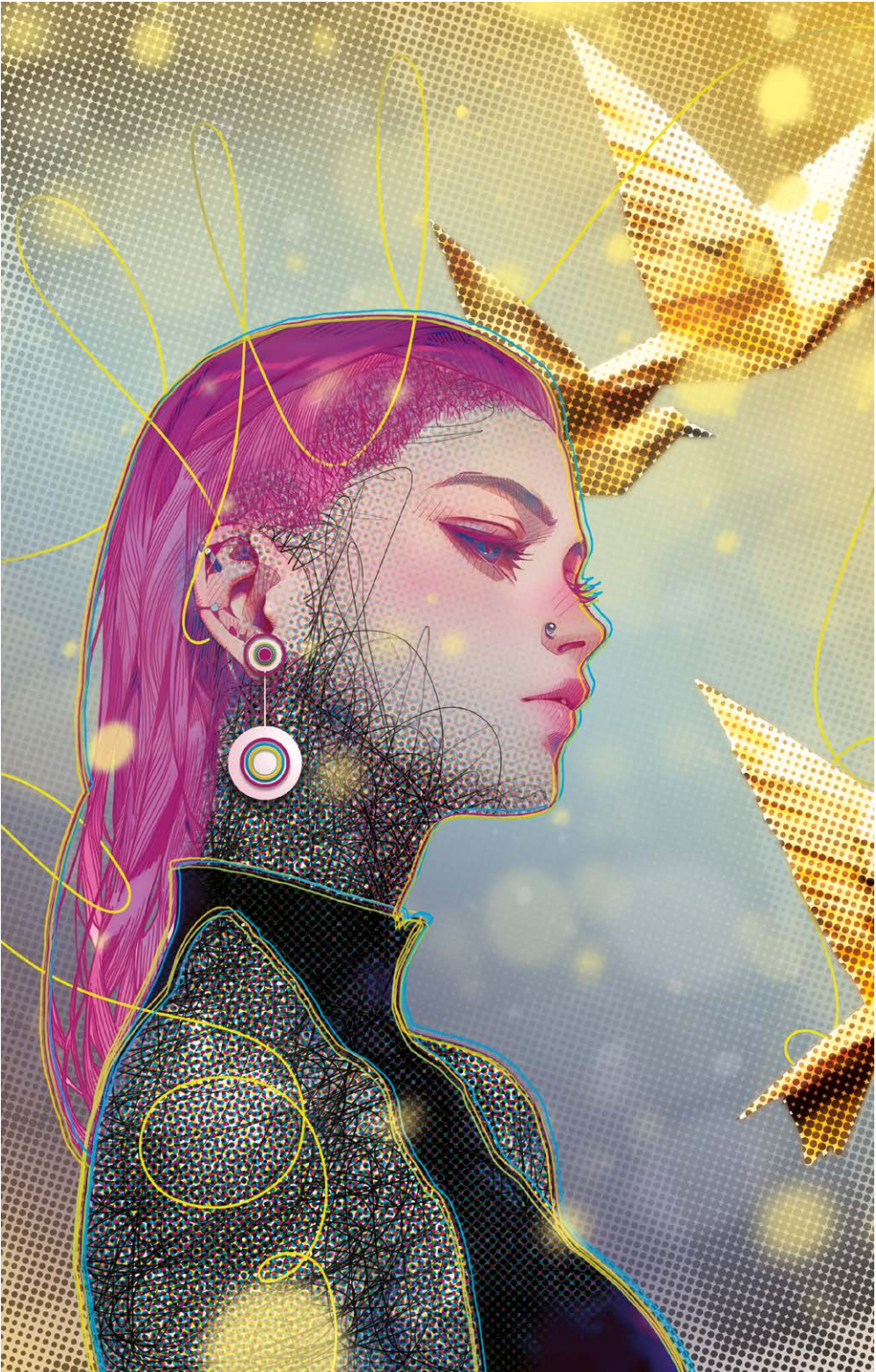
—¡A lo mejor está enfermo, llamen a Adriano!

—En la carta que está sobre el escritorio explico todo, buena suerte y que Dios nos guarde —se despidió Erasmus sin decir más a sus superiores.

Mientras todos lo observaban, su proyección se desvaneció, como prueba de aquello que describía en la carta, esperando así que, cumplieran lo que en ella les pedía, con el fin de evitar la calamidad que auguraba su visión futura, dejando tras de sí, la certeza de que había ganado un nuevo propósito: usar las artes místicas y el poder de los Eternos, para proteger a los inocentes, de *La Hermandad* y sus oscuros planes.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## 17.

### **Durga: la miserable fantasma de carne y hueso**

El destino la llevó a tierras lejanas que nunca pensó conocer. Los tiempos eran turbulentos y se rumoraba guerra civil. Escaseaban los alimentos y se movilizaban protestas por todas partes. No había seguridad aparente en ningún sitio; y eso hacía que, en cierta medida, ella valorara su situación, a pesar de no sentirse muy a gusto al respecto. Las clases de protocolo eran estrictas. No había día en que se acostara sin ganarse un buen azote. La comida era insípida; solo un poco de avena fría, con un pan duro y agua era lo que recibía cada día por su trabajo, que en realidad era un entrenamiento para consentir a la nobleza.

Las noches eran largas y el insomnio la estaba matando. Es difícil conciliar el sueño cuando tu mente está pensando en la vida de tu familia y recordando memorias pasadas de cuando todo era alegría. Durga se encontraba muy deprimida pensando en la seguridad de sus padres. Ellos la habían levantado de su cama en medio de la noche, hacía ya más de un mes, para indicarle que confiara en un extraño y se embarcara en un navío como polizón. En medio de lágrimas y totalmente desubicada, cabalgó hasta el puerto con tan solo un saco de comida y una manta para el largo viaje que le esperaba.

La noche era de un hermoso color cítrico, altas llamas y humaredas que remolineaban con sonido de espanto, formaban un paisaje bien

diferente a lo acostumbrado, algo casi poético, de no ser por la realidad que esto representaba. Un campesino la ubicó delante de él en su caballo, y justo antes de iniciar el galope, su madre le hizo entrega del relicario familiar. Le dio la bendición, recordándole que esto era temporal y que su destino era volver a estar juntos prontamente, si así Dios Supremo y Todopoderoso Elohim Shaddai lo quisiera. Más tarde, Durga entendería que las llamas y humaredas no eran un simple incendio, sino el eco de las Guerras Santas que se propagaron por gran parte del mundo. Un conflicto que la obligó a dejar a su familia y a atravesar el mar hacia un lugar incierto sin sus padres en el navío del honorable hombre que accedió a ayudarlos.

El día a día de Durga transcurría ante sus ojos en un sinfín de acciones repetitivas y gritos que reprendían su torpeza. Se sentía en un bucle infinito sin propósito, más allá del de perpetuar su existencia tan solo unos cuantos días, hasta que su mente y su cuerpo se desvanecían como suaves partículas de polvo que levitaban en un suspiro de verano.

—Deberías comer algo —sugirió Yensi, su compañera de academia.

—Mmmm...

—¿Acaso quieres terminar en las minas de carbón y acero negro? —expresó su compañera, reprochando su mala actitud.

—Mmmm...

—Estás langaruta, pareces un cadáver. Debes ponerte mejor. Sabes que, si no eres seleccionada en la gran noche, terminarás cargando sacos en las minas o, en el mejor de los casos, en el burdel de Madam Zinerva; y créeme que eso no te gustará en lo más mínimo.

—¡Me quiero morir, no soporto esto, estoy harta de tantas reglas, de repetir lo mismo sin sentido, de comer esta basura y de que nos traten como perras adiestradas! -respondió Durga entre sollozos.

—Eso no importa, míralo por el lado bueno: acá lo tenemos todo; allá afuera la cosa está difícil, he escuchado que todas las noches hacen hoguera con los cuerpos de los rebeldes. ¿Acaso quieres ser parte de una hoguera?

—No quiero nada, no me importa nada. Solo me quiero morir—Durga agacha su cabeza para ocultar las lágrimas.

—¡Despierta niña! La vida no es el espejo de tus sueños, sino el cristal quebrado donde la luz se hace verdad.

Yensi la abrazó y escuchó sus sollozos durante un buen tiempo, hasta que, en medio de su debilidad, sucumbió ante el cansancio y se quedó dormida entre sus brazos.

Al día siguiente, algo había cambiado. Durga esquivaba su mirada, su ser expresaba vergüenza y agradecimiento al mismo tiempo. La noche anterior, Durga había sentido, por primera vez en mucho tiempo algo de cariño, algo de afecto, algo de esperanza. Las miradas no se hicieron esperar durante la tarde, ojos de complicidad y alguna que otra sonrisa se dejaron ver entre las lecciones y las palizas que la tutora impartía. Desde entonces, Yensi, quien llevaba más tiempo allí, fue su inseparable amiga, confidente y compañera sentimental. Le enseñó las normas implícitas del lugar, las reglas de negociación y poder para sobrevivir, los secretos heredados por aquellas que ya no las acompañaban e, incluso, los planes de éxito y fracaso de quienes en algún momento habían intentado salir o lo habían logrado, según los rumores de las más antiguas.

Durga había recobrado su sonrisa. Aquella que no había vuelto a asomar desde que, aún vivía con sus padres en las Islas de Jade, previo a la invasión del imperio de Xantara y su ejército de Santos. Allí, donde fue rescatada por Edward, *El Mercader de las Flores*, como era llamado por las hermosas y jóvenes mujeres que vendía en los puertos de Tarmis y Temerant. Llena de alegría, se pasaba los días soñando con su vida fuera de esas paredes, volviendo a casa con su amada y presentándola ante su familia como su esposa.

Se acercaba la gran noche de gala y Durga se encontraba entre las primeras preseleccionadas; sin embargo, tuvo un altercado con su maestra por defender a una pequeña recién llegada ante la golpiza injusta y exagerada de su tutora. Esto la sacó de casillas. Primero, se entrometió para recibir los golpes, pero luego su ira fue tomando calor, hasta que, en cierto momento tomó las manos agresoras y con un fuerte impulso golpeó a la atacante en la boca del estómago, lanzándola lejos, hacia

atrás. Durga fue separada del grupo y puesta en aislamiento, sin comida, sin luz y sin cama, en tan solo un cuarto de medio metro cuadrado, para que ni siquiera pudiera darse el lujo de acostarse para dormir. Los días y las noches pasaron sin que ella se percatara de ello. El desespero y la desolación fueron tales, que, con fuerza arrancó gran parte de su cabello y lo comió lentamente, disfrutando cada bocado, en medio de una desconexión con la realidad.

Se cumplió el castigo. Durga fue liberada y llevada a rastras e inconsciente hacia la enfermería. Su maestra la visitaba todo el día, todos los días, orando a todos los santos por su pronta recuperación y el perdón de sus pecados. Su mente despertó durante un lluvioso y negro día, de esos que parecen noche. Pero, a sabiendas de lo que le esperaba, mantuvo una grandiosa actuación de inconsciencia hasta que todo fue oscuridad y silencio.

Despegó su catéter con cuidado, miró sigilosamente en todas direcciones y se dispuso a buscar algo con su mirada que sirviera para defenderse en caso de ser descubierta, pero no encontró nada útil. Bajó el pie izquierdo y luego, con cuidado, el derecho, pero sus piernas estaban débiles y el peso de su cuerpo la haló fuertemente contra el piso. Cerró los ojos con fuerza y se quedó inmóvil, a la espera de que su maestra despertara y alertara a todo el mundo; pero esto no ocurrió. En cambio, le despojó suavemente de sus zapatillas y un saco que colgaba de un perchero. Tomó una última respiración profunda y se escabulló de la habitación.

Luego de rondar sigilosamente por los corredores, pudo corroborar varias cosas que le había enseñado Yensi. Primero, este corredor está separado de la academia por varias compuertas de seguridad. Segundo, para salir por la puerta tendría que robar las llaves y para esto necesitaría noquear a varias personas, lo cual parecía algo difícil, debido a su contextura física y su estado de salud. Tercero, por ser un área médica bastante amplia, separada de la academia, posiblemente esto se deba a que atienden también a otro tipo de población, posiblemente civil; y, si esto es así, debe haber otras formas de salir y entrar, más allá de las rejas con vistas a la academia.

Finalmente, encontró un ducto de desperdicios médicos y se lanzó, quedando a la espera de que, al siguiente día, una vez iniciaran labores y llegara el carruaje de la basura a recoger, ella pudiera salir corriendo, mientras todos gritasen su nombre. Desafortunadamente, la historia que recreó en su mente antes de lanzarse a la oscuridad a través del ducto no resultó como se esperaba. La caída fue larga y el impacto brusco. Su pie izquierdo se fracturó en tres partes. Tragó su dolor y respiró con dificultad, tratando de contener las ganas de gritar y llorar a todo pulmón. Sabía que si perdía la conciencia o se quedaba dormida todo habría sido en vano, así que se dispuso a entretener su mente con hermosos recuerdos de cuando vivía en la Isla de Jade, junto a sus padres y demás amigos cercanos a la familia.

El sol fue llegando y, con él, infinitas versiones imaginarias de cómo pensaba abordar a quien llegara a recoger la basura para suplicarle por su vida. Sabía que, si alguien llegaba desprevenido y de pronto le saliera una niña de entre la basura, aquel gritaría como nunca y sería el fin del plan.

Llegó el momento. Se abrieron las puertas y del carruaje se bajó un chico pálido y flacucho. Este se puso unos grandes guantes de cuero roído y se dispuso a organizar el vehículo para iniciar la recolección. En la parte delantera había un hombre de avanzada edad, el cual esperaba desde sus aposentos, mientras se fumaba un cigarrillo y bebía de una bota de vino. Durga se percató de que las enfermeras ya no estaban cerca y habían dejado todo a cargo del chico. Comenzó a silbar suavemente, pero el chico era bien despistado y miraba en todas direcciones, menos en la correcta. Continuó el silbido, pero el chico nada que atinaba con su origen. Finalmente, tomó algo de un saco y lo lanzó, asestando a la cabeza del joven por la parte de atrás. El grito no se dejó esperar y el chico comenzó a examinar detenidamente cada rincón, hasta dar con Durga. Ella lo observaba fijamente con ojos de cachorra abandonada. Con su mano derecha hacía señal de silencio y súplica sobre sus labios, mientras que con su izquierda invitaba a la calma.

—¿Qué pasa, chico? ¿Por qué gritas como una Magdalena? —le preguntó Lucciano, su viejo amo, que se encontraba en las afueras.

—Eeehh... no es nada, señor Lucciano —respondió el chico altamente dubitativo.

—¡Cómo no! ¿Necesitas ayuda? Mis huesos son viejos, pero aún tengo la fuerza y vitalidad de un oso salvaje —trató de reír el viejo, pero la tos lo interrumpió.

—Ayuda, por favor —susurró Durga.

—¿Qué haces ahí chico? ¡Esto está muy raro! Voy a llamar a la enfermera —respondió el joven recolector con miedo en su voz.

—¡No soy un chico! —se indignó Durga. ¡Ayúdame por favor! Necesito salir de aquí, me han estado torturando e, intentando escapar, me he roto la pierna.

—¡Podríamos perder nuestro trabajo! No, no, no puedo...el señor Lucciano me mataría, incluso podrían mandarme a la horca por esto.

—Nadie va a mandar a la horca a nadie, porque nadie se va a enterar de nada. Tan solo súbeme al carruaje y cúbreme con la basura, eso es todo.

—¿Qué pasa, chico? No veo que estés trabajando y aún tenemos varios lugares que recorrer.

—Lo siento, señor Lucciano. Ya estoy terminando.

El carruaje partió y a no menos de unos cuantos minutos, una de sus ruedas cayó en un bache, haciendo saltar toda la carga en un coordinado movimiento, que culminó con un fuerte grito femenino. Lucciano miró asombrado a su joven compañero, el cual volteó inmediatamente sus ojos, como quien se hace el loco ante la situación. Ambos bajaron y fueron a la parte trasera para revisar. Allí encontraron a Durga, con lágrimas en sus ojos, suplicando por su vida. Lucciano inmediatamente pensó en regresarla, pero entre ella y el joven ayudante, lo convencieron de escuchar. Por su deplorable estado, se podría sospechar una lamentable situación de abuso; sin embargo, nada garantizaba que aquello fuera obra de la academia. Era una difícil decisión, podrían ganarse muchos problemas; la academia era un grupo de élite que comerciaba niñas y mujeres entrenadas para diferentes propósitos con personas poderosas.

Nadie quiere tener problemas con la academia. Por otro lado, el hecho de haber salido sin alertas ni persecuciones indicaba que nadie sospechaba de ellos. Ese pequeño instante de vacilación dio pie para que Durga pensara en una solución. Tal vez, si tuviera mi relicario podría negociar con ellos, pero los de la academia debieron robarlo a mi ingreso -pensó triste y decepcionada. Al final, como último recurso, Durga se ofreció a sí misma como recompensa.

—¿Acaso nos ves tan necesitados? ¿Alguna vez te has visto en un espejo? ¡Pero si pareces un espantapájaros! —respondió indignado el viejo.

—¡No, no, no, eso no fue lo que quise decir! —se sonrojó Durga, igualmente indignada y apenada.

—En casa ayudaba a mi madre con los quehaceres. Sé cocinar deliciosos platos, sembrar, atender a los animales y limpiar. Podría pagar su misericordia con trabajo duro.

Entablillaron su pierna, le permitieron baño y la alimentaron en cama por varios días. Una vez se vio más recuperada, pero aún con la pierna rota, se le hizo entrega de unas muletas construidas con restos de madera, para que comenzara a demostrar su utilidad y pagara así su gran deuda. Era difícil, pero ella se las ingeniaba para ayudar bastante: ordeñar vacas, cuidar de las gallinas, cocinar y limpiar la casa; todo ello, sin dejarse ver por nadie ajeno, pues, seguramente, la academia andaba en su búsqueda. Poco a poco se fue convirtiendo en alguien más de la familia. El joven se llamaba Tom, sus padres habían fallecido por una enfermedad desconocida hace ya unos cuantos años y el señor Lucciano se había apiadado de su alma y lo recibió como hijo propio, recogiénolo de las calles; o esa era la historia que contaba con orgullo Lucciano, recalcando -cada vez que podía- en lo generoso que era y lo agradecidos que deberían sentirse con él, por haberse hecho cargo de ellos, como si fuera padre y madre a la vez.

El cariño de Lucciano no se dejó esperar. Poco a poco, se fue volviendo más espontáneo y atento con Durga. Demostraba preocupación e interés constante por su bienestar y sus avances de salud. Al final de todos los días, luego de su jornada laboral, llegaba a casa con un pequeño detalle para ella; en ocasiones era un dulce, una galleta, una flor. Su pierna estaba

mejorando, pero aún faltaba un buen tiempo antes de volver a caminar sin ayuda. Ella se comenzó a sentir incómoda con sus atenciones, pero sabía que era una invitada y sentía una gran presión por expresarle su agradecimiento, aunque no lo sintiera enteramente sincero.

Los detalles se convirtieron en caricias y suaves besos en la frente, manos y mejillas. La situación se tornó muy incómoda para ella, e incluso percibía desaprobación pasiva por parte de Tom. Ella imaginó múltiples formas de hablar con él, pero todas terminaban en llanto por la impotencia que sentía. Se culpaba a sí misma por no ser lo suficientemente fuerte para valerse por sí misma y no depender de alguien, como le había enseñado Yensi, a quien recordaba con profundo anhelo. Se culpaba por haber aceptado quedarse a vivir con ellos, por dejar a Yensi, por dejar a su familia, por no sanar rápido, por despertarse unos minutos tarde, por ser tan llorona, por ser mujer...entre otras cosas sin sentido alguno.

Comenzó a luchar contra sus propios pensamientos pesimistas. Se prometía a sí misma que, una vez se sintiera en capacidad de caminar sin muletas, saldría de allí, inmediatamente. Trataba de convencerse de que cada día estaba mejor, imploraba a su cuerpo acelerar el proceso de sanación y en su mente solo pensaba en salir de allí para volver con su amada y su familia. Excluyendo los incómodos momentos con Lucciano y Tom, todo parecía ir de acuerdo con lo pensado. Lamentablemente, el viejo estaba cansado de los desplantes que Durga hacía frente a sus atenciones de afecto y su inconformidad no tardó en convertirse en enojo, reproches y exigencias.

Era día de pago. En el pueblo abundaba la alegría, la fiesta transitaba de los bares y cantinas, a las calles y las aceras; donde la gran variedad de comida impregnaba el aire con sabores a especias, tocino con miel, pollo agridulce y ceviche picante de mariscos frescos; bebidas frutales del trópico mezcladas con licor destilado, como la piña, el coco y la sandía. Todo un festín para deleitar el paladar de aquellos abonados. El viejo organizó una parranda con Tom. Ambos bailaban, cantaban y se reían de la vida al son de unos tragos de ron, que compartían alegremente con las señoritas de Madam Zinerva, esperando, cínicamente, tener algo de satisfacción sin pagar tributo.

Madam se cansó de sus avaros juegos. Los despidió cortésmente y dio instrucciones para escoltarlos hasta la salida del pueblo y evitar problemas. La noche era joven, y aún tenían energía de sobra. Regresaron a casa con los bolsillos vacíos, pero, rebuscando entre cajones, lograron encontrar más bebida para continuar la celebración. Recuerdos de infancia, travesuras y anécdotas familiares fueron temas que abrieron una amena discusión. Todo iba de maravilla, hasta que compartieron confesiones vergonzosas y hablaron de amores alegres y tristezas que estremecen el corazón. Fue entonces cuando Tom mencionó a Durga. Se instaló un largo e incómodo silencio. La ira comenzó a emerger en palabras del viejo. Vociferaba sobre la ingratitud de ella y lanzó una botella contra el muro, mientras gritaba por su desdicha, por haber criado a una hija malagradecida, una hija con un amor no correspondido. Tom solo callaba y observaba el desastre que Lucciano hacía en su humilde hogar. Luego, lo vio delirar y blasfemar de tal forma que el miedo lo invadió e intentó calmarlo, invocando la intervención divina, lo cual fue totalmente inútil.

El calor del momento y la embriaguez de ambos se descontrolaron. Pronto Tom también arrojaba vasos y botellas vacías contra las paredes que encerraban su furia. Una vez que no encontraron más objetos para lanzar, surgió la idea de Lucciano: planteó el compromiso de unir a la familia, el deseo irrefrenable de ser una unidad. Todo esto parecía otro capítulo de su discusión anterior sobre la familia, pero no era así; Lucciano fue en busca de las amarras que usaban con los animales y subió apresuradamente en busca de Durga.

Ella llevaba despierta un buen rato y había escuchado gran parte de sus desvaríos; por lo tanto, estaba muy asustada y alerta. Se levantó como pudo y, en medio de la oscuridad, buscó por todas partes algo que pudiera servir como arma para defenderse, en caso de que la situación se complicara. Sabía que no podría huir corriendo, así que tendría que ser muy astuta y certera en sus acciones. Después de un rato, finalmente encontró un lápiz y unas tijeras oxidadas en su mesa de noche. Se metió nuevamente entre las cobijas y esperó pacientemente con los ojos abiertos para acostumbrarse a la oscuridad y tener una ventaja adicional cuando llegaran a visitarla.

La puerta tenía cerrojo, pero con fuerza fue abierta de par en par. Una vez ingresaron en su habitación, Durga se preparó para lo peor, sentía los latidos de su corazón como fuertes tambores que auguraban un momento crítico. Lucciano se lanzó sobre ella subiendo sus piernas a la cama y aprisionándola con ellas a la altura de las caderas. Bruscamente intentó tomar sus manos, pero ella fue más rápida y en un breve instante clavó el lápiz en su ojo izquierdo hasta el fondo, mientras gritaba con furia desmedida. Inmediatamente él llevó sus manos hacia su rostro, horrorizado por el brutal ataque, pero ella no se permitió misericordia y en otro movimiento fugaz, atravesó dos veces el pescuezo del viejo. Su cuerpo se desplomó sobre ella, pero sabía que debía actuar antes de que Tom escapara. Volteó el cuerpo hacia un lado y salió de cama. Con su muleta cerró la puerta e invitó al joven a entrar en calma; ahora se podrían quedar los dos con todo; todo el rancho y todas las pertenencias del viejo ahora serían suyas -le decía en tono persuasivo al chico. Tom se encontraba muy conmocionado. En medio de su borrachera suplicaba que todo fuera una pesadilla, se preguntaba si posiblemente estaba dormido, pues consideraba que la escena era tan macabra que debía ser irreal. Se tiró en el piso a llorar agarrando fuertemente su cabello con ambas manos, y meciéndose hacia atrás y adelante, sin encontrar cordura en todo aquello.

Ella se arrastró hacia él. Lo tomó en brazos desde atrás, besando su cabeza con cariño, mientras, sutilmente, clavaba las tijeras en su corazón, esperando terminar rápidamente con su sufrimiento. Sin embargo, un gran error de cálculo, la llevó a perforar sus pulmones en vez de su corazón, condenando así al pobre Tom a una muerte lenta y dolorosa. Ambos permanecieron inmóviles durante un largo tiempo en la oscuridad, mientras sus miradas se desvanecían en el infinito, en medio de un trance hipnótico, producto del fuerte subidón de adrenalina que habían experimentado hace apenas un momento. Caricias vacías y mecánicas entregaban el último adiós al chico, mientras este yacía en el suave piso, en un charco de tibia tinta negra que se desvanecía poco a poco entre las aberturas de la madera, en una lenta agonía que permitía el paso de su alma al inframundo.

Llegó el momento de huir. Durga ubicó los cuerpos en las respectivas camas en posición fetal, saqueó lo que pudo de valor y empacó comida y algo de ropa. Con rabia escupió el cuerpo del viejo, lanzó una lámpara de aceite en la habitación principal y se fue mientras el fuego se esparcía lentamente por el piso de madera y las sábanas que cubrían los cuerpos.

Rápidamente, la mendicidad se convirtió en su nuevo estilo de vida. Lo poco que pudo robar al viejo tan sólo le permitió sobrevivir cómodamente durante unas cuantas semanas. Intentó conseguir trabajo en muchos lugares, pero en todos la veían como una lisiada que sería más un estorbo que una ayuda. Su pierna aún no estaba del todo sana, así que se dedicó a pedir, mientras se recuperaba lo suficiente como para resistir de pie en algún trabajo digno; pero, para su desdicha, la indigencia arrastró su miserable vida por un buen tiempo.

El frío se comenzó a apoderar de las calles, con niebla en la madrugada y también al atardecer. Un hermoso panorama en tonos de grises se desvanecía cada noche hasta apagar su existencia. Así fue la vida de Durga durante un tiempo; de alguna u otra forma, su afán por encontrar de nuevo a su familia o volver por Yensi, se vio opacado por el trágico suceso que manchó su alma y ennegreció su corazón. Todos los días parecían ser iguales. Un bucle infinito que no distinguía entre lo bello y lo repulsivo, entre el amor que alguna vez compartió con el mundo y la indiferencia absoluta que ahora era su amante. La insensibilidad se apoderó de ella. Abandonó sus muletas y comenzó a moverse entre la penumbra. No hubo más miseria; aceptó su oscuridad y se esforzó por sobrevivir a toda costa. Una noche, empujada por el hambre, Durga robó una hogaza de pan de un mercado, deslizándose entre las sombras con la agilidad que no sabía que poseía; al escapar sin ser vista, sintió por primera vez un destello de poder, un control que la miseria le había negado. Con resentimiento, comenzó a arrebatarse aquello que sentía propio por derecho. “Fantasma” fue su segundo nombre. La buscaban en muchas partes, pero nadie parecía dar con ella, o con él; pues la muchedumbre murmuraba que era un chico feo, pálido, hábil, sigiloso y peligroso; era un fantasma de la noche con cara de asesino y olor a indigente, una hediondez de sal, amargor y podredumbre que penetraba hasta la pineal.

Numerosas festividades tradicionales se celebran en Temerant, sobre todo en invierno. Esto se debe a que, antaño, las comunidades campesinas disponían de más tiempo en esta estación del año para dedicarse al festejo. En esta ocasión, se celebraban las fiestas de los negros, una festividad obrera que tenía sus inicios a la par con la apertura de las minas de carbón y acero negro, así como la expansión de las vías férreas para exportar su producción. Pero el carbón y el acero negro no solo eran un bienpreciado por su valor transaccional; los paganos también usaban su polvo en rituales y ceremonias de todo tipo, lo cual atribuía a dichos minerales un valor místico y sagrado, reconocido en toda la región. *La Reina Negra* daba inicio al jolgorio, en compañía del gobernador y su gabinete. El bullicio, el baile y el alcohol no se hacían esperar y, en poco tiempo, aquellas calles grisáceas se transformaban en coloridos y vivos escenarios, donde el vulgo esperaba encontrar distracción a su miserable vida, aunque fuera por un instante. Las familias distinguidas también hacían su aparición, pero todo era parte del espectáculo, pues, a la larga, esperaban no tener que compartir espacio alguno con la plebe, a riesgo de contraer su pobreza o alguna enfermedad igualmente infecciosa. Lo que no sabían ellos, era que, en el evento, había un animal suelto. Como una sombra fugaz, se movía entre la multitud y, con sagacidad, robaba a tres prestigiosas mujeres en cuestión de segundos. De camino a su guarida, Durga disminuyó su velocidad al ingresar a un callejón, con sonrisa de victoria y ojos pícaros. Metió su mano derecha en el lateral de su chaqueta para sacar la esperada recompensa de la noche, pero todo ese entusiasmo se transformó en pavor, cuando sintió un fuerte tirón de pelo desde atrás, que la aventó contra los adoquines, dejándola pasmada en medio de la confusión y el aturdimiento del golpe en la cabeza y la espalda.

—Eres una zorrita muy traviesa —le sonrió un gran y corpulento hombre, mientras se organizaba varios de los anillos dorados que llevaba en ambas manos.

—¿Creíste que te saldrías con la tuya?

—Tal vez otro día lo habrías logrado sin duda alguna. Tienes talento, lo reconozco, pero la suerte no te ha sonreído el día de hoy.

—¡O tal vez sí! ¡Jajajaja! ¡Jajajaja!

—¡Nadie roba en esta ciudad ni sus alrededores, sin el consentimiento de Butch *El Carnicero!*

—Pero, ahora que lo has hecho, no hay vuelta atrás. Supongo que me debes varios tributos, y ha llegado la hora de saldar cuentas. —Sacó una daga larga de su grueso y elegante abrigo.

—Vamos a ver... ¿Qué será esta vez? ¿Sacarte un ojo? ¿Cortarte un brazo o algunos dedos? Tal vez un pedacito de pierna...

—¿Cómo piensas pagar lo que me debes?!

—...

—¡Y para colmo eres muda! ¿Acaso alguien ya te cortó la lengua?!

Durga era incapaz de mover su cuerpo; estaba paralizada por completo. Sus ojos temblaban y su respiración se entrecortaba mientras observaba con atención a aquella bestia de traje elegante. Afortunadamente, ese día se celebró un pacto. Butch perdonó su vida y le permitió quedarse con el botín de la noche, excepto un anillo con una verde gema que le había robado a la reina del festival. Este anillo era un regalo suyo y la gema era una gran esmeralda que había traído del otro lado del mar para seducir a tan distinguida mujer, lo cual hacía de todo este embrollo un asunto muy personal.

Finalmente, hubo indulto. El Sr. Butch le permitió vivir, pero, a cambio, Durga debería probar su valía con algunas tareas y, en especial, un robo que se llevaría a cabo en pocos meses. Era una chica lista; rápidamente aprendía sobre el negocio, lo cual fue generando mella en algunos que llevaban allí mucho más tiempo. A pesar de que parecía ser la preferida del jefe, ella sentía que algo no estaba bien. Se comenzó a gestar en su interior una inseguridad que se mostraba cada vez más fuerte, a tal punto que, hasta en sueños, se cuestionaba al respecto. Ya no descansaba bien, soñaba con traiciones y escenarios futuros que la inquietaban bastante. Pero en todos sus sueños, siempre había una constante: un chico que siempre trataba de ayudarla. Lentamente, los sueños fueron un poco más fluidos y este chico comenzó a guiarla para aprovechar lo que en

ellos se gestaba. Luego de un tiempo, ya no solo hablaban y discutían, sino qué, también se divertían haciendo travesuras, a tal punto, que, incluso se enamoraron, haciendo que Durga desplazara rápidamente de su corazón a Yensi.

Su nombre era Erasmus. Él afirmaba que ambos ya se conocían de antes y que se encontraba en deuda con ella. Por eso estuvo buscándola en el reino onírico y desde el plano astral. Su voz, aunque lejana, resonaba en su interior como un eco de su propia resiliencia, recordándole que, a pesar de todo, aún había una chispa de lucha en su alma.

Erasmus presentía algo poderoso más allá de su comprensión y, por ende no se lograba entender bien su significado. Hasta que, por fin, la noche previa al gran robo, él le advirtió sobre el funesto destino que le acechaba. Le indicó que el Sr. Butch no era quien parecía ser y que había forma de probarlo. Para ello, debía entrar en su bodega subterránea y abrir el cofre de madera negra que tenía una talla en forma de serpiente, “El Ouroboros”; allí encontraría respuestas. Finalmente, también le advirtió que por ningún motivo debía buscar venganza, pues este acto desencadenaría una gran oscuridad sobre el destino de muchas personas.

Llegó el esperado día. Durga se escabulló para ingresar al lugar señalado en sueños y comenzó a buscar sistemáticamente el cofre. En su recorrido observó con intriga una gran cantidad de extraños y místicos objetos: altares paganos, reliquias, huesos, viejos pergaminos, fósiles, botellas y recipientes de todo tipo que contenían líquidos viscosos y criaturas extrañas. Finalmente, encontró la marca del Ouroboros, un mítico animal serpentiforme que engulle su propia cola, formando, a su vez, un círculo con su cuerpo. Acarició con sus dedos aquel extraño símbolo, sintiendo en su interior algo de familiaridad y aversión hacia él. Un desconcierto que no pudo explicarse a sí misma y que, finalmente, la dejó con un sinsabor. Al abrir el cofre, halló en su interior el relicario de su madre, así como otros objetos con peculiaridad femenina. Al observar esto, inmediatamente intuyó quién controlaba el tráfico de chicas para Madam, y en ese instante llegó Butch.

Con tono tosco y muy serio, le indicó que se sentía muy decepcionado. Le contó que siempre había estado pendiente de ella, incluso desde antes

de arribar a puerto. Que la entregó a Madam por su propio bien y que, incluso, la tenía en la mira desde que salió y se dedicó a la mendicidad, pues esa red también le pertenecía. Le contó por qué lo llamaban “El Carnicero” y cómo ahora era él quien controlaba todo el mercado y que tenía grandes planes para ella, si decidía dejarse moldear. Él era un hombre respetado, que venía desde lo más bajo y, finalmente, su red se había convertido en estructura fundamental de la sociedad. Gracias a él, muchas familias tenían pan para llevar a su boca cada día. Él la quería para algo grandioso, algo que superaba el poder de los mortales, pero que ella debía confiar y entregarse ciegamente.

Durga se negó a aceptar su propuesta, lloró, maldijo y comenzó a lanzar cosas, mientras Butch las esquivaba o las desviaba con movimientos rápidos de mano. Él se acercó invitándola a la calma con voz paternal, pero ella lo recibió sollozando y, en medio de su llanto, le clavó unas tijeras entre las costillas, las mismas con que asesinó a Tom tiempo atrás. Se deslizó entre sus piernas y corrió a toda velocidad por el pasillo que dirigía hacia la escotilla de salida.

Tan sólo unos escalones antes de salir de la bóveda, miró con rencor hacia atrás, y vio cómo Butch, en su intento por alcanzarla, tropezó con una estantería que cayó sobre él y fue herido por varios objetos pesados. Ella observó obscenamente, cómo unos finos hilos rojos trazaban siluetas hermosas sobre el suelo, y sonrió. En ese instante recordó las palabras de Erasmus y, consciente de que podía dejar todo así, no le importó. Buscó a su alrededor algo con lo que asestar el golpe final. Se acercó a un altar, tomó una estatuilla de oro macizo y descargó toda su fuerza contra la cabeza de Butch, una y otra vez, hasta hundirle por completo la nariz, los pómulos y las cuencas de los ojos. Atravesó el umbral como una vencedora, cerró la escotilla tras de sí y se marchó sonriendo, ligera, como si al fin se hubiera librado de un peso insoportable.

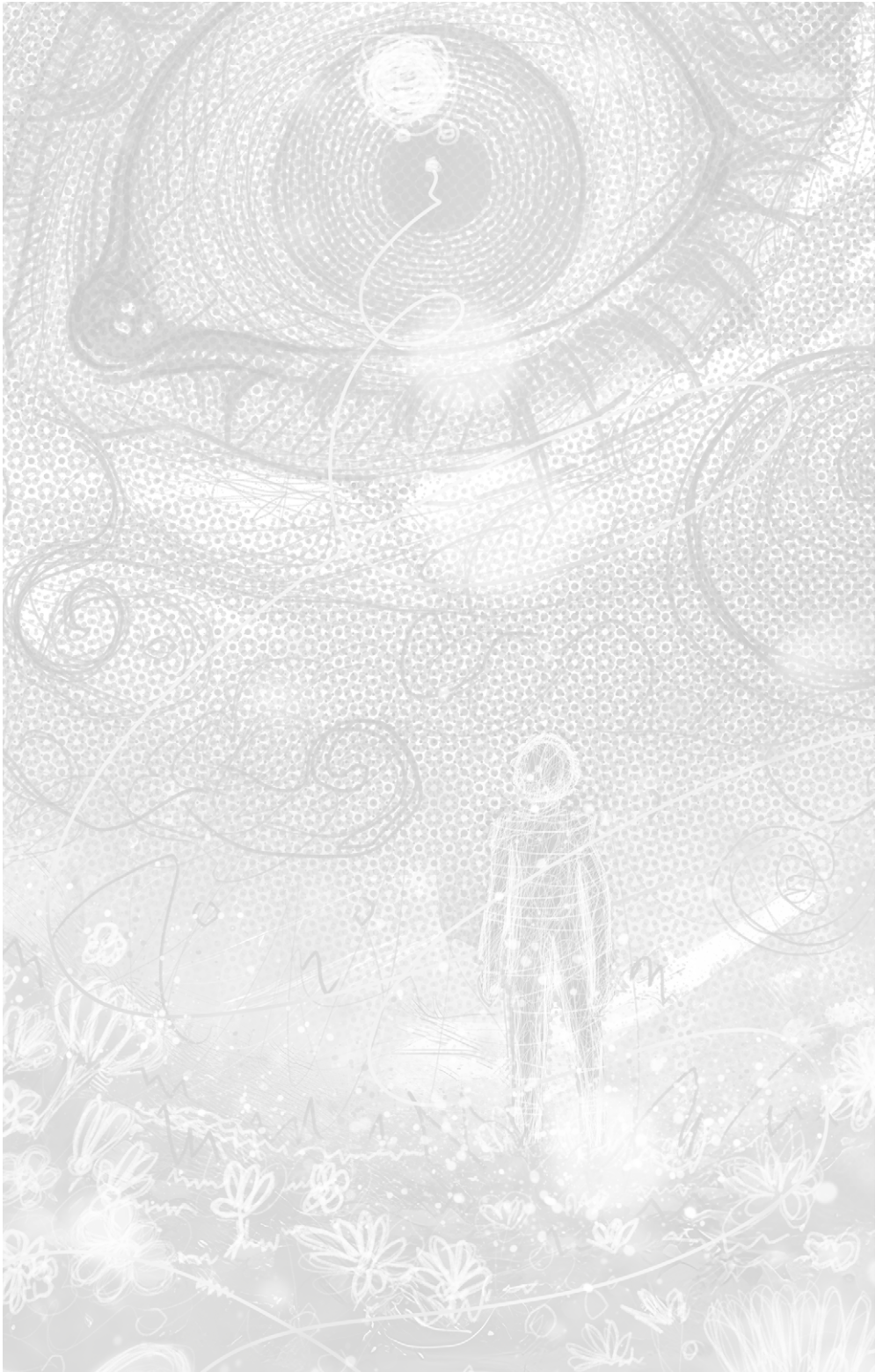
*El Carnicero* se encontraba tendido en el piso y su sangre rebosaba la estatuilla con la que fue golpeado brutalmente. La estatuilla de Lazarus, un rey demonio, dios oscuro de alto nivel, quién fue sellado por hechiceros antiguos en dicho objeto. La energía oscura de Durga y su sed de venganza en conjunción con los actos de violencia, la sangre y los sentimientos de odio, miedo y demás, rompieron el sello sagrado

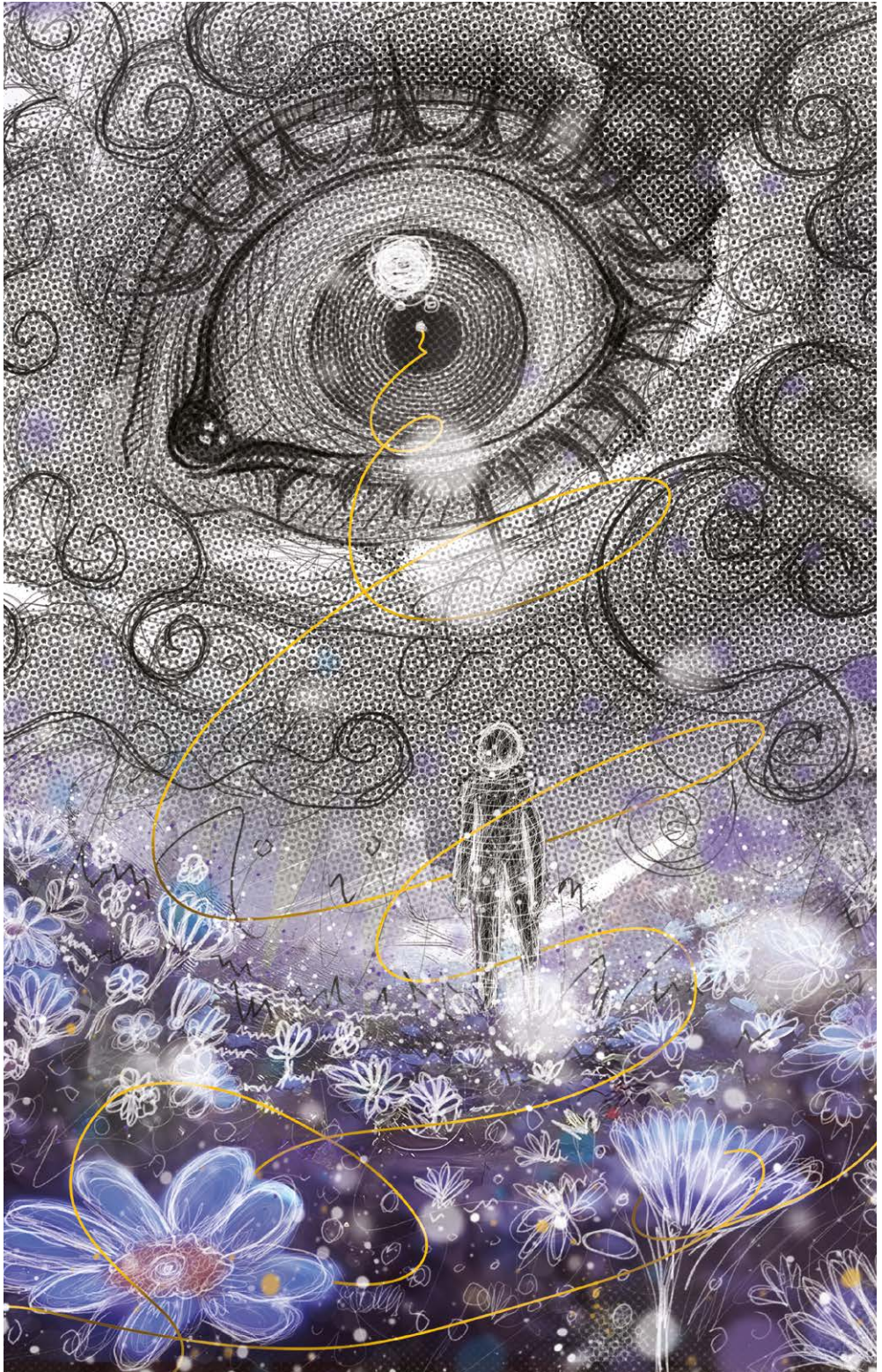
que contenía a este hermoso ser en el objeto. Este se manifestó ante Butch en su mente y lo persuadió para firmar un pacto, ya que aún se encontraba débil para liberarse completamente por voluntad propia. Le prometió sanación absoluta para no morir, antes de que su alma cruzara el Érebo; pero a cambio debería trabajar para él por el resto de sus días en el mundo de los vivos hasta su segunda muerte, incluyendo su ayuda de forma inmediata, para lograr su completa resurrección. Butch aceptó y la oscuridad se cernió sobre su alma, sellando un pacto que traería grandes repercusiones al universo entero.

Con su relicario en pecho y la cabeza en alto, Durga sintió que recuperaba no solo un pedazo de su pasado, sino también la fuerza para seguir adelante, decidida a encontrar a su familia, a Erasmus y, tal vez, a redimirse de la oscuridad que había abrazado en su corazón. Melancólica, contempló el horizonte frente al puerto, como quien llora en silencio por alguien que se ha ido e imaginaba -ingenuamente- su pronto reencuentro, mientras un escalofrío recorrió su espalda, como si una sombra invisible la observara desde la distancia, un eco de las advertencias de Erasmus, que había ignorado por completo.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 18.

### Butch: el renacido

—¿Qué es la realidad? ¿Pueden coexistir varias realidades simultáneamente? ¡Pensé que el origen yacía en la conexión entre ambos mundos! ¿Podría, tal vez, estar fuera de ambos? —me pregunté.

—Nuestro pensamiento suele regirse por dualidades: blanco y negro, luz y oscuridad, lo físico y lo espiritual... Pero la verdad es que todo es falso, una ilusión suspendida entre la fe y la razón. Nada está completo sin la multidimensionalidad —respondió una voz suave, como un eco que lo atravesaba todo.

—¿Y si varias realidades coexistieran? ¿Qué ocurriría si la vida y la muerte pudieran existir simultáneamente en el macrocosmos? ¿Sería posible dividir el tiempo y permitirle correr en direcciones opuestas? Mejor aún, ¿podría el tiempo ser circular? —sumé a mis dudas.

—Te noto angustiado. La respuesta a esos interrogantes yace en tu interior. Son recuerdos de un futuro pasado —replicó la misma voz.

—¡Siento que llevo aquí mil años! —pensé; al tiempo que la voz de nuevo me respondía:

—Tal vez así sea. Como habrás notado, aquí el tiempo se comporta distinto a lo que conocías, aunque sigue siendo el mismo. Mientras allá tu cuerpo apenas ha muerto y tu alma aún no lo ha abandonado por completo, aquí tu espíritu ha habitado por más tiempo del que podrías

recordar. Has roto las reglas del orden natural, y se avecina un gran caos para ti. Durante esta larga estancia has percibido el conocimiento infinito, y tu alma espera un nuevo cuerpo donde continuar su aprendizaje. Sin embargo, hiciste un pacto con un rey demonio para volver a tu vida como Butch y servirle hasta tu segunda muerte. Te espera una existencia llena de contradicciones: sabrás que ya no eres el mismo y querrás actuar según lo que has aprendido del universo, pero no podrás hacerlo. Has firmado un pacto de obediencia con un dios de la oscuridad. En pocas palabras... ¡tu vida ya no te pertenece!

—...

De pronto, todo fue vacío. Un eco profundo y atemporal reverberó entre dimensiones, mientras múltiples realidades danzaban en sincronía cósmica al compás de una melodía que envolvía todo cuanto le pertenecía a Lazarus.

Madam Zinerva, pálida y conmocionada, inclinó su cabeza sobre el ataúd. Creyó escuchar algo, y esa insinuación la llevó a acercarse con mayor atención. Golpeó tres veces con el puño, pero nadie respondió. Abrió la tapa lentamente, se acercó con sigilo, la cabeza gacha. En un parpadeo, una luz negra apagó el brillo de sus ojos; desde la más profunda oscuridad, sintió que alguien le hablaba. Trató de gritar, pero su voz se ahogó, pues todos a su alrededor parecían sumidos en una folclórica melodía que brotaba del féretro.

Butch despertó en un lugar incierto, extraño, cubierto por una oscuridad tan profunda que ni siquiera podía ver sus manos. Una energía pesada lo envolvía y apenas podía mover su cuerpo. No sentía miedo; por el contrario, había en el aire una extraña familiaridad que le recordaba vagamente el pacto con Lazarus. ¿Había sido un sueño? ¿Realmente había dejado atrás su vida?

Mientras intentaba orientarse, una luz comenzó a filtrarse desde distintas direcciones. No era una luz común: parecía un velo rasgado del que emergían destellos de esmeralda, púrpura, violeta y lavanda, como si alguien agitara una sábana de auroras boreales frente a sus ojos. La sinfonía visual se intensificaba, revelando figuras, sombras danzantes y

miles de voces que susurraban a su alrededor, entre idiomas antiguos, risas, lamentos y llantos de agonía.

—Bienvenido, Butch —dijo una voz profunda y resonante—. Has regresado para cumplir tu promesa.

—¿Quién eres?

—Preguntas tonterías. Sabes quién soy. No te hagas el tonto conmigo.

Butch se quedó inmóvil. Frente a él, un ser imponente envuelto en sombras se erguía con autoridad. Lo reconocía: era el rey demonio con quien había hecho el pacto.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, con voz firme aunque con un atisbo de inseguridad.

—Nuestro deber es sembrar el caos, abrirle paso a los seres de la oscuridad. El equilibrio del universo depende de ello. Comienza por despertar a los rechazados por la humanidad: los marginados, los olvidados. Enséñales a usar las artes místicas para encauzar la magia del universo. Ahora somos uno, y ambos servimos a Mefistófeles, el dios supremo del inframundo.

Butch sintió cómo el conocimiento que había absorbido en el limbo lo transformaba. Ya no era solo un criminal ni un instrumento infernal; ahora era un ente consagrado por la divinidad oscura, destinado a cumplir un propósito cósmico. Sabía que su vida ya no le pertenecía, pero en su interior latía una extraña determinación que, aunque pequeña, se mostraba poderosa.

Con un último vistazo al vacío, cerró los ojos y se concentró. Al abrirlos nuevamente, ya estaba de vuelta en el mundo de los vivos, en Temerant. Portaba el poder demoníaco de su íntima unión con Lazarus, un poder que usaría para sembrar el caos y despertar a los seres de la oscuridad. Sin embargo, una chispa de rebeldía comenzaba a palpitar.

Aparentemente, todo seguía igual, pero al contemplar el horizonte, sintió un dolor agudo al recordar su confrontación con Durga, su pupila y protegida, aquella a quien había amado como a una hija y que, cegada por el odio, lo traicionó. Sabía que sus caminos volverían a cruzarse,

esta vez en un juego más macabro y violento. Cargaba con una gran deuda que deseaba no pagar, aunque era consciente de que el precio de su rebeldía sería alto y que muchas vidas podrían verse afectadas... incluida la de su amada y traidora aprendiz.



Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.







## 19.

### Emanuel: el príncipe fauno

Hijo de una familia adinerada y profundamente devota al Dios Supremo y Todopoderoso Elohim Shaddai, Emanuel nació tras la pérdida del primogénito de la familia, tragedia que les arrebató la fe. En su desesperación, decidieron encomendarse a Brianda, la Ninfa del Dragón de Agua, quien intercedió ante los antiguos dioses de la tierra. A cambio de un milagro, exigió la devolución de las tierras sagradas que aún estaban en poder de su linaje a los pueblos originarios.

Durante un ritual oscuro, entre humo espeso, sangre animal y hierbas sagradas, Brianda colocó un huevo de piedra en el vientre de la madre. Según la ninfa, ese huevo contenía al fauno hijo de Calanthir, un ser mitológico destinado a despertar con el poder de los elementales y servir como guardián de los seres mágicos.

El parto transcurrió tal y como lo habían soñado: nació un niño enérgico, de mejillas rosadas, enormes ojos con pestañas de princesa y una sonrisa pícara que llenó de amor sus vidas. Sin embargo, ignoraban su verdadera naturaleza. Durante meses, todo fue perfecto. Un día, mientras almorzaban en la cocina, Emanuel comenzó a ahogarse. Su padre, alarmado, lo alzó e intentó ayudarlo y de su boca brotó una cantidad descomunal de agua que inundó la habitación, transformando el lugar en una pecera gigante donde el pequeño nadaba como si fuera un animal nativo.

El padre se zambulló para rescatarlo, pero al alcanzarlo notó que su piel se había vuelto rugosa y fuerte, con orejas puntiagudas y pequeños brotes óseos en la cabeza, presagio de los cuernos del fauno. Horrorizado, lo soltó, y Emanuel emergió por la chimenea, nadando sobre un torrente que lo acompañaba fuera de la casa, dejando tras de sí flores y huevos de piel escamosa que eclosionaron en pequeños animales.

Sus padres, paralizados, observaron desde la ventana cómo Brianda aparecía para recibir al niño y, con una sonrisa serena, agradecía por haber cumplido el pacto: criarlo hasta su despertar.

Emanuel era ahora el Príncipe Fauno, bendecido por los espíritus de la naturaleza. Su sed por explorar el mundo lo llevaba constantemente a vivir divertidas aventuras en compañía de los animales del bosque y de los espíritus que habitaban su reino. Poseía maravillosas habilidades sobrenaturales que le permitían sobrepasar los límites de cualquier humano o animal.

Un día, lanzándola con especial destreza, la pelota desapareció tras innumerables rebotes, hasta llegar a los Pantanos de Melquiria. Preocupado, Emanuel cruzó los límites que los espíritus le habían prohibido atravesar. Tras buscar todo el día, escuchó una voz femenina, suave y dolida, que afirmaba haber encontrado su objeto. Era Agnes, quien desde el Pozo de las Viudas -un lugar del que nada regresa- le mostró la pelota, pero se detuvo al ver el colgante que Emanuel llevaba: una Lágrima de Cristal, fragmento de los dioses, entregado a los seres mágicos tras las Guerras de los Eternos. Emanuel ignoraba su valor, pero Agnes no.

En una anterior misión, Agnes había sido enviada por la Hermandad tras una pista errada. Esperaba hallar a un anciano fauno, pero encontró a un niño. Vio en su inocencia una oportunidad para cumplir una misión fallida en el pasado. Con astucia, fingió gratitud y le confesó estar atrapada. Durante horas hablaron; él, conmovido, le llevó frutas, bayas y agua. Agnes, en agradecimiento, compartió palabras cargadas de dolor que buscaban comprensión. El joven príncipe la escuchó con empatía, haciendo preguntas torpes pero sinceras.

De regreso en su hogar -la Gruta del Corazón Verde, una cueva oculta tras una enorme y caudalosa cascada, con un hermoso ecosistema interno, recamaras formadas en su interior por raíces retorcidas y de madera viva, llena de flores con aromas dulces que atraían a las pequeñas hadas y un suave musgo que brillaba en la oscuridad, dando un toque mágico y acogedor al hogar del joven príncipe- contó lo ocurrido a su madre adoptiva. Brianda, alarmada, le prohibió volver al pantano, prometiéndole una nueva pelota, incluso mejor que la anterior, a cambio del olvido. Pero Emanuel, atrapado por la fascinación, desobedeció. Volvió una y otra vez, llevando comida y afecto a Agnes. Ella, con dulces palabras, alimentó su ilusión, haciéndole creer que la Lágrima podría unirlos para siempre.

Durante meses, su obsesión creció. Emanuel ya no jugaba; vivía angustiado. Cuando no la visitaba, buscaba consejo entre animales y espíritus, pero todos coincidían en lo mismo: no era una buena idea. Sin embargo, cuando la razón te traiciona, todo carece de importancia, más allá de lo deseado.

Movido por el deseo de liberarla, consultó a las ninfas de las montañas, pero ellas le indicaron que no podían hacer nada al respecto de forma directa, pues iría en contra de la naturaleza misma. Sin embargo, existía una pequeña posibilidad de salvarla, la cual no recomendaban seguir debido a las graves consecuencias que traería consigo. Le indicaron al joven príncipe que podría inundar el pantano hasta el punto de acariciar las montañas y, así, llenar el pozo para liberar a su preciada amiga, pues las viudas deberían abandonar el lugar y así la magia sería cancelada. Pero le enseñaron que un verdadero guardián escucha su corazón... y la naturaleza que en él habita.

Emanuel, cegado por el amor, ignoró las advertencias. Esperó la luna llena, invocó a los Elementales y provocó una tormenta. Todas las aves migraron en un ruidoso aleteo desesperado, mamíferos de toda clase corrieron despavoridos por donde podían, aplastando a los más pequeños y destruyendo plantas a su paso; mientras peses y anfibios trataron de nadar contra la corriente que los estaba llamando. Los vientos soplaron con fuerza, las nubes se arremolinaron y una fuerte lluvia sació la sed de

su imploración. Oscuridad, truenos y destellos intermitentes atendieron a los designios del joven príncipe en cuestión de segundos.

Todo fue un hermoso caos orquestado por el deseo y las buenas intenciones de Emanuel. En poco tiempo, los pantanos se diluyeron. La tierra dio color al agua y juntos acobijaron las montañas con todo lo que se interpuso a su paso. Las viudas, desorientadas y enfurecidas, huyeron jurando venganza.

Emanuel la esperaba con el corazón abierto y una gran sonrisa de satisfacción a la mujer con la que había soñado tantas noches. Ella le correspondió con un fuerte abrazo y un beso en la frente, entregando en sus manos un objeto que ya había perdido valor alguno. El príncipe intentó besarla en los labios, pero fue rechazado y con asombro y desconuelo, le ofreció una vida juntos, prometió acogerla y cuidarla por siempre, pero Agnes tan solo le indicó que era muy joven y que tenía mucho que aprender sobre la naturaleza humana.

Mientras la mujer se alejaba, indiferente al dolor que había causado, Emanuel notó que La Lágrima de Cristal ya no estaba en su cuello, y comprendió que Agnes lo había engañado, llevándose consigo el regalo de su madre y un poder que más tarde comprendió. El chico cayó al suelo desconsolado y miserable, por darse cuenta de su enorme error. Todo el reino se encontraba en desastre debido a sus imprudentes acciones y aquella persona a quien había anhelado por tanto tiempo, no apreciaba su enorme sacrificio.

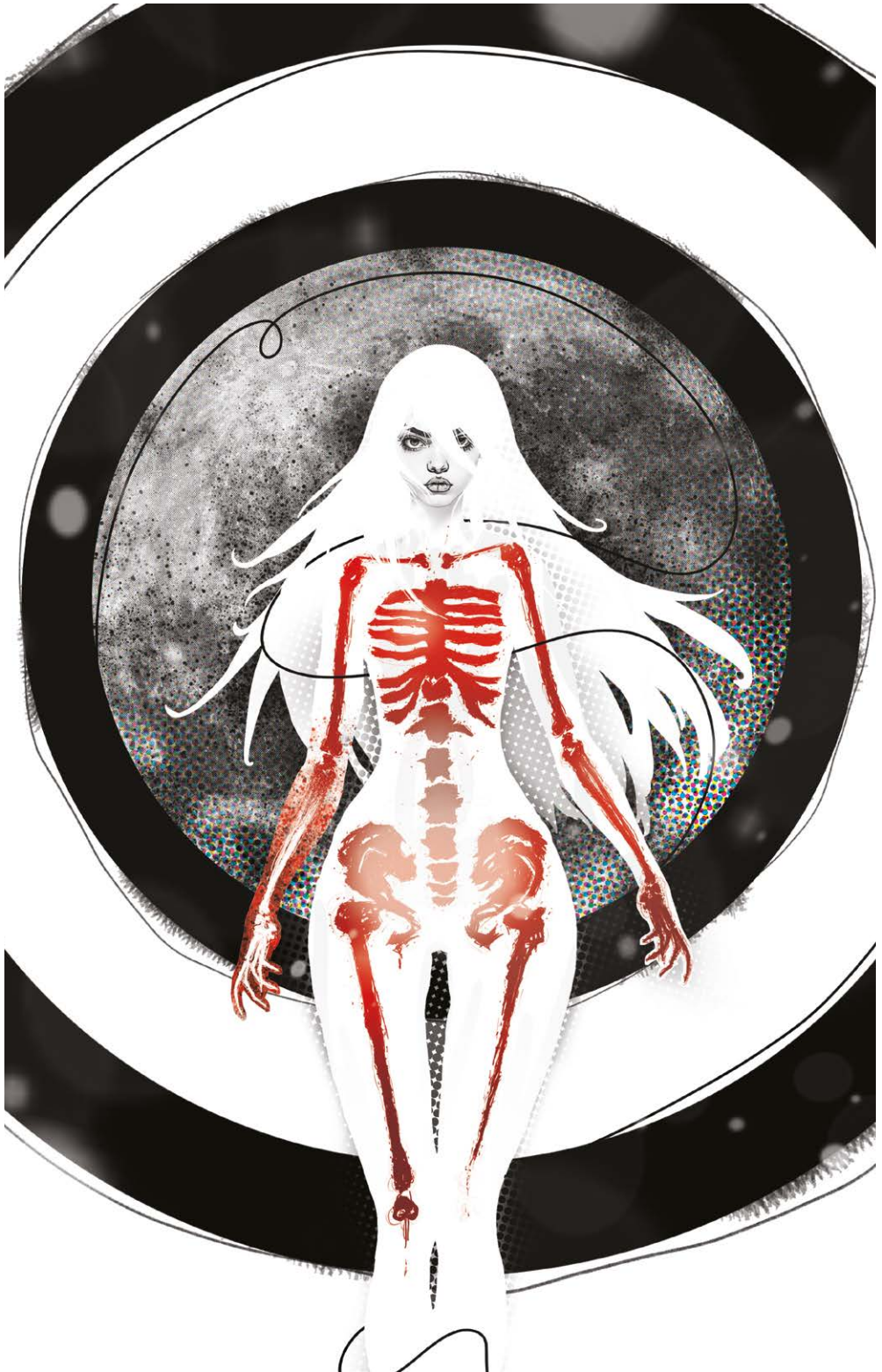
Con sus pupilas como charcos donde se ahogaban las palabras, imploró perdón. Llamó a los espíritus para calmar aquel llanto de la naturaleza. El cielo se despejó, el sol acarició las montañas y el viento trajo consuelo. Los animales volvieron, guiados por la honestidad de su arrepentimiento. Avergonzado, Emanuel regresó donde Brianda. Se postró ante ella, le pidió perdón por desobedecerla y juró nunca más contradecir su guía. Prometió usar su error como lección para convertirse en un verdadero guardián del reino, digno heredero del legado de Calanthir.



Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.





## 20.

### Luna: la portadora de luz y oscuridad

Todo fue oscuridad por un largo tiempo, hasta que la vida se abrió paso en medio de una noche caótica, entre las ciudades gemelas de Ceres y Windom. La llegada de la pequeña Luna coincidió con un fenómeno celestial que muchos interpretaron como una señal demoníaca y de mal augurio; un eclipse solar, donde el dios de la oscuridad devoraba al dios del sol durante un instante, para robar las almas de los hombres.

El terror se apoderó de todos. Creyeron estar presenciando la profecía de la Gran Noche. La madre de Luna permaneció en trabajo de parto durante días, exhausta y asistida únicamente por Wacari, la chamán de la tribu Momoa: una mujer profundamente respetada por su experiencia y sabiduría, guardiana de la puerta espiritual y de la tierra. Mientras tanto, la tribu sufría el ataque de un enemigo implacable, y su padre, un valiente guerrero, cayó en el campo de batalla instantes antes de que ella llegara al mundo.

Ambos bandos de la guerra huyeron despavoridos, dando fin al conflicto. Con el orden restaurado, los sabios se reunieron para debatir el destino de la recién nacida, a quien consideraban un mal presagio. Tras larga deliberación, decidieron sacrificarla para apaciguar la furia divina. Luna fue llevada a la cima de la montaña, sobre una batea adornada con flores y frutos de todos los colores. Una vez allí, fue colocada sobre una pira de madera en un altar sagrado, bañada con la sangre de los mejores animales y bendecida con oraciones y humo de tabaco.

Parecía haber llegado su final. Sin embargo, justo antes de culminar el sacrificio, Wacari interrumpió el ritual. Afirmó haber recibido un mensaje de Selene, la diosa lunar, reveló que esta niña sería la elegida y la nombró: Luna; destinada a recibir su poder para salvar al universo del mal que acechaba desde el inframundo, según la profecía de las Hermanas de la Luz. Los sabios, aunque reacios, aceptaron la palabra de Wacari confiando en su reputación.

Luna creció como una niña amable, confiada y bondadosa, aunque siempre solitaria. A pesar de sus esfuerzos, los niños tenían prohibido acercársele: algunos por respeto, la mayoría por miedo.

—¡Hola! Me llamo Luna —decía con una sonrisa.

—...

—Hola, soy Luna.

—...

—Hola, encantada de conocerte. Me llamo Luna.

—...

—Hola, soy Luna, pero puedes llamarme Lu.

—¡Lárgate! ¿No ves que te estamos ignorando? No deberías estar aquí —gritó Pulga, el más pequeño.

—¡Déjala en paz! —intervino Orejas.

—Silencio. Quiero saber qué hace aquí la famosa Luna —dijo Cabeza de Cerdo, líder del grupo, con una sonrisa macabra—. ¿Cómo llegaste hasta aquí, pequeña? ¿Hace cuánto nos sigues?

—Estoy cansada de hablar con adultos. A los niños no les permiten estar conmigo. Al igual que ustedes, yo también soy diferente. Creo que podríamos llevarnos bien.

Las carcajadas estallaron. Nadie creía lo que escuchaban, pero Cabeza de Cerdo, divertido, le ofreció una prueba para unirse al grupo.

—¿Qué tienes para ofrecer a la manada? —, preguntó el líder.

—No lo sé... ¿Comida? Mi madre hace una carne ahumada deliciosa —, respondió Luna.

—No basta con eso. Tiene que ser algo más valioso —, agregó Cabeza de Cerdo.

—¡Entonces dígame qué quieren! —, exclamó Luna.

—¿Juras cumplir el designio de la manada, Luna? —, insistió el líder.

—¡Claro que sí! ¡Lo juro! —, respondió de inmediato ella.

—Perfecto. Como eres la favorita de Wacari, tu misión será traer su libro sagrado: *El Grimorio*. Te esperaremos aquí mañana, a la medianoche.

Luna entró en crisis. No podía dejar de pensar en cómo robar el Grimorio sin ser atrapada. La ansiedad la ahogaba. Quería ser aceptada, tener amigos, jugar y reír. Esa mañana, ordeñando cabras, buscó inspiración y dialogó con los animales, pero ninguna de sus respuestas la satisfizo, en especial las gallinas, quien diría que eran las más controvertidas y rebeldes.

En el mercado, los chicos le guiñaban el ojo con complicidad, aumentando la presión. Abrumada, se escondió en el granero, hiperventilando, hasta que el llanto la venció. Esa noche, sin dormir y sin plan, visitó a Wacari con la excusa de llevarle comida. Estaba sudando bastante, evitó hablar, y se marchó apresuradamente. A la medianoche, presa del pánico, intentó generar una distracción y pidió ayuda a los animales, pero ninguno quiso colaborar.

—Son todos unos cobardes, en especial las gallinas, puro cacareo, nada más—, recriminó la niña.

Desesperada, prendió fuego a un árbol seco y gritó por ayuda. El incendio alertó a la tribu. Mientras todos apagaban el fuego, Luna aprovechó para robar el Grimorio.

Con el libro en manos, la cara sucia de ceniza y lágrimas, llegó al punto acordado.

—¡No lo puedo creer! ¡Qué alboroto has armado, pequeña Luna! ¿Qué opinan, chicos? ¿La adoptamos? —, dijo Cabeza de Cerdo.

—¡AAAHHUUUUU!

—Desde hoy te llamaremos “La Rata Loca” —declaró Cabeza de Cerdo.

—¡AAAHHUUUUUUU!

Luna perdió el conocimiento. Despertó en el bosque, frente a una hoguera apagada, con Wacari y su madre a su lado.

—¿Qué haces aquí?, te buscamos toda la noche —dijo su madre.

—No lo sé —respondió Luna, confundida.

—¿Estás borracha? —preguntó su madre.

—¡Cálmate! Lo importante es que está bien —intervino Wacari—. ¿Te duele algo?

—Me siento mareada —y vomitó.

De vuelta en casa, Wacari esperó a estar a solas para continuar el interrogatorio:

—Puedes confiar en mí. ¿Qué ocurrió?

—No lo recuerdo —respondió Luna, protegiendo a sus amigos.

—No me parece tan simple. Tienes tres días para decir la verdad o enfrentarás un castigo — sentenció Wacari.

Pero Wacari ya sabía la verdad y la manada fue enjuiciada por conspiración y traición. Luna y Cabeza de Cerdo, por robo y daños a la comunidad. La sentencia era perder la mano dominante y ser enviados a las minas de sal. Cabeza de Cerdo escapó con el Grimorio y se ocultó en la selva. Allí, consumido por el odio, juró vengarse de Luna e intentó usar el Grimorio. Durante siete días y siete noches, se dedicó a purificar cuerpo y espíritu, inmerso en un trance continuo inducido por una mezcla de peyote, hongos y ciertas hierbas para mejorar el flujo energético. Luego, se dibujó simbología sagrada con sangre de un sacrificio animal, se postró

de rodillas en medio de dos heptagramas trazados en la tierra con ceniza blanca y comenzó a cantar palabras sacras para proclamar la invocación. Con el tiempo se fue creando a su alrededor una atmósfera fluctuante de interferencia sobre el espacio visible, como si la realidad le estuviese abriendo puertas a otras dimensiones poco a poco.

El cielo se derritió y lágrimas gigantes del tamaño de melones comenzaron a caer. Cada gota descendía a una velocidad diferente, como si el tiempo y la gravedad estuviesen desincronizadas entre sí, haciendo que tierra firme se transformara en un inmenso lodazal, explosiones de pantano provocadas por el llanto de los elementales, crearon un mar negro y turbulento que emergió desde las entrañas de la madre tierra, tragándose así, al joven Cabeza de Cerdo durante varios inviernos. El ritual no salió como él esperaba y se convirtió en un ser espectral, condenado a vagar eternamente, entre diferentes planos de existencia sin la dicha de la corporeidad. Con el tiempo aprendió a dominar la posesión de criaturas sin consciencia, hasta que la práctica le permitió acceder a cuerpos humanos, para someter y doblar su voluntad, desatando, por fin, su venganza sobre la tribu que lo condenó. En cuestión de algunos meses manipuló sus sueños y quebrantó sus mentes, a tal punto que nadie era capaz de dormir a pesar de mucho que lo intentase. Wacari envió una comisión al Santuario de Selene en busca de ayuda celestial, pero, a pesar de cabalgar rápidamente, a su regreso, la demencia se había apoderado de todos, las personas estaban sucias, en estado de indigencia, eran salvajes e incoherentes, con un instinto tan retorcido que evidenciaba la ausencia de toda humanidad y así mismo estaría lejos de compararse siquiera un poco al comportamiento animal. Comían carne en descomposición de sus propios compañeros muertos, saciaban necesidades de todo tipo y se revolcaban allí mismo en una euforia descontrolada.

Luna y las demás doncellas se reunieron en el templo Momoa, único lugar que seguía en pie, gracias a las artes místicas y la protección divina. Allí, Wacari les impartió enseñanzas antiguas, revelándoles secretos de los ancestros y fortaleciendo su espíritu con bendiciones, cantos y baños sagrados, que encendieron el fuego interno de cada una, permitiéndoles resonar con el poder cósmico universal, al permitirles la conexión con los espíritus elementales. Al amanecer, las sombras se arremolinaban

alrededor del templo como presagiando la llegada del enemigo espectral y al llegar Cabeza de Cerdo, ahora una entidad oscura y deformada por su propio odio, se presentó ante ellos como un Asura -entidad sobrenatural-, advirtiéndoles que prontamente vendrían más desde el inframundo.

—Arrodíllense ante mí, o destruiré todo lo que aman! —bramó el espectro con fuerte y resonante voz, haciendo temblar los corazones de las doncellas.

Luna dio un paso al frente.

—Te conozco, Cabeza de Cerdo. Fuimos amigos, y ahora estás destruyendo a tu gente.

—¡Eres una embustera! ¡Nunca fuimos amigos! ¡Aquí no hay nada mío! Siempre fui despreciado por todos ustedes, pero ahora es momento de invertir las cosas —gritó Cabeza de Cerdo.

Un feroz combate se desató y el espectro comenzó a lanzar ataques de sombras y materia oscura, que golpearon fuertemente a Luna, pero ella, fortalecida por el poder de Selene que fluía a través de todo su cuerpo, luchó con valentía y destreza, haciendo uso de las artes místicas en alianza con los elementales. Cada choque entre ambos resonaba con una energía cósmica que desafiaba las fuerzas de la naturaleza, y mientras el conflicto avanzaba, Luna sentía que su esfuerzo la iba consumiendo poco a poco, en una danza interminable que la hacía dudar sobre su victoria.

Debilitada, pero decidida a acabar con tal aberración de la oscuridad, Luna invocó un último conjuro, algo experimental que se gestó en su mente como una visión profética y en antigua lengua hizo un llamado a los ancestros Momoa, para canalizar todo su poder desde el plano espiritual y concentrarlo en un único golpe de gracia que acabara con todo al instante. Círculos de energía y parpadeos de luz intermitente envolvieron al Asura, quien en un grito de dolor y furia, fue desintegrado por un estallido que le dio fin a su vida, dejando tan solo un rastro de partículas negras y hedor a mortecina.

El silencio cubrió el campo. Luna, vencida por el esfuerzo, se desplomó en lágrimas, sudor y sangre.; y las doncellas la rodearon, la abrazaron.

Muchas vidas se perdieron. Los sobrevivientes quedaron petrificados en sus últimos gestos, esperando ser curados por las artes místicas.

El Grimorio fue sellado en un lugar secreto, y con el tiempo, la historia de Luna se convirtió en leyenda. Cada luna llena, los sabios de la tribu narran su historia, para honrar a los caídos y recordar que el verdadero poder reside en el corazón de quienes eligen ser luz en medio de la oscuridad. Luna, ahora líder marcada por la tragedia y fortalecida por el sacrificio, se convirtió en la protectora de su gente. Una mujer cuyo destino heroico apenas comenzaba.



Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.





## 21.

### Nix: el devorador de luz

Tras la pesadilla oscura, Luna fue reconocida como líder venerada por su tribu. La victoria sobre Cabeza de Cerdo le había otorgado respeto y legitimidad; no en vano, juró proteger a los suyos y hacer hasta lo imposible por evitar la catástrofe que profetizaban las Hermanas de la Luz. Su vida, desde entonces, estuvo dedicada al entrenamiento junto a las doncellas del templo, pues su maestra consideraba que debía culminar su formación antes de emprender la misión encomendada por Selene. Aunque la paz reinaba de forma temporal, Luna sabía que los Asuras seguían acechando, conspirando desde las sombras para traer la Gran Noche Eterna.

Un día, un torbellino de energía incontrolable se formó sobre un pueblo cercano a Selénica, succionando todo a su alrededor con una fuerza sobrenatural. Los habitantes, aterrorizados, huían mientras veían cómo la realidad perdía su color. Dos dimensiones parecían colapsar en una sola, ya que el torbellino devoraba la belleza del universo para alimentar el vacío de su ego corrompido. Todo se tornó gris, apagado, como un sueño lúgubre del que no se podía despertar, donde el dolor era real y la desintegración irreversible.

Los sobrevivientes, atónitos, comenzaron a susurrar el nombre de “Nix, el Devorador de Luz”. Algunos lo llamaron monstruo, demonio, ángel caído, bestia del inframundo... pero la verdad era más compleja. Nix era

uno de los Asuras mencionados en la profecía: entidades sobrenaturales que, esclavizadas por sus emociones, habían rechazado su luz para servir a los dioses del inframundo. Tras siglos de encierro, ahora comenzaban a liberarse.

Un anciano terrateniente, conocedor de las leyendas de Luna, envió a su hijo mayor en su mejor corcel a pedir ayuda, esperando no perder todo por lo que había luchado. Luna, aunque valiente, dudó. A pesar de haber vencido a Cabeza de Cerdo, esta nueva amenaza le parecía inconmensurable, y el miedo se le aferraba al estómago. Pensó en el Grimorio, el antiguo libro de hechizos. Sentía que en él podría estar la clave para enfrentar al Asura, pero temía repetir los errores del pasado. Además, tenía otra misión pendiente: encontrar a Emanuel y traer de vuelta a Calanthir. Temía que enfrentar a Nix la alejara de un propósito mayor.

Wacari, su mentora, la observó con ojos sabios y le habló con firmeza:

—Por razones que aún desconocemos, Selene te eligió como su portadora. Este Asura no es una coincidencia, es una prueba de tu destino.

Aún así, Luna vacilaba. Temía lo que podía desatar el Grimorio; entonces, Wacari la condujo hasta la catacumba donde el libro sagrado reposaba sellado, y juntas caminaron hacia el cementerio Momoa.

—¿Cuántos más deben morir?—le preguntó Wacari, con preocupación—. Cuando llegues, quizá no quede nada. Si este Asura te busca, destruirá todo a su paso. No se trata de valentía. ¡Es tu responsabilidad!

—Pero... —susurró Luna, apretó la mandíbula e intentó contener sus lágrimas; sin embargo, la angustia era evidente.

Wacari la abofeteó con fuerza. Luego la abrazó y le dijo:

—Llora lo necesario. Después, pelea. Selene te dio su bendición, pero si tu corazón no es puro, el Grimorio te traicionará... como lo hizo con Cabeza de Cerdo.

Con el libro en mano y la bendición de la diosa en su espíritu, Luna partió junto a un grupo de doncellas y cabalgaron dejando atrás la

seguridad del templo Momoa. Sin embargo, no llegaron muy lejos. Ya en las afueras del pueblo, encontraron un paisaje desolador, en donde todo estaba en ruinas. Casas, árboles, ganado y objetos flotaban, absorbidos por la fuerza del torbellino. El cielo rugía y el aire era denso, cargado de muerte. Luna sintió cómo la energía se descomponía y cómo las dimensiones tonales colapsaban.

Tan pronto abrió el Grimorio, una cálida luz solar iluminó su rostro. Mientras recitaba los primeros encantamientos para sellar las grietas dimensionales, las doncellas formaron un círculo protector y entonaron oraciones en lengua ancestral para fortalecer su energía vital. Pero Nix percibió su presencia y redobló su ataque. Una oleada de energía gris los golpeó, al tiempo que una de las doncellas fue alcanzada, quién gritó de dolor antes de desintegrarse ante los ojos de sus compañeras.

Luna vaciló; el terror la paralizó. Pero entonces, la voz de Wacari resonó en su mente: “tu corazón debe permanecer puro”. Con renovada fuerza, cerró las primeras grietas y algo del color volvió al mundo. Enfurecido, Nix descendió del torbellino, revelando su verdadera forma. Un ser de sombras, repleto de ojos y bocas de todo tipo, que se movían en todas las direcciones de forma independiente, hambrientos por devorar todo a su paso.

Luna comprendió que debía enfrentarlo directamente y suplicó a Selene su orientación. Las páginas del Grimorio se agitaron hasta revelar el hechizo correcto. Luna empezó a recitar mientras la energía fluía a través de ella misma. Sentía un poder inmenso y su cuerpo temblaba; las visiones del pasado la golpearon con fuerza y llegaban a su mente: el rechazo de su tribu, la traición de Cabeza de Cerdo, el robo del Grimorio..., todo volvía para quebrarla.

Nix lo notó y rugió con sus ocho mil bocas, sacudiendo el cielo y la tierra. Varios brazos emergieron de su cuerpo, atraparon a tres doncellas y las desmembraron para alimentar sus bocas con sus cuerpos, como peces siendo engullidos. Al borde del colapso, Luna sintió que todo se perdía. De repente, algo se avivó en su interior y se aferró a su propósito; con un grito desesperado, completó el hechizo.

Después de un gran estruendo, un agujero negro se abrió en el cielo. La gravitación cambió y todo comenzó a elevarse: la tierra, las rocas, los árboles, los escombros, todo... Nix rugió de nuevo y sus ojos viraban con furia; pese a que trató de aferrarse a cuanto pudo, fue inútil; pues el vórtice lo absorbió. El estruendo fue tan fuerte, que Luna también fue arrastrada, pero en un último acto de fe, invocó la bendición de Selene y con un golpe final, selló el portal y expulsó a Nix a otro plano dimensional.

El mundo recuperó el poco color que quedaba, al tiempo que la desintegración se detenía. Los aldeanos, testigos del milagro, se arrodillaron en gratitud. Luna, temblorosa, también cayó de rodillas, con El Grimorio destellante en sus manos.

Lejos de allí, en Boreth, Hefesto sintió un estremecimiento en su forja. El poder del agujero negro que Luna había invocado le era familiar, pero no comprendía el porqué. Hasta que un palpito de tormento, despertó recuerdos olvidados, memorias dolorosas que había ocultado para dejar de sufrir siglos atrás, cuando asesinó a su mejor amigo, Ishtar, y apretando su martillo murmuró:

—Ese poder... podría destruirnos.

Sabía que Luna se estaba convirtiendo en una amenaza real, pero aún no actuaría porque consideraba que le faltaba aprender demasiado. En cambio, ordenó a la Hermandad redoblar esfuerzos para encontrar los Fragmentos Eternos. Su plan dependía de ellos.

De regreso en las Ciudades Gemelas de Ceres y Windom, Luna reunió a su tribu y a las doncellas del templo para compartir todo lo que había aprendido. Las Hermanas de la Luz, en una nueva visión, le revelaron la ubicación de los Fragmentos Eternos:

- El Ojo Blanco, en posesión de un joven monje en Temerant.
- La Lágrima de Cristal, en manos de la Hermandad.
- Otro fragmento, viajando por los mares de la Ruta del Sol.
- Los dos fragmentos divinos restantes, ocultos en sus respectivos reinos: el de la luz y el de la oscuridad.

De inmediato, Luna comprendió que reunirlos era la única forma de evitar la Gran Noche Eterna. Pese a que aún no sabía quiénes eran sus verdaderos aliados ni cómo encontrar a los Maestros Encarnados de la profecía, su fe ya no temblaba; pues había resucitado como una heroína. Ahora, como líder indiscutible, envió mensajeros en las cuatro direcciones, ya que el continente estaba dividido por las Guerras Santas, y reunir a los reinos sería una hazaña. Aun así, solicitó también ayuda a la Hermandad, maestros ancestrales de las artes místicas, sin saber aún de qué lado estarían cuando llegara el día decisivo.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.





## Epílogo

Después de todo, la cuerda floja sigue temblando bajo nuestros pies; y cada paso, cada tambaleo, es un recordatorio de que el equilibrio no es un destino sino un acto de fe, voluntad y valentía para fluir con lo que llegue a nuestras vidas.

Hemos danzado con el caos, hemos desafiado a los pastores celestiales, hemos rugido como lobos en un cosmos que prefiere a los borregos. Y, sin embargo, aquí estamos: fragmentados y reparados con imperfecciones, pero vivos, al fin y al cabo. No hay victoria en esta danza, ni derrota en este juego. Los dioses, los demonios, la luz y la oscuridad no son más que reflejos de lo que cargamos dentro de nosotros mismos.

¿Héroes o villanos? Tal vez nunca sabremos si fuimos, somos o seremos; y tal vez no importe, pues todo depende de la perspectiva. En ocasiones es necesario destruir para poder crear y, en ese sentido, la muerte es lo que da verdadero sentido a la vida, por eso hemos aprendido a no temer la caída, porque caer en lo profundo es solo otra forma de volar.

El universo seguirá en constante movimiento, con sus leyes y configuraciones. Pero nosotros, los que elegimos ser errores en el sistema, somos la chispa de ignición que no se puede apagar. No somos comienzo, ni final, somos el instante en el que observamos nuestra realidad y con una gran sonrisa, retamos al destino desafiando todas las probabilidades de ganar... o perder.

Que el cosmos nos mire. Que tiemble. Porque, en nuestra imperfección, hemos encontrado algo que los dioses envidian: la libertad de ser.





## Sobre el autor

Nací bajo el cielo tropical de Medellín, un 24 de septiembre de 1982, en una familia donde la fe católica y la austeridad tejían el ritmo de nuestros días. Esa dualidad entre lo espiritual y lo terrenal marcó mi camino: soy artista visual que escribe relatos, publicista que diseña estrategias, y maestro universitario que aprende de sus estudiantes. Actualmente, mientras curso un Master doble en Project Management y Digital Business -y atesoro mi formación en Innovación del MIT, junto a un MBA en Finanzas de años atrás-, descubro que cada esquina de este recorrido multidisciplinar late en las páginas de mi obra.

Mi neurodivergencia -TDAH y TEA Trastorno del Espectro Autista diagnosticado en la adultez- funcionó como un prisma que fracturó la luz del sol para crear patrones narrativos únicos. El Yoga, disciplina que decidí aprender como maestro certificado y filosofía que quise adoptar como camino de vida, me permitió hallar la calma para estructurar el caos creativo. Así se gestó este libro durante varios años: entre pausas pandémicas que congelaron el mundo exterior, pero aceleraron mis tormentas internas, entre bloqueos creativos que duraban meses y epifanías que estallaban en medio de la ansiedad, la depresión y una gran crisis emocional.

Las historias cortas que publiqué antes -esas “pruebas de sondeo” en convocatorias públicas- fueron los ladrillos para construir este universo literario. Aquí convergen el *storytelling* que enseñé a mis alumnos, los arquetipos del viaje del héroe que analicé en talleres de arte, y esa obsesión por conectar hilos invisibles, que heredé de mis estudios en el MIT. Cada

crisis emocional durante el proceso, cada momento de desinterés abrupto, terminó siendo un pliegue necesario en el mapa de esta travesía. Hoy, al compartirla, reconozco las cicatrices del camino, no como heridas, sino como surcos donde, alguna vez, brotaron semillas de historias.

